



# DAVID FORREST

# DESPUES DE MI EL DILUVIO

Llena de humor chispeante y absurdo, esta obra es la más escandalosa e irreverente comedia que jamás haya podido escribirse.

En este libro se ha basado la comedia musical  
**EL DILUVIO QUE VIENE**



Se produce algo realmente extraordinario: la más importante llamada a larga distancia de todas las épocas.

Dios telefona al joven sacerdote del remoto pueblo serrano francés de St. Pierre-des-Monts, para advertirle que se dispone a destruir nuevamente a la Humanidad con un segundo Diluvio Universal.

Sólo el sacerdote y los feligreses de su pueblo se salvarán. Deben apresurarse —dice Dios— y construir un arca como la de Noé.

*Después de mí, el diluvio* —la historia de la construcción del arca de nuestros días— es la más escandalosa e irreverente comedia que David Forrest hayan escrito jamás.

En este libro se ha basado la comedia musical *El diluvio que viene*.

**Lectulandia**

David Forrest

# **El diluvio que viene**

ePub r1.0  
rednij 19.09.2018

Título original: *AFTER ME, THE DELUGE*

David Forrest, 1972

Traducción: R. M. Bassols

Editor digital: rednij

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# EL DILUVIO QUE VIENE

*por David Forrest*



Eran las diez y treinta y cinco minutos de una nevada noche de marzo, cuando, en el viejo pueblecito de St. Pierre-des-Monts, se recibió la llamada telefónica.

—¿Pregunta usted por el padre Benoir? —repitió Toto Barbusse, sonándose las narices con el paño que usaba para limpiar los vasos de los estantes detrás de las barras—. Está confesando. Siempre lo hace a esta hora de la noche. ¿Puede usted volver a llamar?

La voz, al otro lado de la línea, permaneció silenciosa por unos momentos. Luego, pacientemente, volvió a hablar.

—*Me* ha costado tres horas conseguir comunicar. Lo mismo podía esperar su llamada hasta el juicio final. ¡Condenados teléfonos franceses...! —refunfuñó la voz—. Éste es un asunto de vida o muerte. Corra usted a la iglesia y hágale venir.

Toto Barbusse echó una mirada a la nieve que caía fuera e hizo una mueca al auricular. Suspiró. Los ocasionales recados en noches desagradables eran el tributo que tenía que pagar por poseer el único teléfono del pueblo.

—Muy bien —dijo a regañadientes—. ¿Quién digo que le llama?

Hubo otra larga pausa.

—Dios —dijo Dios.

# 1

El viento soplaba ahora con fuerza, barriendo, como una cosechadora, la cadena montañosa de la Auvernia. La nieve, levantada por el vendaval desde los dos picos gemelos conocidos por todo el mundo como la Teta Derecha y la Teta Izquierda, se arremolinaba en el cielo nocturno, oscurecía una Luna casi llena y caía, como fino polvo de talco, sobre el amurallado pueblo.

Toto Barbusse, de pie en la puerta de su bar, se estremeció. Hizo media docena de rápidas respiraciones para adaptar sus pulmones al helado aire. No llevaba chaqueta. Su camisa se ceñía a su enorme pecho, y cada botón tiraba con fuerza del hilo que lo mantenía sujeto. Llevaba las mangas enrolladas muy arriba, sostenidas por unos bíceps que necesitaban dos manos para rodearlos.

Las marcas que los pies de Toto Barbusse dejaban en la nieve parecían las huellas de un hombre que llevara raquetas. Cada una de ellas tenía más de treinta centímetros de longitud. Si hubiera existido tierra blanda bajo la nieve, en vez de granito, las huellas habrían sido profundas, porque Toto Barbusse pesaba ciento catorce kilos. Todo en Toto era gigantesco... es decir, todo, excepto una cosa.

Se inclinó contra el viento, dirigiéndose a la entrada de la iglesia, más allá de la estatua del Gran Almirante Charles Dordogne, la cual ocupaba el centro de la plaza. El Gran Almirante, hijo predilecto del pueblo de St. Pierre-des-Monts, presidente y líder de la Nueva Francia, héroe de guerra y discutido hombre de Estado, se erguía apuntando teatralmente una espada de cemento hacia un invisible futuro, mientras su cabeza miraba en la otra dirección. Su tricornio proporcionaba un útil refugio a las palomas que anidaban en sus enormes orejas, dando a la estatua, incluso en pleno verano, la apariencia de un explorador del Ártico vestido para protegerse del hielo y con emplumadas orejeras.

Toto Barbusse empujó con el hombro la puerta de roble de la iglesia y miró dentro. Cerca de la puerta ardían algunas velas. Las imágenes de madera tallada se movieron en sus nichos. Las diez mil flores alpinas esculpidas en las vigas de madera del techo se balancearon en una brisa no percibida. Los ángeles, sentados al final de cada banco, movieron su cabeza, en un gesto de asentimiento. La iglesia estaba viva gracias al trabajo de un centenar de generaciones de tallistas de madera en el pueblo.

El confesonario se hallaba oscuro. Tan oscuro, que el padre Benoir no necesitaba cerrar los ojos, pero aun así, los tenía fuertemente apretados. Se hallaba enfrascado en un complicado cálculo matemático, concentrada su mente en multiplicar por dos el anterior número que había conseguido.

«Cuatro mil noventa y seis», pensó el padre Benoir aferrando fuertemente sus rodillas con las manos.

Fuera de la pequeña cabina de madera tallada se arrodillaba la voluptuosa figura,



de diecisiete años, de Claire Laplace, hija del panadero del pueblo y secretaria del alcalde. Los labios de la muchacha estaban pegados a la rejilla del confesonario. Su suave y atormentadora voz, así como su perfume, flotaban hacia el interior.

El padre Benoir podía sentir su juvenil y femenino calor penetrando a través de la oscuridad.

—Entonces, reverendo padre, como me había vuelto a vestir, comencé a salir de su habitación.

El padre Benoir suspiró mentalmente y dejó de hacer cálculos. Sus dedos se abrieron al relajarse. Abrió la boca para hablar. Pero la suave voz de la muchacha le detuvo de nuevo.

—Pero cambié de idea, di la vuelta y me quité las bragas...

Los puños del padre Benoir se cerraron de golpe otra vez. Trató una vez más de cerrar la puerta mental, luchando por mantener su control. «Cuatro mil... eh... eh... doble es... ocho mil... y sí, ciento noventa y dos».

—Entonces me desperté —dijo la muchacha.

El padre Benoir se relajó.

—Fueron unos pensamientos muy malvados, ¿no, padre?

El joven sacerdote se pasó la lengua por los labios. Con un solo año de experiencia desde su salida del seminario, encontraba su más pesada cruz las eróticas confesiones semanales de Claire Laplace. Se secó las palmas de las manos en los costados de la sotana.

—Te pondré una penitencia. —Pensó un momento—. Doce avemarías —dijo.

—¡Oh! —la voz de la muchacha sonó decepcionada—. ¿Eso es todo?

—Quince, entonces. Y buenas noches.

El padre Benoir esperó y escuchó. Oyó cómo los pasos de la muchacha se alejaban a través de la iglesia. Meneó su cabeza.

Toto Barbusse permaneció en las sombras junto a la puerta de la iglesia, y observó a Claire Laplace mientras se acercaba a él. Contemplar a Claire Laplace era un pasatiempo para los hombres del pueblo. Empujó la puerta para facilitarle el paso, y ella le sonrió al agacharse para pasar por debajo de su grueso brazo, siguiendo su camino bajo la nieve.

Toto sofocó un pensamiento perverso, recordando dónde estaba, e hizo la señal de la cruz otra vez, con un movimiento ampuloso y visible. Las velas oscilaron en el aire. Las tallas de madera se estremecieron. Él sonrió enseñando los dientes mientras los innumerables ojos de madera parecieron hacerle guiños con gesto comprensivo.

—Padre Benoir —llamó Toto Barbusse.

La cortina situada sobre la puerta del confesonario se movió, y la cabeza del joven sacerdote emergió.

—¿Quién es?

—Yo, eh, Barbusse, padre. —A Toto Barbusse le parecía incongruente que tuviera que dirigirse a un hombre tan joven llamándole padre. Y más extraño aún el que

aquel joven le llamara a él hijo—. Le llaman por teléfono. Parecía urgente. Dijeron que era cuestión de vida o muerte.

El padre Benoir se puso la capa y sacudió la cabeza para soltarse el pelo sobre el cuello. Resultaba sorprendente cuántos de sus recién adquiridos feligreses decidían tener sus hijos, o morirse, en las frías horas nocturnas.

El padre Benoir cogió el auricular y lo aplicó al oído.

—¡Ya era hora! —rugió una voz por el aparato. El padre Benoir dio un brinco.

—Soy el padre Benoir —dijo.

—Lo sé, estúpido jovencito. Conozco la diferencia entre uno y otro cualquiera de mis hijos.

—¿Quién es? —preguntó el padre Benoir, malhumoradamente.

—Dios —respondió Dios.

—Muy gracioso —comentó el padre Benoir.

—¿Gracioso?

¡Por supuesto que no lo es, cretino! Y aún lo es menos sacar a un sacerdote de sus deberes de la iglesia en mitad de una noche helada. Ahora, dígame quién es y qué desea...

—Ya te lo he dicho. Y deseo hablar contigo. Sobre el fin del mundo. Ya sabes, Juicio Final y todo eso.

—No sea infantil —soltó el padre Benoir, y dejó caer el auricular en su horquilla.

—¿Qué te ha hecho obrar así, hijo mío?

La voz de Dios seguía sonando en el oído del joven sacerdote. Y sonaba con un tono evidentemente herido.

El padre Benoir parpadeó y miró fijamente el teléfono. Sí, lo había colgado bien. Miró alrededor de la pequeña cabina telefónica, situada en el extremo del bar de Barbusse. La puerta de cristal estaba cerrada, y no había lugar alguno para que alguien permaneciera escondido.

—Una de las pocas ventajas que quedan de ser Dios —dijo Dios— es que nadie puede colgarme el teléfono. Ahora, abandona tu testarudez y escucha.

El padre Benoir se golpeó los oídos con exasperación.

—¡Dios, Dios!

—¡Ahora empiezas a comprender! —exclamó Dios—. Llámalo como quieras, esto es una visitación, pequeño. —Rió tontamente, y luego gruñó—. Métodos modernos de comunicación... Nunca tuve este problema con Saúl y los otros. Hay muchos argumentos en favor de las visiones antiguas, dedos que escriben y mensajes llameantes.

El padre Benoir cayó de rodillas, juntó las manos ante su cara, alzó los ojos y empezó a rezar el padrenuestro. Dios esperó pacientemente hasta que hubo terminado.

—¿Querías repetir el Gloria? Puedes cantarlo, si lo prefieres. —El padre Benoir obedeció mansamente—. Ahora —dijo Dios—, que hemos terminado con los preliminares, por favor, ponte de pie. Tenemos asuntos que discutir. Grandes asuntos.

—¡Oh, amado Señor!, ¿te he ofendido?

—No, se trata más bien del fin de toda la carne. Mis hijos han vuelto a fracasar en mostrar signos de madurez, de sentido común, de iluminación... —La voz de Dios se tomó más grave; parecía llenar el cubículo y arremolinarse en torno a la cabeza del padre Benoir—. Sí, el fin de toda la carne ha venido delante de mí; porque la Tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré junto con la Tierra.

—*Génesis*, capítulo nueve, versículos ocho al treinta y seis —murmuró el padre Benoir, servicialmente.

Dios le corrigió, cortésmente.

—Capítulo seis, versículos catorce al veintiuno, en realidad. —El padre Benoir se ruborizó. Dios prosiguió—. Harás un arca de madera de Gopher; harás aposentos en el arca, y la embetunarás por dentro y por fuera...

—Creo que conozco el pasaje —intervino el padre Benoir, humildemente.

—¡No interrumpas! —tronó Dios—. Y la harás de esta manera: la longitud del arca será de trescientos codos, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura...

—Yo, hem... —empezó a decir el padre Benoir.

—¡Oh, demonio... siempre hay alguien que tiene que complicar las cosas! Bien, comprendo. Lo trasladaré al sistema métrico. Ciento setenta metros de longitud, treinta metros de anchura y ocho de altura. Metros... uf... no es ni la mitad de poético que codos, ¿verdad? Pero así es como son las cosas...

—¿Vas a ahogar a todo el mundo? ¿Otra vez, Señor? —preguntó con horror el padre Benoir—. Es un castigo tremendo. Es inhumano.

—Justamente —respondió Dios con frialdad—. Pero no se trata de un castigo. Míralo tan sólo como una limpieza general. Otra oportunidad. —La voz de Dios se llenó de entusiasmo—. Te estoy ofreciendo el don de la paz, Benoir. Mi clase de paz. No más guerras, bien sean religiosas, territoriales o ideológicas. No más contaminación. ¿No te parece que será algo súper?

—¿*Me* estás ofreciendo?

La voz del padre Benoir tembló.

—No sólo a ti, a todo el pueblo —dijo Dios.

—Nosotros... pero ¿por qué...?, ¿cómo?

Dios gimió.

—¿Qué crees que hice? ¿Utilizar un alfiler y un mapamundi? ¡Cuánta estupidez! De todas formas, no es asunto tuyo.

—Pero ¿qué pasa con todos los inocentes que morirán?

—¡Inocentes! —rugió Dios—. ¿Qué me dices del millón y medio de niños, hijos

míos, que morirán de hambre el próximo año? ¿No son acaso inocentes? ¿Y qué hay del centenar de millones de personas muertas en la guerra durante los años de *tu* vida? ¿No eran inocentes tal vez? Y luego, los centenares de miles de millones de dólares, libras, marcos, francos, rublos, gastados en armas nucleares. Recursos que yo doné para mejorar las vidas de mis hijos. Pssst... Incluso vuestros malditos automóviles se las arreglan para matar y lisiar a innumerables personas cada año. Y preguntas, ¿por qué *vosotros*? Bien, ¿por qué no?

—Pero ¿cuándo? —preguntó el padre Benoir.

—El catorce de julio. A mediodía. —El padre Benoir se preguntó si había un ligerísimo tono de ironía en la voz—. De manera que tenéis más o menos cuatro meses.

El padre Benoir apretó los labios y suspiró blandamente.

—No es mucho tiempo, Señor.

—Suficiente. Es suficiente. Ya verás. Ten fe. De todas maneras, tú eres un chico joven y enérgico. Tan sólo tienes que correr un poco. Mueve el culo, creo que es una expresión comente.

—No va a resultar fácil hacer que todo el mundo crea en mí —dijo el padre Benoir—. ¿No podrías quizá darme un signo de alguna especie? Algo que pudiera usar para convencer a los demás.

Dios suspiró una vez más.

—¡Niños, niños! Son *todos* unos niños. ¿Qué te gustaría, hijito? ¿Nieve roja? No, eso tendría un tono demasiado político. ¿Arbustos ardiendo? Vuestro presidente ha legislado contra ese tipo de cosas. ¿Otra inmaculada concepción? No, eso no sería muy original. Eso es lo que pretende toda muchacha.

—Estaría satisfecho con algo simple, pero imposible. —El padre Benoir evocó por unos instantes su regular encuentro con Claire Laplace—. Algo como que el Papa revocara su edicto sobre el celibato.

—¡Dame una oportunidad! —rió Dios entre dientes—. ¡Me resultaría más fácil hacer que un cerdo volara!

—Bien, algo. Sólo algo. Te dejo a ti la elección. Señor.

—Me pondré en contacto contigo otra vez. Probablemente después. Cuando todo haya pasado —dijo Dios—. Mientras tanto, tengo que ocuparme del borrador de unos nuevos Mandamientos, los viejos necesitan ciertas modificaciones.

—¡Bendito seas! —dijo el padre Benoir.

Se oyó un ruido de risa divina.

—Y tú también, compañero.

Luego, la línea se quedó en silencio.

Jules Ignatius Benoir permaneció de pie en su frío dormitorio, y se estremeció mientras se desnudaba. Poco acostumbrado aún a sus vestiduras de sacerdote, éste era

el momento del día que normalmente más gozaba. Un momento en que, en la intimidad de su habitación, podía despojarse de la careta del sacerdocio y permitirse una copa de coñac y una hora de lectura. Era su propio tiempo... los segundos, minutos y horas en que a veces trataba de analizarse a sí mismo y sus sentimientos. Aún seguía asombrado de verse convertido en sacerdote. Y todavía más sorprendido de notar que le gustaba. Se encontraba a medio camino en su carrera de odontología cuando las presiones familiares y la muerte de su hermano mayor casi le obligaron a entrar en el seminario. Siempre había existido un sacerdote en la familia, y no iban a permitirle que les dejara en la estacada ahora. El paso de la escuela a la misma había resultado difícil.

Pensó en la llamada telefónica... la voz que hablaba desde el aire en tomo suyo. Por supuesto, él creía en Dios. Un sacerdote tiene que creer en Dios. Son otras personas las que dicen que Dios ha muerto. Pero tener a Dios de repente hablándole a uno, como si fuera el vecino, no era en absoluto lo que le habían enseñado a esperar. Dios sólo habla a los santos, y el padre Jules Benoir no podía recordar nada de su pasado que le incluyera en dicha clasificación.

Se encogió de hombros ante su imagen reflejada en el espejo. La alta y más bien atléticamente construida imagen le devolvió el encogimiento.

—¿Qué pasa ahora? —se preguntó—. Y más importante, aún, ¿qué pasó entonces? ¿Qué pasará después?

Se ajustó las gafas a la nariz, se dejó caer sobre el sillón y se dio la vuelta, de manera que sus largas piernas colgaron sobre uno de los brazos de piel densamente acolchados. Sonrió para sí mismo. Ayer... no, incluso aquella misma tarde habría tomado por loco a quien le hubiera sugerido que oiría la voz de Dios. Pero ahora que había ocurrido, parecía algo casi corriente. El Dios que siempre había estado tan distante, un misterioso y paternal mascarón de proa, era humano... bueno, casi humano. Sonaba como... no, eso era imposible. El padre. Benoir sonrió. Sí, Dios sonaba un poco como su tío, el Gran Almirante Dordogne.

—Lo siento, Señor —dijo el padre Benoir, en voz alta—. No quería insultarte. El tío es un terrible pelmazo, aunque sea presidente de Francia.

Alargó la mano y cogió su Biblia del estante. Le dio un golpecito, medio esperando que se abriera por alguna página que le ofreciera consejo... dirección para el futuro. No lo logró. La cerró de nuevo y se relajó en la silla, con el libro descansando sobre sus muslos.

«Una limpieza general», había dicho Dios. Un nuevo comienzo. No significaba más que eso. No habría nada. Sería como un astronauta poniendo los pies en un mundo reciente y estéril. Pero un mundo que no contendría ningún diablo, ninguna amenaza a la pequeña comunidad de seres humanos que crecería hasta poblarlo otra vez.

«Colonizar —pensó el padre Benoir—. Pero seguramente quedarían algunos edificios. ¿Nada? No, no habría nada. Dios lo procuraría. Sería un Nuevo Mundo.

Bosques y selvas verdes. Fértiles llanuras y valles».

El padre Benoir se miró las manos. Eran jóvenes y fuertes. Podían blandir un hacha, construir una casa, arar un campo. Cogió de nuevo su Biblia. Debía leerla con una mirada nueva. Se puso en pie y caminó hacia su cama. Se encaramó a ella, se arropó bien y se puso a leer.

Amanecía ya cuando cayó en un profundo sueño. Fue despertado por un contrapunto de gritos, ruidosas exclamaciones y risas que resonaban por todo el pueblo, exaltados por la resonancia natural de St. Pierre-des-Monts.

El padre Benoir miró de reojo y con vista miope hacia el calendario que colgaba al lado del crucifijo, cerca de su lecho. Tan sólo pudo establecer que era martes. Frunció el ceño. El día de mercado era siempre el miércoles, así que, ¿por qué tanto ruido hoy en el pueblo? Bostezó y se rascó. El ruido procedente de la plaza del pueblo seguía creciendo. El padre Benoir rodó fuera de la cama y caminó hacia la estrecha ventana.

La abrió empujando; los postigos se balancearon hacia fuera y dejaron caer su carga de nieve. Volvió a bostezar, se rascó y miró hacia abajo. Pudo ver una serie de figuras moviéndose claramente en torno a la estatua del Gran Almirante. El padre Benoir cogió del lavabo sus gafas de gruesa montura. Las colocó sobre la nariz. Los habitantes del pueblo parecían estar mirando a la estatua. Le llevó al padre Benoir algunos segundos enfocar la mirada adecuadamente. Cuando las nieblas se aclararon, vio que el Almirante, su tío, tenía ahora una cabeza rosa. Una móvil, rosácea y humana cabeza. El padre Benoir observó con más detenimiento. ¡Sí, la cabeza realmente se movía!

Apresuradamente, se quitó la ropa de dormir y se puso su ropa interior. Se pasó la sotana por encima de la cabeza, introduciéndose en ella con dificultad, y luego se calzó un par de botas, largas hasta la rodilla, de suela de madera.

Salió de la habitación dando fuertes pisadas, con las gafas mal encajadas en la nariz.

Había más gente en la plaza cuando él abrió la puerta que daba a la calle. La frágil voz de una mujer le sobresaltó.

—¡Pobre criatura! Una broma muy muy perversa —gemía la voz de *Madame d'Arle*, esposa del carnicero del pueblo—. No asusten a la pobre criatura; es buen jamón lo que suda.

Claire Laplace, con su rubio cabello balanceándose sobre los hombros, las mejillas enrojecidas por el fresco aire mañanero, y los ojos llenos de lágrimas producidas por la risa, corrió a través de la plaza en dirección a él y le cogió del brazo.

—Padre Benoir... querido padre Benoir... aquí... mire —señaló—. ¿Ha visto usted alguna vez algo así? —Bajó su voz hasta convertirla en un susurro confidencial—. Es el verraco de *Madame d'Arle*. Aquel que tiene el enorme...

Rió tontamente.

Las cejas del padre Benoir se arquearon. Miró con detenimiento. De pie sobre la helada cabeza del presidente, como un elefante de circo en su barreño, había un cerdo. Y no un cerdo pequeño, sino la bestia premiada de *Madame d'Arle*... todas sus cuatrocientas libras. Contemplaba la plaza con indiferencia. Era, sin la menor duda, el cerdo más solemne que el padre Benoir había visto nunca. El padre Benoir observó cómo abajo, en la peana, un grupo de habitantes del pueblo, guiados por el gesticulante Toto Barbusse, estaba tratando de apoyar una escalera de mano contra el pecho de la estatua. Del grupo salían voces de aliento y consejo.

—Trata de atrapar su cabeza en los peldaños... cuidado, se está escurriendo... vamos, Toto, cógelo...

La escalera de rescate asustaba al cerdo. El padre Benoir se asombró de que hubiera resistido allí tanto tiempo, con sus cuatro patas tan mal adaptadas para ello. Se tambaleó, gruñó y chilló en tono agudo. Luego cayó. Toto Barbusse y el alguacil del pueblo, Hercule Chaminade, trataron de saltar para apartarse. Ambos chocaron entre sí. Y el cerdo aterrizó sobre ellos. Su peso, distribuido equitativamente, los aplastó contra la nieve, convertida ahora en barro. Se oyó un gemido amortiguado procedente del policía Chaminade, un juramento obsceno de Barbusse y un chillido de protesta del cerdo. Durante unos momentos permaneció allí, tumbado sobre su colchón humano. Luego, con un gruñido, se puso sobre sus patas y pegó un brinco, corriendo a través de la plaza, perseguido por *Madame d'Arle* y algunos niños del pueblo.

—¿Quién lo puso allí arriba? —preguntó el padre Benoir, soltándose de Claire, que seguía agarrada a su brazo.

No hubo respuesta por parte de los risueños aldeanos.

Barbusse se puso en pie dificultosamente.

—Mataré al bastardo que lo haya hecho, cuando lo encuentre..., si me perdona usted, padre —dijo.

—No pudo haberse encaramado ahí, padre. —Henri Laplace se frotó contra el delantal las manos blancas de harina—. Quizá saltó. O voló. Ya sabe usted el dicho sobre los cerdos que vuelan.

Los aldeanos volvieron a reír.

—Harían mejor en atender al alguacil —sugirió el padre Benoir, mirando ansiosamente hacia la retorcida forma de Chaminade, que yacía aún a los pies de la estatua.

—Eh, padre Benoir —dijo Claire, aferrándose nuevamente a su brazo. Él se apartó rápidamente de la muchacha—. ¿Puedo venir a confesarme esta noche?

El padre Benoir trató de poner una cara tan severa y sacerdotal como le fue posible.

—Te confesaste la noche pasada, hija mía. La confesión diaria no debería ser necesaria.

Claire sonrió seductoramente.

—Pero, padre, ¿qué pasaría si me muriese hoy? ¿Qué pasaría, si lo hiciera sin confesarme?

El padre Benoir alzó los ojos y suspiró.

—Te prometo que si te mueres esta mañana, Dios tendrá en cuenta que tengo un exceso de deberes eclesiásticos que atender, e indudablemente te perdonará cualesquiera pecados que puedas haber inventado. De hecho, hablaré con él de ti.

Apenas podía creer en su propia voz.

Se dio la vuelta y empezó a regresar a la iglesia. Bajo sus pies, la fina nieve, arrastrada desde las montañas, había sido ya machacada hasta convertirse en una helada capa. El padre Benoir frunció el ceño y cruzó las manos detrás de la espalda. Llegó a la escalinata del templo, golpeó con sus botas contra ella para hacer caer la nieve, abrió la puerta de la iglesia, se arrodilló brevemente e hizo la señal de la cruz. Se dirigió a la nave lateral que conducía a la torre. Ésta era alta, los escalones eran empinados, y estaban erosionados por los pies de incontables campaneros, sacerdotes y vigilantes. Le costó algunos minutos alcanzar el antepecho situado detrás de la única campana. Se apoyó contra la pared y miró al pueblo hacia abajo.

Esta vista siempre le conmovía.

St. Pierre-des-Monts había sido alguna vez un campamento fortificado, casi un castillo, que guardaba el paso entre la Teta Izquierda y la Teta Derecha. Lo que antes fuera el bullicioso patio de una guarnición, era ahora una acogedora plaza, la plaza del pueblo, limitada, por los cuatro costados, por casas que habían encontrado su lugar gracias a la economía de sus constructores medievales, en los huecos situados bajo las antiguas almenas. Más allá de los muros del pueblo, el terreno era áspero. Ni siquiera la nieve podía disimularlo. Un centenar de arroyos escapados de las montañas se abrazaban mutuamente e iban a parar a un ancho y agitado río que se dividía en dos brazos excavando profundos cañones a ambos lados de St. Pierre-des-Monts, y luego volvía a formar una sola corriente, para continuar ruidosamente hacia el mar, a 150 millas de distancia.

El pueblo tenía una sola carretera, que se iniciaba en la plaza. Discurría bajo la arqueada y apuntalada puerta, se balanceaba sobre un puente de madera que atravesaba la garganta en forma de foso y seguía serpenteando, con una anchura de sólo cuatro metros, bajando a través de montañas y bosques, Hasta unirse con la carretera nacional un par de millas al sur de Clermont-Ferrand.

El padre Benoir observó cómo se reducía la sombra de la Teta Izquierda a medida que el sol se iba alzando sobre la montaña. El aire se iba haciendo ligeramente más cálido. El puntiagudo tejado de la torre de la iglesia comenzó a gotear. Lo que parecían pulimentados cristales cayeron de los carámbanos que adornaban sus aleros. El padre Benoir los estudió cuando caían, y reflexionó. Y, mientras lo hacía, recordó de repente. Capturó sus gafas con un reflejo bien estudiado, cuando se deslizaban por su nariz. «¡El cerdo! ¡El verraco de *Madame* d'Arle! ¡Oh, Dios...! Tú me lo dijiste... sobre un cerdo volador... cuando te pedí un signo. Desde luego, un signo. ¡Un cerdo



volador!»

Juntó sus manos y miró hacia el cielo azul. Permaneció en la misma posición hasta que la fuerte luz comenzó a dañarle los ojos.

«Exacto», pensó el padre Benoir, gravemente. Tres palomas situadas en el balcón cercano emprendieron el vuelo, aplaudiendo ruidosamente con sus alas. El padre Benoir sonrió. Su sonrisa se convirtió en mueca, y ésta, en una carcajada. Rió y rió sin parar. Hacía mucho tiempo que no reía tanto. La gente de abajo levantó su mirada hacia la torre. La risa del sacerdote resonó por toda la plaza. Los aldeanos sonrieron felices. Es buena señal que el sacerdote ría. Marca una tonalidad para el día que se presenta.

La vida fue de repente feliz; de repente, maravillosa; de repente, hermosa y llena de objeto, pensó el padre Benoir. Ahora, este instante, este segundo, AHORA era el momento de estar vivo, de hacer la buena obra de Dios, aun cuando, en este caso, tuviera que ser una obra triste. ¡AHORA, AHORA, AHORA! Volvió a reír. Sus hombros se agitaron. Obra, pensó. ¡Obra, estupenda obra! Pensó sobre los aldeanos de abajo: ¿Cuántos eran? Aproximadamente sesenta y cinco, incluyendo los niños, ¡ah, los queridos niños! Y unos veinte más, en las granjas y minifundios de los alrededores. Juntándolos todos, unas ochenta o noventa personas. Algunas viejas; algunas, jóvenes; algunas, virtuosas; algunas, viciadas. La mayoría activas y trabajadoras, y unas pocas tan perezosas que encontraban difícil moverse lo suficiente como para ganarse el sustento. ¿Y cuántas cabían en el arca del Señor?

El padre Benoir murmuró el versículo que había estudiado la noche anterior. «En este día... no... en este mismo día entró Noé, y Sem, y Cam, y Jafet, los hijos de Noé, y la mujer de Noé, y las tres mujeres de sus hijos con él, en el arca». Hizo una pausa y se frotó el dedo contra el lado de la nariz. «Bueno... sólo ocho personas. ¿Cómo...?» Se dio la vuelta, golpeó con su uña contra la campana al pasar, escuchando afectuosamente la suave nota, y luego bajó los empinados escalones, apoyándose contra la pared exterior de la larga espiral. Caminó hasta el altar, hizo tres veces la señal de la cruz y se arrodilló. La luz del sol estaba llegando justamente a la cruz de latón atornillada al retablo tallado detrás del altar. La cruz resplandecía.

—Yo sé que tú eres Dios, amado Señor —dijo el padre Benoir, suavemente—. Pero, la verdad, haces las cosas de una manera extraña.

Había una sola falla geológica en la roca sobre la que había sido construido el pueblo de St. Pierre-des-Monts. Un millón de años antes, los ríos y arroyos la habían perforado hasta que toda la roca caliza quedó acribillada de túneles y pasajes. Los habitantes medievales del fuerte los encontraron útiles para almacenar, para disimular escondrijos y para construir calabozos. Pero hoy tenían un grave inconveniente: hacían que toda la roca actuara como una gigantesca caja de resonancia para la campana de la torre de la iglesia. El sonido de aquélla era amplificado y repetido por las paredes y las casas, en tanto que la Teta Izquierda y la Teta Derecha, situadas a unos pocos miles de metros a ambos lados de la población, se devolvían mutuamente el sonido, hasta que éste se convertía en un largo y atronador rugido. No había forma de escapar del sonido de la campana de la iglesia en St. Pierre-des-Monts.

Por acuerdo entre los habitantes del pueblo, el alcalde y el sacerdote, la campana de la iglesia era tocada sólo por cinco razones: terremotos, invasión, fuego, reuniones del consejo y para anunciar la elección de un nuevo Papa. Esto último fue la concesión del consejo al sacerdote. No se tocaba con ocasión de los funerales, pues ya eran de por sí bastante dolorosos sin necesidad de la campana. Y tampoco para las bodas, porque el ruido embotaba el buen humor de los invitados. La campana no señalaba la misa, y en cualquier caso jamás se tocaba cuando había gente dentro de la iglesia. El motivo estaba registrado en francés antiguo en una estrecha tablilla clavada en las paredes del portal de la iglesia. «En el año de Nuestro Señor —rezaba la losa de granito— de mil seiscientos ochenta y nueve, una catástrofe se abatió sobre el pueblo de St. Pierre-des-Monts, siendo párroco por esa época un joven sacerdote recientemente llegado de Limoges. Siendo un forastero, y teniendo sólo diecinueve años de edad, hizo sonar la gran campana en un momento en que los hombres y mujeres del pueblo estaban reunidos en la iglesia para dar gracias por la promesa de una gran y abundante cosecha. Cinco de los ancianos del pueblo cayeron al suelo muertos. Seis mujeres jóvenes dieron a luz repentinamente en la iglesia. Una mujer perdió la razón. Y todos los que estaban en el servicio no pudieron moverse durante un período de tres semanas, quedando sus ricas cosechas sin recoger y pudriéndose en los campos. Aquel invierno se pasó mucha hambre». Garabateada al pie, por un guasón de la época, había una posdata que decía que sólo los impíos que habían permanecido en sus camas después de una noche de juerga no habían sufrido enfermedad alguna.

El secreto de vivir con la campana era vigilar a las palomas de las orejas del Almirante. Merced a algún instinto ornitológico, ladeaban primero sus cabezas, asumían un aire de terror frenético y luego se lanzaban a un ascenso en espiral por encima del pueblo. Exactamente un segundo y medio más tarde, la campana sonaba. Los aldeanos sabios, advertidos por las palomas, se quedaban inmóviles con los dedos totalmente introducidos en los oídos y los ojos fuertemente cerrados en un

gesto de concentración.

Las estanterías, repisas de chimeneas y alféizares del pueblo estaban diseñados para resistir las vibraciones de la campana. Casi todos ellos tenían topes atornillados o clavados a lo largo de sus bordes, para impedir que se cayeran sus cargas de ornamentos o macetas de plantas. Aun así los muebles seguían paseándose por las habitaciones. La leyenda cuenta que un sillón de la viuda Decherf fue por su propio pie al mercado local durante una sesión de tañido de campana, y que allí fue comprado por la propia viuda Decherf, que quiso adquirir la pareja del que aún creía en su casa.

El movimiento de las palomas fue captado por el ojo de Toto Barbusse mientras estaba tras el mostrador de su bar, echando el aliento sobre una mancha de grasa en uno de los gruesos vasos de cristal.

—¡La campana! —advirtió.

Al unísono sus clientes agarraron rápidamente sus vasos y se prepararon para el choque inicial. Primero, la vibración que hacía difícil concentrar los ojos sobre un objeto individual, y luego, la onda de choque explosiva que afectaba a los sentidos como un avión supersónico volando a baja altura.

Los hombres contaron las campanadas. De haber sido duros de oído, habrían podido llevar igualmente la cuenta observando el salto de los vasos en las estanterías, o las pequeñas nevadas de fino polvo de cal que se desprendían del techo del bar.

—Ocho, nueve... diez —articuló Toto. El sonido fue muriendo, dejando en los oídos de los hombres un hormigueo, que duró medio minuto más—. Diez campanadas —gritó. Luego moderó su aguda voz—. Diez campanadas. Una reunión del consejo.

Los clientes del bar asintieron. No había necesidad de apresurarse. La reunión no se celebraría hasta dentro de una hora. Ése era el tiempo que necesitarían los granjeros y negociantes de madera para sacudirse el barro de sus botas y hacer con pesado paso su camino hasta la reunión en el despacho del consejo.

Tradicionalmente, antes los hombres se congregaban en el bar de Toto. Esto les daba la oportunidad de ejercer presiones en busca de apoyo, antes de la reunión, o discutir en privado los asuntos que era probable surgieran. Luego emprendían su camino, en grupo, hacia la cámara del consejo. La puntualidad era una cuestión de honor.

Las reuniones siempre empezaban exactamente a su tiempo: una hora después del último toque de la campana.

Alphonse Joliot, el bizco granjero de vacas, fue el último en llegar al bar de Toto.

—Un vaso de meada de toro —pidió enérgicamente al apartar a un lado las ondulantes cortinas de plástico que colgaban sobre la puerta—. ¿Bien? —preguntó—. ¿Quién convocó el consejo esta vez?

Los asistentes se encogieron de hombros. No estaban seguros de a quién se dirigía Joliot. Siempre tropezaban con esta dificultad.

—El padre Benoir, creo —dijo Toto Barbusse, al final.

—¿Por qué?

Esta vez le tocó a Toto encogerse de hombros.

Los ojos de Joliot giraron locamente por la habitación, antes de enfocarse individualmente a cada lado del policía del pueblo.

—¡Ah, Chaminade! —exclamó—. Tres de mis pollos fueron robados esta semana. ¿Por qué no te ocupas de tu trabajo?

El alguacil Chaminade había estado sentado a una de las mesas del rincón más lejano de la barra, prestando atención a lo que ocurría. Se puso en pie, se colocó el quepis y dirigió su mirada al bizco granjero.

—Ahora me encuentro de servicio —dijo pomposamente—. ¿Cuáles son los detalles del robo? ¿Tienes sospechas?

—Sospechas, no —contestó sonriendo Joliot—. Una prueba sangrienta.

—¿Prueba? —inquirió el policía Chaminade—. No hay prueba *ninguna* sin un juicio legal.

—Le disparé a ese bastardo —respondió Joliot—. Directamente al culo.

—¡Dios mío! —jadeó el policía Chaminade—. Disparar a los ladrones va contra la ley. La ley permite, a lo sumo, un discreto arresto, sujetando al sospechoso hasta que llegue yo para hacerme con el control.

—El ladrón está ahora colgando de mi cerca —gruñó Joliot—. Era una zorra.

Los hombres del bar rieron y emprendieron lentamente su camino hacia la puerta, flanqueados por el congestionado alguacil Chaminade. Guardar a los miembros del consejo en su camino de ida y vuelta a las reuniones del consejo era uno de los pocos deberes oficiales del policía Chaminade. Era tarea suya permanecer, atentamente y en posición de firmes, en la puerta de la cámara del consejo, mientras se estaba celebrando la reunión, para impedir la entrada de cualquier persona que no fuera un miembro elegido. Se trataba de un trabajo que, en sus años juveniles, había llenado al policía de aprensión, porque, aunque él entendía lo que implicaba el trabajo, nunca se le había explicado lo que se esperaba que hiciera si alguien decidía entrar por la fuerza. En aquellos lejanos días, él probablemente habría advertido primero al intruso de las consecuencias de semejante acción. Después de lo cual, si el otro persistía, le habría dicho por tres veces con voz grave y clara: «Deténgase, o disparo...»

Ahora, sin embargo, el policía Chaminade ni siquiera podría cumplir su amenaza de disparar a alguien. Durante veinte años, la pistola había permanecido en su funda, unida a la piel por el moho y la corrosión. Sólo la punta de la culata, allí donde había producido un agujero por rozamiento en la chaqueta del policía, seguía estando pulimentada. Y, además, ya no tenía balas (al menos, no llevaba ninguna consigo). Estaban guardadas en un cajón del bar de Barbusse, verdes, abolladas y estropeadas, para ser utilizadas cuando los aldeanos jugaban a las cartas.

El padre Benoir estaba ya en la cámara del consejo. Se hallaba sentado en su silla de costumbre, a la derecha del alcalde. En la silla de la izquierda se sentaba Claire Laplace, con un bloc para tomar notas taquigráficas sobre su casi desnudo muslo. Hacía girar un lápiz entre los dedos, y miraba con ensueño al joven sacerdote a través de unos ojos entornados. La cámara del consejo era diminuta y estaba casi enteramente ocupada por una mesa que fuera originalmente la mesa de comedor de un duque en los días en que un duque había vivido realmente en St. Pierre-des-Monts. La franja, de medio metro de anchura, que rodeaba toda la habitación, entre la mesa y las paredes, estaba ocupada por los asientos de los miembros del consejo.

Las gafas del padre Benoir estaban cuidadosamente colocadas frente a él sobre la hoja de papel rayado que se proporcionaba a cada miembro del consejo. Sus ojos estaban cerrados, y la cabeza, inclinada hacia atrás como si estuviera durmiendo.

Abrió un ojo cuando los consejeros entraron en la habitación y ocuparon ruidosamente sus asientos.

El padre Benoir abrió el otro ojo cuando llegó el alcalde, coronel Maurice Lorraine. Observó a la alta, barbuda y militar figura luchando por llegar a su asiento. Luego, cuando lo logró, hizo con la cabeza un tranquilo gesto de bienvenida.

—Coronel Lorraine...

—Padre Benoir...

El alcalde Lorraine alzó una ceja y permitió que su monóculo le cayera sobre el pecho. Lo cogió automáticamente y lo deslizó en el bolsillo del pecho. Luego se acarició la áspera y blanca barba. Esperó hasta que el murmullo de los demás miembros hubo cesado, y entonces golpeó la mesa con un pequeño martillo de madera.

—Caballeros... la... —miró fijamente el papel que tenía ante sí—. Se abre la ochocientos cuarenta y dos reunión del Consejo de St. Pierre-des-Monts. ¿Quién la ha convocado?

Con precisión militar dejó el martillo cuidadosamente al lado de sus papeles.

—Yo —dijo el padre Benoir.

—Me alegro de oírlo —murmuró el alcalde, mirando con dureza a Toto Barbusse—. Todos negaron haber convocado la última reunión.

Toto Barbusse arrastró inquieto sus pies bajo la mesa. Él era quien había convocado la última reunión para solicitar un permiso de venta de contraceptivos en su pequeño bar. Pero en el último minuto, dándose cuenta de que podía ejercer presión en la pequeña comunidad católica, había decidido quedarse callado.

El alcalde puso en orden los papeles delante de él.

—No habiendo otros asuntos por el momento que exijan la inmediata atención del consejo, puede usted hablar.

El padre Benoir se inclinó y cogió de la mesa una gran Biblia de piel. La abrió

con un golpe. Yves d'Arle, sentado cerca de él, pudo captar el olor a rancio de la vieja encuadernación y papel. El padre Benoir tosió. Cuando habló, su voz sonó mucho más fuerte de lo que pretendía.

—Y el Señor dijo: «Destruiré toda sustancia viviente que haya hecho...» —retumbó.

Los miembros del consejo se quedaron estupefactos. Alphonse Joliot, que estaba sentado frente al sacerdote, sacudió su cabeza tan violentamente, que casi quedó aturdido al golpearse contra la pared. Sus no coordinados ojos bailaron en las cuencas.

—Exacto, exacto —padre— admitió el alcalde Lorraine, amablemente.

El padre Benoir parpadeó. Tosió otra vez y cogió sus gafas, apretándolas contra su nariz tan firmemente, que se le blanqueó la punta.

—Por favor, continúe, padre —dijo el alcalde.

—Eso resulta más bien difícil, coronel Lorraine, porque yo no creo que, hasta ahora, haya empezado siquiera. Y no sólo eso, sino que no estoy nada seguro de por dónde hay que empezar, excepto que es en esta parte en especial de la Biblia.

El padre Benoir calló. Se sentía evidentemente incómodo. Alphonse Joliot hurgó por un momento en su bolsillo y luego deslizó una cajita a través de la mesa, hacia el sacerdote.

—Tome una pizca de rapé, padre. Aclara la mente.

El padre Benoir sacudió su cabeza. Miró lentamente a todos los hombres alrededor de la mesa. Les conocía a todos bastante bien. Pocos eran los que podían exhibir mucha instrucción. Eran hombres principalmente de una considerable capacidad práctica —como debía ser, pensó, en una comunidad pueblerina—. Habían sido votados para el consejo porque los aldeanos les aceptaban por lo que eran: sensatos; cuerdos, aun cuando a veces se mostraron quizás excéntricos; buenos hombres de Iglesia y, por encima de todo, honrados y dignos de fiar.

Los evaluó mentalmente a medida que se cruzaba con su mirada. Edouard Ravelle, el comerciante en madera; Toto Barbusse; Alphonse Joliot, el granjero de vacas; Pierre Flambert, el tendero de ultramarinos; Henri Laplace, el panadero; Yves d'Arle, el carnicero; y el alcalde, Lorraine, que estaba retirado, pero que había sido coronel en la Caballería escogida del desierto.

—Ayer estuve hablando con Dios —dijo el padre Benoir, midiendo cada una de las palabras—. La llamada telefónica que me hicieron en su bar.

Miró a Toto Barbusse, el cual levantó sus dos espesas cejas hasta que se fundieron con la línea del pelo.

—¿Está usted seguro de que no quiere una pizca de rapé, una grande? —susurró Joliot, dirigiendo una mirada de entendimiento a Toto Barbusse.

El padre Benoir frunció el entrecejo.

—¡Orden, orden! —exclamó el alcalde Lorraine con firmeza. Golpeó con su martillo otra vez—. ¿Por qué no permitimos que hable el padre Benoir?

El padre Benoir arrugó el entrecejo mientras hablaba, y dirigió su mirada a la mesa.

—Hablé con Dios —repitió, y luego hizo la señal de la cruz. Los miembros del consejo le imitaron automáticamente—. Yo no *pedí* hablar con Él; Él habló conmigo. Me dijo que tenía un trabajo importante para que yo lo hiciera. Y necesito la ayuda de ustedes para realizarlo.

—Naturalmente, naturalmente —dijo el alcalde Lorraine.

Se preguntó cuál sería la ayuda que el clérigo necesitaría. Dinero para restauraciones en la iglesia; asistencia, los jueves por la tarde, al club de juventud de la iglesia; una nueva remesa de loza para el círculo semanal de mujeres. Sería algo parecido. Siempre era igual con aquel joven. Suspiró. ¿Por qué el padre Benoir no efectuaba su pedido de una manera menos formal que convocando una reunión oficial del consejo? ¿Y por qué utilizaba el nombre de Dios como palanca? No es que no quisieran ayudar a la iglesia. Ahí estaba el problema con los hombres del clero: el hablar desde el púlpito les hacía teatrales. Sonrió, benevolente, al sacerdote.

—Si tiene usted alguna obra importante que realizar, puede contar con nosotros para ayudarle. Estaremos encantados de poder prestar un servicio a nuestra iglesia, padre.

—¿Una barra o dos de pan extra? ¿Más hostias? —preguntó Henri Laplace, el panadero.

Toto Barbusse sonrió enseñando los dientes.

—¿Un poco más de mi vino fino para la comunión, quizá, muchacho? ¿Quiero decir, padre...?

—¿Más madera para calentar las estufas de la iglesia?

Edouard Ravelle se asombraba siempre de la actitud de la cantidad de madera que consumían los fuegos de Dios; casi tanta como cabría esperar de la oposición.

El padre Benoir sacudió la cabeza vigorosamente.

—No, no, no, aunque muchas gracias. No tiene nada que ver con eso. Es mucho más importante. Quiero que me ayuden ustedes a construir un arca.

Dirigió la mirada piadosamente hacia el techo. Los ojos cruzados de Alphonse Joliot trataron de seguir los del sacerdote. Descubrió la telaraña en el rincón que el padre Benoir parecía estar mirando; fue devuelto a la realidad del consejo por la trémula voz del alcalde Lorraine.

—Arca... ARCA. ¿Un tipo navegable de arca?

La cara de Toto Barbusse se iluminó.

—¡Ah!, desde luego, un arca para una cabalgata ¿eh, padre? Un arca como centro de mesa. Limpíamente tallada por nuestros artesanos, algo que los niños apreciarán en el cuadro.

Henri Laplace miró asombrado.

—¿Cabalgata? ¿Cuadro...? ¡Una fiesta! Sí, es una buena idea. Una especie de festival del pueblo. Que pudiera atraer turistas.

—Como Oberammergau —musitó el alcalde Lorraine—. Una idea excelente, padre. Montaremos un festival en el pueblo. Producirá negocio, como dice *Monsieur Laplace*.

—No se trata de un arca pequeña —dijo el padre Benoir, con suavidad—. El arca en la cual yo pienso, en la que piensa Dios, es un arca de verdad. Un arca de tamaño natural. —Eché una mirada al trozo de papel encajado entre las páginas de la Biblia—. Ciento setenta metros de largo. Treinta metros de ancho. Dieciocho metros de alto. Un arca lo bastante grande como para transportar a todas las personas del pueblo.

El alcalde Lorraine se acarició la barba. No quería parecer poco amable al joven sacerdote.

—Padre Benoir —empezó—, ¿está usted seguro de que eso es lo que quiere? ¿Qué pretende usted? Es una petición de lo más sorprendente. Insólita. En realidad, yo personalmente, no comprendo...

El padre Benoir le interrumpió.

—Sé lo que están todos ustedes pensando. Soy joven... probablemente estoy loco... eso es lo que yo mismo pensaría.

—Tiene usted toda la razón —reconoció Joliot—. Probablemente está usted un poco loco por beber la meada de vaca de Barbusse.

—Chsst..., *Monsieur Joliot*, recuerde que ésta es una reunión del consejo —intervino el alcalde Lorraine, lanzando a Joliot una mirada furiosa.

El padre Benoir miró a su alrededor, casi con desesperación.

—*Deben* creer ustedes en mí, aun cuando pueda parecer extraño. Dios habló realmente conmigo... no, no, alcalde Lorraine, por favor, dejen aparte mi edad; hubo una santa Bernadette, era una niña... hay montones de otros jóvenes. —Empezó a sentir que su argumento estaba perdiendo sentido dentro de su propia confusión—. Fue una petición..., no, fue una orden de Dios. De los cielos.

Edouard Ravelle miró con furia al padre Benoir.

—Entonces, creo que alguien allá arriba, o alguien aquí abajo, está... —Hizo girar su dedo índice cerca de su sien. Se detuvo y empezó de nuevo—. Bien... ¿qué vamos hacer con ella si la construimos? ¿Invitar a Zsa Zsa Gabor y al Papa, quizás, incluso a los Burton, a un fin de semana de navegación? Estamos a más de ciento cincuenta millas de la costa más próxima.

Miró de soslayo a Yves d'Arle y alzó sus cejas.

El padre Benoir miró atentamente la Biblia que tenía ante sí.

—Yo pensaba que éste era mi objetivo, ser un sacerdote de pueblo... haciendo las buenas obras del Señor. No me consideraba a mí mismo apto para cualquier otro propósito... hasta ayer, cuando hablé con el Señor. Él me habló, y me dijo que *esto*, el arca, la salvación de Su pueblo, era mi objetivo. Desea que construyamos un arca para cuando Él inunde la Tierra como hizo ya una vez, en tiempo de Noé.

El padre Benoir dejó de hablar. La habitación se quedó tan silenciosa, que se pudo



oír cuando la profunda respiración de Barbusse se alteró.

El propietario del bar se puso rígido.

—¿Quiere usted decir que era realmente Dios quien estaba al teléfono? No le creí cuando Él dijo que lo era.

—Sí —dijo el padre Benoir.

—¿Nos está pidiendo que creamos eso? —preguntó el coronel.

—¿Y está usted totalmente seguro de que *era* Dios quien le hablaba? —preguntó Barbusse, mirando fijamente al joven sacerdote.

—Absolutamente seguro. Tanto como lo estoy de que estamos todos aquí reunidos.

—Jamás había oído tantos disparates en mi vida —gruñó Edouard Ravelle—. Un maníaco telefonea en mitad de la noche, dice que es Dios, cuenta una patraña y todo el mundo se la traga. Se están ustedes comportando como niños. Deberían saber que eso no se hace.

El alcalde Lorraine golpeó el martillo en la mesa.

—Vamos a volver al tema de la reunión —dijo—. He estado sentado aquí, pensando. Tenemos un joven sacerdote... Lo siento, padre, esto no trata de ser un insulto, pero usted es, al menos según mi patrón, casi un muchacho. Y, de repente, nos llama para decimos que ha hablado usted con Dios por teléfono. Es más... que Dios le ha dicho a usted que tiene intención de destruir a la población de la Tierra.

—Sí, un muchacho —dijo Ravelle. Golpeó fuertemente con la palma de la mano sobre la mesa—. ¡Qué estupidez!

El alcalde Lorraine miró, por encima de la mesa, al comerciante en madera.

—De manera que es eso. El hecho de que se trate de un muchacho, hace que lo miremos como un absurdo.

—Exactamente —dijo Ravelle.

—Bien... —El alcalde Lorraine se inclinó hacia delante—. Estoy en desacuerdo con usted, Ravelle. Supongamos que el padre Benoir tuviera mi edad... casi ochenta años..., ¿habríamos creído en él? Supongamos que hubiera vivido muchos años con nosotros aquí en el pueblo. Sí, estoy seguro de que habríamos creído en él. Así que es en parte porque es joven por lo que dudamos de él. Bien, al reflexionar, he decidido creer en él... *porque* es joven.

—¿*Porque* es joven?

Joliot miró inquisitivamente al alcalde Lorraine. Éste asintió con la cabeza, sacó su monóculo del bolsillo y se puso a limpiarlo.

—Sí. Porque es casi un muchacho. Porque está al comienzo de su vida... al comienzo de la carrera por él elegida. Y porque... si yo fuera Dios... perdone, padre... elegiría a la juventud para dirigir esta situación.

—Todos nuestros oficiales fueron jóvenes —dijo Barbusse—. En los paracaidistas tenían que ser jóvenes. Los viejos siempre se rompían las piernas.

—¡Cállese! —exclamó bruscamente Ravelle. Se volvió hacia el alcalde—. Ya veo

el aspecto que está usted señalando, coronel. ¿Pero está usted seguro de que sus puntos de vista no están mediatizados por el parentesco del padre Benoir con nuestro viejo amigo, nuestro presidente, el Almirante Dordogne?

La cara del alcalde Lorraine enrojeció. Se apretó el monóculo contra el ojo y miró orgullosamente a Edouard Ravelle.

—Yo no hago la pelotilla. Formo mis propias conclusiones sin prejuicios. Creo que Dios *habló* con nuestro sacerdote... y, aun siendo joven, me siento orgulloso de llamarle nuestro sacerdote. Y le apoyaré.

—Bien, yo no —dijo Barbusse. El padre Benoir le miró fijamente.

—Yo tampoco, a menos que Dios convierta a Barbusse, aquí presente, en una estatua de sal como prueba —dijo Joliot.

Henri Laplace asintió tan violentamente con la cabeza mostrando su acuerdo, que unas nubecillas de fina harina se desprendieron de su pelo y rodearon su cabeza como un halo místico.

—Pero Dios les ha dado a ustedes una prueba... un signo, esta mañana. ¿No fue bastante?

El joven sacerdote los miró ansiosamente.

—¿Un signo? —repitió Henri Laplace.

—Sí. Esta mañana, en la plaza. Todos lo vieron. —Los miembros del consejo se miraron entre sí, asombrados—. La estatua del Gran Almirante Dordogne... —El padre Benoir se detuvo durante un segundo, y luego habló con cierta exasperación—. La estatua... el cerdo de la estatua...

Toto Barbusse volvió a sonreír, mostrando sus blancos y grandes dientes entre sus labios.

—¿El cerdo fue un signo? ¿De Dios?

—Sí, el cerdo en la cúspide de la estatua, Barbusse. ¿Cómo cree usted que llegó allí? ¿Piensa que se encaramó con sus patitas unguiladas para lograr una mejor vista del valle? ¿Quizá *Madame* d'Arle lo puso allí para gastar una broma?

—Jamás haría eso —dijo Yves d'Arle, con firmeza—. No tiene demasiado sentido del humor.

—¿Entonces? —preguntó Toto Barbusse.

El padre Benoir miró de hito en hito a través de sus gafas a los miembros del consejo.

—Subió volando —respondió dramáticamente—. Voló los siete metros hasta la cima de la estatua.

Toto Barbusse rompió a reír, mostrando una cara llena de arrugas.

—¿Voló?

El padre Benoir le miró con gesto de furia.

—Sí, voló. Fue el signo de Dios para mí. Él dijo algo sobre la posibilidad de hacer que un cerdo volara.

Se produjo un silencio cuando los concurrentes consideraron esta afirmación. Al

final habló Henri Laplace.

—No logro imaginar otra manera en que un cerdo pueda subir ahí, a menos que sea capaz de cargar con una escalera, y aun así, los cerdos no suben por las escaleras con mucha facilidad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Yves d'Arle, blandamente. Los demás le miraron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Alphonse Joliot.

—El cerdo... el cerdo sagrado... esa maravillosa criatura que ustedes dicen fue tocada por la mano de Dios, el primer cerdo que ha volado realmente.

—¿Y bien?

Los consejeros le miraron.

—Los sacrificué —gimió d'Arle—. Esta tarde.

—He estado pensando —anunció Barbusse, inesperadamente, después de un largo silencio. Miró airadamente de soslayo a sus camaradas del consejo, sentados todavía alrededor de la mesa—. Dicen ustedes que Dios desea que construyamos un arca, como la que hizo Noé, aquí en el pueblo. Y si construimos el arca es para que la usemos... los aldeanos... yo... Josephine... incluso Joliot, aquí. Todos nosotros. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Bien, ¿por qué nosotros? ¿Por qué no, cualquier otro?

El alcalde Lorraine se rascó la oreja.

—También yo me pregunto eso. Comprendo alguno de los sentimientos de Dios... He viajado, he visto mucho y, a menudo, me ha puesto enfermo lo que veía. Muerte, derramamiento de sangre, violencia, fraude, avaricia. Dudo que nosotros seamos mucho mejores que los demás. Sería un pecado suponer que lo somos.

Los miembros del consejo asintieron.

—No somos mejores —dijo el padre Benoir, tranquilamente—. Pero en cierto modo, creo que somos un poco inocentes. Aquí, en las montañas, somos como niños. Verdad es que tenemos nuestros negocios, nuestros pequeños problemas... pero quizá, de algún modo, hemos evitado el corrompemos demasiado.

—¿Cree usted que es por eso por lo que Dios nos ha elegido a nosotros? —preguntó Yves d'Arle.

El padre Benoir se ajustó las gafas.

—Estuve pensando sobre esto. Durante toda la noche pasada. Me pregunté por qué yo, y por qué aquí. Sólo Dios sabe lo que Dios está pensando, o siquiera deseando. —Sonrió—. Se me ocurrió que quizás hemos de salvamos porque somos pecadores... quizá Dios nos eligió no porque seamos perfectos, sino precisamente porque somos imperfectos, y tal vez satisfacemos los requisitos, porque, de alguna manera, dentro de nosotros como comunidad, hay algún factor redentor. Quizá tengamos la capacidad de ser perfectos a los ojos de nuestro Señor. Supongo que esto no tiene nada que ver con ello, pero hasta esta mañana no me di cuenta de algo más

sobre nosotros, sobre St. Pierre-des-Monts... Por ejemplo, cuán realmente autosuficientes somos... un carnicero, un panadero, un tendero, un alfarero, un comerciante en madera, un granjero de vacas, otro granjero general...

—Y un bar —dijo Toto Barbusse orgullosamente—. Pensándolo bien, tenemos sólo un protestante. Realmente, es un alivio...

El padre Benoir le silenció con una fría mirada.

—Somos capaces de producir todo lo que podemos necesitar... tenemos la madera para hacer un arca... su madera, *Monsieur* Ravelle, y tenemos las habilidades necesarias para fundar una nueva civilización.

Edouard Ravelle miró al sacerdote pensativamente.

—Sabemos que eso funcionó la última vez, pero ¿por qué tiene que hacer construir un arca de nuevo? —Pensaba en las enormes cantidades de madera que tenía, madurando, en sus nueve almacenes de secado—. Supongamos tan sólo que gastamos una cantidad de tiempo construyendo un arca, esa gran arca. Esto nos costará un montón de dinero. Podría arruinar a toda el área, en mano de obra y materiales. En particular la madera... bien, tengo algunos pedidos... —Alphonse Joliot tosió descortésmente y lanzó al comerciante de maderas una mirada desdeñosa—. Tengo, realmente, muchos pedidos —casi gimió Ravelle—. Algunos de ellos llevan cláusulas de penalización. Si no los entrego, no sólo no cobraré su importe, sino que tendré que darles dinero *a ellos*. Compensación. Los negocios son así.

El padre Benoir le miró fijamente.

—Quizás, Edouard, Él nos eligió a nosotros porque su madera es la mejor del mundo.

Los ojos de Edouard Ravelle resplandecieron en la penumbra.

—¡Cuentos! —dijo—. Si el Señor quiere buena madera, entonces, por Dios, tendrá que buscarla en algún otro lugar. No creo ni una palabra de ello. De todas maneras, parece un trato comercial malísimo. Es casi un chantaje. Necesito veinticuatro horas para pensar en ello.

Yves d'Arle cogió su vaso con «Pernod» y lo sostuvo contra la amarillenta luz que se balanceaba en lo alto del bar de Barbusse. Delicadamente, quitó del lechoso líquido una moscarda embriagada.

—Ese asunto del cerdo —dijo—. He estado pensando en él. Por el amor de Dios, ¿quién ha oído hablar de un cerdo sagrado? ¿Un cerdo que Dios hizo volar? Es totalmente absurdo. Un milagro, dice el padre Benoir. Yo les pregunto a ustedes... si fueran Dios, ¿habrían elegido un cerdo?

Laplace reflexionó cuidadosamente. Sacudió su cabeza en un gesto negativo.

—No, yo tampoco lo habría hecho —contestó el policía Chaminade.

D'Arle examinó su vaso nuevamente.

—Me preocupaba al principio... el cerdo. Pero entonces recordé un libro que

había leído una vez. Sobre los egipcios. ¿Saben ustedes cómo levantaban las grandes piedras de las pirámides?

Chaminade y Laplace movieron sus cabezas al unísono.

—Bien, construyeron rampas de arena, empujaron por ellas las piedras hacia arriba, y luego quitaron la arena. Las piedras permanecieron una sobre otra.

—¡Ah! —exclamó Chaminade—. Ya veo por dónde va. Usted cree que el cerdo construyó una rampa de arena, luego se encaramó a la estatua y después quitó la arena, para que pareciese que había subido volando. —Hizo una pausa—. Sí, visto así, no es un milagro demasiado maravilloso. Aunque el cerdo fue lo bastante listo como para pensar todo eso. Me pregunto por qué lo haría.

D'Arle suspiró y tomó un trago de su «Pernod». Miró con cansancio a Laplace.

—¿No cree usted que durante la noche nevó fuertemente, y que el cerdo pudo subir por la nieve... y que luego la nieve se deshizo dejando al cerdo allá arriba?

—Es lógico —aseveró la voz de Barbusse desde detrás del bar.

—¡Es una idiotez, papá! No lo escuches —suplicó Claire Laplace, que había estado ayudando a Toto Barbusse a limpiar los vasos—. Si el padre Benoir dice que fue un milagro, deberíamos aceptarlo como tal. Después de todo, el padre Benoir es un cura, y debe de saber mucho sobre estas cosas.

San Pedro se sentó, impaciente, en la prefabricada oficina del Arcángel de Servicio. Los sillones de que estaba dotada dicha oficina eran baratos e incómodos. El propio Arcángel de Servicio se sentaba entre dos bancos de archivos, enfrascado en el trabajo de componer, con una máquina de escribir, la lista de servicios para el siguiente eón. San Pedro, que encontraba poco amistoso al Arcángel de Servicio, no tenía dudas de que nuevamente sería destinado como Guardián de los Portales. El andar por los airados corredores no contribuía demasiado a aliviar el anquilosamiento de sus articulaciones. Echó una mirada al rótulo situado encima del pupitre del Arcángel de Servicio: «No fumarás». San Pedro suspiró.

Un pequeño carillón de campanas repiqueteó suavemente sobre la mesa rematada de formica. El Arcángel de Servicio dejó de escribir y levantó la mirada.

—Muy bien, Pedro, el Jefe está libre.

San Pedro asintió con la cabeza. Se puso de pie, se estiró las ropas, se ajustó el halo frente al espejo de cristales coloreados, como un ritual, se puso tieso y caminó hacia la puerta. La abrió.

—¡Ah, Pedro! —dijo Dios—. ¿Cómo *estás*? Ponte cómodo, hombre. Toma asiento. ¿Quieres una copa?

—Estupendo. Me quedaré de pie. No, gracias —contestó san Pedro, inquieto. Siempre se sentía nervioso cuando Dios se mostraba tan cordial.

Dios hizo girar varias veces su silla rotatoria. San Pedro esperó hasta que la silla dejó de moverse.

—¿Dónde has ido ahora? —preguntó Dios.

—Todavía estoy aquí —respondió san Pedro.

—¡Oh! —exclamó Dios. Hizo dar la vuelta a la silla hasta enfrentarse de nuevo con el santo—. Quisiera que te estuvieses quieto. Vamos a ver... se trata del Coro Celestial.

—¿Sí? —inquirió san Pedro.

—¿Tienen alguna actuación para esta noche?

San Pedro pensó.

—Haendel los tiene trabajando en una nueva versión del Mesías —replicó—. Pero si desea usted tener una juerga personal...

—Si quiero música —observó Dios altivamente—, me la hago yo mismo. No necesito a seiscientos exaltados dando brincos frenéticamente. —Se inclinó hacia delante con gesto confidencial—. Tengo un trabajo para los angelitos. Tarifas normales... pero puedes añadir una pequeña licencia extra para ellos, posteriormente. Quiero que bajen a...

Los hombres estaban sentados en los escalones de la estatua del Almirante Dordogne. Era a primera hora de la tarde. Laplace y Ravelle se disponían a ofrecerse mutuamente un cigarrillo. Era casi un ritual. Cada uno de ellos se resistía a fumar tanto como le era posible, a fin de evitar ser el primero en sacar el paquete. No obstante, apenas se había iniciado el movimiento por parte de uno, el otro se apresuraba a echar mano del suyo, en un esfuerzo teatral por parecer el primero. Entonces se aceptaban mutuamente los cigarrillos del otro. Los espectadores, de haber existido, habrían tenido la impresión de asistir a un gesto de generosa sociabilidad.

El alguacil Chaminade se apoyó contra una pierna de la estatua y escuchó la música.

—El gusto de Barbusse está mejorando —dijo d'Arle—. Pensaba que sólo oía música pop.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Henri Laplace.

La música incrementó su volumen.

—He dicho... ¡Oh, diablos! —gritó d'Arle—. He dicho que Barbusse está gastando demasiado su tocadiscos.

—No soy yo. Además, estoy aquí, no allí —gritó Barbusse desde el otro lado de los escalones.

—Quizá sea su hija, Henri —gritó Chaminade, sobreponiéndose al fondo coral, cada vez más potente—. Si es así, está cometiendo un perjuicio.

—¿Un qué? —aulló Laplace.

La música se oía ahora tan alta, que era imposible cualquier conversación. Parecía proceder del aire mismo. El pueblo empezó a vibrar en sus cavernosos cimientos.

Incluso la campana de la iglesia captó el sonido y resonó por simpatía. Los aldeanos, que habían permanecido dentro de sus casas, aparecieron ahora en las puertas. Laplace acercó su boca al oído de d'Arle.

—¡Es el Ave María! —gritó.

—¡La arrestaré! —bramó el alguacil Chaminade, con su cara de un vivo púrpura.

La plaza estaba ahora llena de aldeanos. Permanecían de pie en asombrados grupos, tratando de encontrar la fuente de la música y el coro. El padre Benoir y el alcalde aparecieron en la escalinata de la iglesia, sosteniendo el alcalde sus manos contra los oídos. Los habitantes del pueblo les miraron. Durante un momento, el padre Benoir se quedó de pie escuchando, y luego dobló lentamente sus piernas y se arrodilló.

—¿Qué está haciendo? —gritó Laplace al oído más próximo de d'Arle.

El carnicero frunció el ceño, y luego chilló una respuesta.

—Espero que esté rogando a Dios para que se haga el silencio.

La música cesó tan repentinamente como había empezado. La segunda mitad de la réplica de d'Arle resonó en la plaza. Aquél se llevó la mano a la boca.

El padre Benoir permaneció arrodillado durante otro minuto, y luego se puso en pie y se enfrentó con los aldeanos.

Levantó una mano e hizo el signo de la cruz.

—Amigos míos... —los aldeanos se quedaron en silencio—. Hemos contemplado todos un segundo milagro. Hemos oído el sonido del Coro Celestial del Señor llamándonos a obedecer su palabra. Yo os pido ahora a todos que me acompañéis en la oración.

El sacerdote se arrodilló otra vez en los escalones de la iglesia; los aldeanos le imitaron, en la plaza.

—Bájate, estúpido —susurró Laplace al alguacil Chaminade, quien permanecía rígidamente de pie en el escalón superior de la estatua—. Se supone que estás rezando, no saludando.

—Amado Señor —clamó el padre Benoir, con voz vibrante por la emoción—. Nosotros, humildes hombres y mujeres de St. Pierre-des-Monts, somos...

Del firmamento llegó un final celestial... un masivo estruendo de címbalos, un atronador fragor de un centenar de bombos... una larga y resonante serie de acordes de órgano. Las oraciones del padre Benoir se perdieron cuando mil seiscientas voces —bajo, barítono, tenor, contralto, alto, soprano y tiple— se mezclaron por encima de los aldeanos como un águila cerniéndose, abatiéndose, zambulléndose y elevándose a su alrededor.

D'Arle miró de reojo a Barbusse, el cual, arrodillado, mostraba una mirada de éxtasis en su cara. El dueño del bar se inclinó hacia él.

—¡Fantástico! —gritó—. Me pregunto dónde habrán colocado los altavoces.

Dios se frotó las manos jubilosamente, y dijo a san Pedro.

—¡Excelente, excelente! Creo que les hemos ganado esta vez. El comerciante en madera parece un poco dudoso, pero podemos trabajar en ello. —Rió entre dientes, con felicidad—. Me gusta mucho salirme con la mía con los humanos, mediante la amabilidad, mientras sea posible.

—El director del coro estaba encantado —sonrió san Pedro—. Dijo que era bueno tener un auditorio vivo para variar.

—Me siento tan benévolo... quizá podría cambiar todos mis planes y perdonar al mundo entero. Conceder una amnistía, por decirlo así. —Dios unió las manos sobre su ancho estómago y cerró a medias los ojos—. Podría hacer que el Coro Celestial le cantara a todas las personas de la Tierra.

San Pedro sacudió la cabeza tristemente.

—Por más que el coro lo agradeciera, la cosa no funcionaría.

La cara de Dios se tomó seria. Dos grandes lágrimas bajaron por sus mejillas.

—Querido Pedro... por supuesto que tienes razón. No funcionaría. Al menos, durante mucho tiempo. No, no debo cambiar mi intención. Los demás tienen realmente que morir.

—Me temo que sí —dijo san Pedro.

Dios asintió suavemente con la cabeza.



### 3

Y sucedió que el Señor sintió un inmediato interés personal por los negocios de *Monsieur* Edouard Ravelle, el contratista en madera, cuya mercancía era precisa para la construcción del arca sagrada.

A una milla de distancia de St. Pierre-des-Monts, en la ruta que conduce a Clermont-Ferrand, hay un importante cruce. Dicho cruce resulta engañoso, porque, a medida que uno se acerca viniendo de Clermont-Ferrand, parece ser la carretera principal la que se desvía a la izquierda, porque es más ancha, más suave y está más desgastada que la estrecha pista que lleva al pueblo montañoso.

En realidad, el trozo ancho de ruta conduce a los almacenes de madera de Edouard Ravelle, y la carretera es más ancha simplemente porque necesita acomodar los gigantescos camiones «Berliet» que pasan como un rayo por la pista, cargados con toneladas de madera de *le Patrón*.

Los almacenes de madera están ocultos en la parte más vieja del bosque de pinos que cubre las vertientes del monte Teta Izquierda. Los árboles talados son arrastrados, alzados, transportados en camión y manipulados en los cobertizos abiertos lateralmente donde está la maquinaria, golpeando, haciendo nudos metálicos y llenando el aire con los gemidos de los tablones recién nacidos que anuncian su llegada como bebés, la oficina del *Patrón*, *Monsieur* Edouard Ravelle, se ampara sin éxito entre los montones de madera en maduración que desvían sólo parcialmente el espantoso ruido de su negocio.

—¡Yeeeeee-owwww-eeeeee...! —aulló un recién nacido tablón.

—¿Cuántos troncos dijo usted? —gritó Ravelle por el auricular telefónico que sostenía entre las callosas manos—. Sí, sí, sí... claro que no estoy sordo. Haga lo que quiera. Italia puede que sea más barata, pero espere a que llegue el tiempo húmedo; no tendría usted una sola pieza de madera recta en ningún lugar de sus edificios... *porque se deformará...* mi madera *nunca* se deforma. De acuerdo. Sí, supongo que estoy de acuerdo. No, no puedo garantizar el suministro de otros pedidos más tarde. ¡Oh, *merde!* —Colgó el teléfono y apretó las sienes con los puños cerrados—. ¡Italia, Italia! Para ahorrarse unos centenares de francos. Artesanos; no saben lo que quiere decir eso.

La gorda mujer, sentada en una mesita ante él, frunció el ceño.

Era *Madame* Ravelle.

—¿Qué pasa ahora? —gritó por encima del estruendo de una sierra mecánica.

—Hemos perdido otro encargo —replicó Ravelle—. Los del ferrocarril, primero. Ahora, éste.

Agitó un fajo de papeles en su dirección.

*Madame* Ravelle alzó las manos en un gesto de horror.

Nuestros clientes más antiguos. Sesenta y cinco años, y nunca habían comprado ni una cerilla nadie que no fuéramos nosotros. Dios mío, ¿qué está pasando? ¿Hay alguna baja repentina en la madera?

—Los precios son los mismos de ayer —gruñó Ravelle a coro con la sierra circular del cobertizo. Hurgó en un cajón de la mesa y le echó un periódico a su mujer—. Aquí... los precios del mercado. Todos igual. No hay mención de posibles cambios. Nunca fallamos las fechas de entrega. Nuestra madera es de la mejor. No es barata, pero su precio es competitivo.

El teléfono volvió a sonar. Edouard Ravelle no pudo oír nada hasta que la sierra llegó al final de otro doloroso corte.

—¡Hola, hola! —gritó—. ¿El monasterio? Sí, sí. ¿Que quieren ustedes cancelar el pedido de madera para los bancos de la iglesia? ¿Y las nuevas vigas del tejado? —Asintió al receptor, y luego lo colgó con un gesto cansado—. El monasterio, *ma chérie* —dijo. Sus ojos asintieron—. Sí, otra cancelación.

—Debe de tratarse de una conspiración —murmuró *Madame* Ravelle, aprovechando un breve momento de silencio antes de que la sierra comenzara de nuevo.

Edouard Ravelle asintió, pensativamente.

Marie, por favor, no creas que me he vuelto loco. Pero dime, si todos nuestros pedidos de madera fueran encelados y nos pidieran en su lugar que apartáramos la madera para construir un barco, de ciento setenta metros de largo, por treinta de ancho y unos dieciocho de alto... dejando un margen de madera para las cabinas y todo eso, y, supongo, un gran mástil, ¿tendríamos suficiente madera en el almacén?

*Madame* Ravelle miró a su marido de forma extraña, pero sacó una regla de cálculo del bolsillo de su bata y efectuó unos breves cálculos.

—Tendríamos bastante madera. Justamente la necesaria —dijo, mientras su voz crecía, a medida que la sierra empezaba de nuevo.

—Así lo creía —suspiró Edouard Ravelle. Hizo una pausa—. Habría apostado dinero. Es obra de Dios... ¡maldito sea!

Suspiró de nuevo, hizo girar su silla y metió la mano en un armario situado detrás de la mesa. Sacó una botella de coñac.

*Madame* Ravelle movió tristemente la cabeza. Le parecía bastante probable que su marido estuviera realmente loco, aun cuando él insistía en que no era así. Se metió la regla de cálculo en el bolsillo y siguió verificando las cuentas de la Compañía.

Cuando acabó la jornada de trabajo, *todos* los pedidos normales de la «Compañía de Maderas Ravelle» habían sido anulados. Y Edouard Ravelle estaba delirantemente borracho.

La devoción había instilado un elevado grado de inteligencia en la araña que ocupaba el rincón de la sacristía de la iglesia de St. Pierre-des-Monts. Normalmente,

durante la semana se aventuraba sólo desde el centro de su tela para eliminar los insectos atrapados o reparar el daño causado a su obra por las avispa u otras criaturas de mayor tamaño. Pero los domingos hacía su camino cuidadosamente a través de su red, hasta que podía descolgarse en un reluciente hilo para columpiarse sus buenos tres pies por debajo de la tela. Aquí estaba razonablemente a salvo de las desagradables vibraciones y ráfagas de aire que emergían de los tubos del órgano que tocaba el alcalde Lorraine.

Hoy era domingo, y la araña colgaba de su red. Observaba a los hombres reunidos abajo en la sala. La araña estaba sorprendida. Normalmente, la habitación debía contener sólo a la reconocible figura del hombre de largas vestiduras, el cual siempre le parecía a la araña como el suministro de alimento de toda una vida, si hubiera sido capaz de capturar semejante presa.

—¡Veinticuatro horas habría sido razonable...! —bramó una voz, que lanzó a la araña seis centímetros a un lado y la hizo rebotar contra la pared. La araña estaba aterrorizada.

—Chsst, por favor, *Monsieur Ravelle*, ésta es la casa de Dios, no su almacén de maderas —dijo el padre Benoir.

—Lo siento —gruñó Ravelle con su voz más suave. Aun así, era casi como un grito—. Pero estoy enojado... Soy un hombre de Dios, y amo a Dios como usted. Es sólo que no creía que Él se rebajara hasta la extorsión y el chantaje.

El padre Benoir frunció el ceño con irritación.

—¡Blasfemo! —exclamó el alcalde Lorraine—. Hablar de Dios en su propia casa en semejantes términos es una despreciable blasfemia... Recuerde que es usted un consejero y un católico...

Ravelle enrojció y dirigió su mirada al suelo.

—Ya he dicho que lo siento. Perdóneme. Si tan sólo pudiera contarles cuánto he sufrido en las últimas horas. Mi esposa... mi negocio. Ella no sabe nada sobre el arca. No comprende nada.

—¿Comprender qué? —preguntó Alphonse Joliot, cruzando y descruzando los ojos.

—Mi negocio; estoy arruinado. Yo pensaba que se nos concedería un poco de tiempo para preparar nuestras mentes. A mí no. No se me concedió. Todo el mundo anuló los pedidos que tenía conmigo. ¿Vender mi madera? ¿A quién, ahora? No me han dejado un solo cliente. Si no se la regalo a ustedes, probablemente se pudrirá.

El granjero Joliot alargó una mano y golpeó amistosamente a Ravelle en la espalda.

—Amigo mío, no se preocupe. Dudo que su buena madera llegue a pudrirse alguna vez. Lo más probable es que sea atacada por el rayo. Un rayo me mató una vaca el pasado año. Se hinchó, reventó y soltó mierda a veinte metros de distancia.

Sus reminiscencias fueron interrumpidas por el codo de d'Arle.

El padre Benoir sonrió de repente. Dio un paso adelante y agarró a Ravelle por las

manos.

—Querido, querido Edouard Ravelle. Su historia me hace sentirme muy feliz por usted... Ha sido usted elegido comerciante en madera por Dios. La prueba que usted pedía ha sido dada. De todos los comerciantes en madera del mundo, *usted* es el que Dios más desea. Por tanto, es usted el comerciante en madera superior a *todos* los demás.

—Sí. Podría usted colocar un letrero que dijera: «Por designación de Dios Nuestro Señor» —dijo Toto Barbusse.

Ravelle se enderezó, haciendo una profunda inspiración, y dijo resignadamente:

—De acuerdo, de acuerdo, usted gana. El Señor Dios consigue lo que desea. Puede disponer de toda la madera que necesite. Lo único que espero es que sepa usted lo que está haciendo.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez —preguntó Henri Laplace, el panadero, a Yves d'Arle— cuánto ha contribuido usted a que nuestro amado líder parezca una cigüeña?

Señaló hacia la estatua del Gran Almirante Dordogne y, particularmente, a su pierna izquierda.

La estatua había tenido alguna vez un par de piernas de tamaño normal, hasta que Yves d'Arle descubrió que la espinilla izquierda era ideal para lograr un buen filo en sus cuchillos de carnicero. A partir de ese momento, y durante años, el miembro en cuestión se había ido adelgazando más y más, hasta que actualmente el almirante tenía el marino aspecto de un pirata de comedia musical.

El acero de una cuchilla hizo un ruido sibilante al ser frotado contra el cemento. D'Arle detuvo el movimiento de samba de su trasero, examinó la hoja, escupió en ella y pasó su pulgar a lo largo del filo.

Laplace se estremeció.

D'Arle puso la cuchilla en un trozo de tela de arpillera y la enrolló junto con otros cuchillos recién afilados. Se quedó de pie con el paquete detrás de su espalda y observó al alcalde Lorraine que se abría camino entre la multitud hasta llegar a la estatua. D'Arle se inclinó, frotó un puñado de polvo contra las nuevas cicatrices de la pierna del Almirante y esperó a que el alcalde no se diera cuenta de ellas. Pero el alcalde Lorraine estaba preocupado. Se volvió y señaló al alguacil Chaminade, quien estaba esforzándose, con sus delgados brazos, en transportar una pesada pizarra. El alcalde Lorraine la tomó y la apoyó contra la cola de la levita de la estatua. Luego se dio la vuelta y abrió ampliamente los brazos. Los aldeanos que esperaban se quedaron en silencio.

Teatralmente, el alcalde Lorraine les dio la espalda y, con un ademán floreado, escribió, en grandes letras, con la tiza sobre el borde superior de la pizarra: «Planos para el arca».

Se irguió de pronto, deformando la parte delantera de su chaqueta. Se golpeó fuertemente la pierna con el junco que pensaba usar como puntero.

—Esto necesita ser manejado como una operación militar —anunció.

Los aldeanos dejaron de hablar entre sí y escucharon.

—Empezaremos con un dibujo —continuó—. Yo imagino un arca como si se tratara de una fortificación... contra la penetración del agua. Por tanto, sugiero una fortificación del tipo de las usadas en la guerra del desierto.

Alphonse Joliot tosió.

—Perdóneme, coronel, pero yo, como granjero, no imagino un arca como una fortificación. Yo la imagino más bien como un establo, sólo que al revés.

—Por el contrario, yo la imagino como una hogaza de pan —intervino Laplace servicialmente—. Una hogaza recién hecha, sin miga. Y, como proporcionará una cosecha para el Señor, pienso en ella como una hogaza de pan trenzado, de la fiesta

de la cosecha.

—Está claro que debe ser considerada como una bota —dijo el policía Chaminade desde el escalón inferior al alcalde.

—¿Una bota? —preguntó Joliot—. ¿Cómo se puede imaginar un arca como una bota?

—Porque conservaría mis pies secos —dijo Chaminade con aire satisfecho.

—¡Fantástico! —gruñó el granjero Joliot.

El alcalde Lorraine volvió a golpearse la pierna pidiendo silencio.

—Parece entonces que lo más sensato que deberíamos hacer es pedir a un experto que dibujara el arca y supervisara su construcción. ¿Dónde está *Monsieur* Moreau, el ebanista?

—¡Llamando a *Monsieur* Moreau... *Monsieur* Moreau! —gritó el alguacil Chaminade, en tono importante.

La larga cara de Moreau se abrió paso empujando entre la multitud hasta llegar a la pizarra.

—¡Ah! —suspiró el alcalde Lorraine.

Los aldeanos estaban callados otra vez. Moreau le tendió la mano. El alcalde Lorraine le pasó la tiza. Moreau asintió gravemente dando las gracias con la cabeza. Moreau era un hombre de tan pocas palabras que incluso aquel ligero agradecimiento debía ser considerado como una larga conversación. Por un momento, el alcalde Lorraine se preguntó cómo transmitiría sus ideas Moreau. ¿Era posible que pudiera estar incluso preparado para hablar en una ocasión tan importante como aquella?

Se produjo un silencio total cuando aquellos seres —muchos de los cuales nunca habían oído emitir a Moreau algo más que un simple gruñido— esperaron ansiosamente. Moreau se dio la vuelta, miró a la gente frunciendo el entrecejo, y luego volvió a mirar a la pizarra. Con un abrupto movimiento dibujó una línea recta horizontal a través de la pizarra.

—Longitud —dijo.

Luego trazó dos líneas perfectamente verticales, y las unió por su parte superior. El alcalde Lorraine, así como el auditorio, quedaron sorprendidos, ante la perfección y exactitud del dibujo. El rectángulo bien podría haber sido trazado con escuadra y regla.

—Altura —dijo Moreau.

Chaminade aplaudió.

Con breves movimientos, Moreau dibujó, con magnífica perspectiva, una profundidad a su plano.

—Una vitrina —exclamó el alcalde Lorraine.

Moreau asintió, y los espesos pliegues alrededor de su cuello lo hicieron aparecer como si un movimiento más amplio pudiera provocar su autodecapitación.

—¡Oh, Dios! —gimió el granjero Joliot—. Podría haberlo imaginado. Una vitrina diseñada por un ebanista.

—Bien, es más segura que su idea del corral invertido —dijo Laplace.

Moreau hacía extraños movimientos con la cara. El alcalde Lorraine levantó las manos pidiendo otra vez silencio.

—¡Santa Madre! —gruñó d'Arle—. Creo que Moreau está realmente queriendo decir algo más que una palabra.

Las extrañas contorsiones faciales del diseñador del arca continuaron durante varios segundos. Luego habló. Su voz, si hubiera sido coloreada, habría tenido una viva tonalidad púrpura.

—Dentro... —dijo, haciendo una pausa para efectuar varias profundas aspiraciones antes de seguir—. Dentro de estas líneas, diseñaré los alojamientos... —Hizo otra pausa y llenó sus pulmones antes de repetir «alojamientos», como si fuera una palabra para ser saboreada.

Entonces su cara se relajó nuevamente hasta su habitual frialdad.

La multitud le vitoreó.

Moreau cogió la pizarra y se la llevó a su taller.

Siempre había una bandera tricolor ondeando en la plaza de St. Pierre-des-Monts. A veces había docenas de ellas, como en el Día de la Bastilla, pero, por lo menos, siempre había una. Colgaba noche y día de la misma asta. El asta estaba situada justo al exterior de la ventana de la habitación de Josephine Abelard, en su casa, al lado del bar de Barbusse. La bandera se pasaba casi tanto tiempo levantada como a media asta. Se trataba de una señal para las amistades masculinas de Josephine.

Josephine no era una prostituta. Las prostitutas no habrían sido toleradas por las demás mujeres de St. Pierre-des-Monts. Josephine era sólo una mujer de buen corazón, como su madre, su abuela y su bisabuela lo habían sido antes. Ciertamente ellas no habían sido prostitutas. Sin embargo, tenían que vivir y, mediante un cuidadoso planeamiento, no carecían de nada.

Barbusse miró por la ventana, observó que Josephine tenía otra vez la bandera a media asta, sonrió y cogió otra botella de «Dubonnet» de la estantería del bar.

—Vuelvo pronto —dijo a Chaminade, que estaba sentado a la mesa, alargando su vaso de vino tinto tanto como le era posible.

Era de noche. La plaza estaba desierta mientras los aldeanos cenaban. Barbusse llamó a la puerta de Josephine, y esperó.

Siempre era interesante esperar ante la puerta de Josephine, pensó Barbusse. Normalmente, cuando una puerta se abre, lo primero que uno ve son dedos, manos, brazos o una cara. No ocurría así con Josephine. Uno siempre era saludado por sus pechos.

Los pechos abrieron la puerta. Josephine estaba de pie tras ellos. Para Barbusse, la mujer irradiaba dulzura, amabilidad, cortesía y atención.

Se inclinó hacia delante para saludar a los pechos con una caricia. Su enorme

mano osciló vagamente en un aire vacío cuando, con un movimiento largamente practicado, Josephine se echó hacia atrás, empujando la puerta al mismo tiempo.

—Toto, querido.

—Yo... te he traído esto —balbuceó Barbusse, sosteniendo la botella.

—¡Tontuelo! —susurró Josephine, tomándola y dejándola en un aparador cercano, que parecía contener los suministros de un mes en artículos caseros, así como el contenido de toda una taberna—. No deberías haberlo hecho. Eres demasiado amable.

—No es nada, nada —dijo Barbusse, pasando junto al almacén de comestibles y cerrando la puerta.

Josephine abrió la marcha en dirección al dormitorio. Era una habitación impresionante, en un total desacuerdo con relación al resto de la casa. Había sido amueblada por incontables caballeros, satisfechos a través de generaciones del pasado del pueblo. La cama misma había sido robada originalmente del palacio de Versalles durante la revolución. Encontró su camino a la casa de la bisabuela de Josephine por medio de un agradecido revolucionario. La habitación estaba atestada con una colección de antigüedades que cualquier museo habría envidiado.

Josephine encabezó la marcha hacia la gran cama, se dio la vuelta, se cruzó las manos ante el estómago y se sentó en el acolchado y bordado cubrecama. Sonrió a Barbusse.

—¡Eres tan guapo, mi gran amante!

Barbusse flexionó los músculos del brazo hasta sentir la presión de aquéllos contra las mangas enrolladas de su camisa.

—Y tan fuerte... un cuerpo tan hermoso... ese físico.

—¿Te excito? —preguntó Barbusse, desabrochándose los botones de la camisa para poder expansionar su pecho todavía más.

Josephine, la perfecta cortesana, consiguió ruborizarse un poco y bajó recatadamente los ojos.

—¿Cómo puedes preguntármelo, mi poderoso amante?

Empezó a descorsarse la cremallera lateral de su vestido. Barbusse contempló cómo ella desnudaba sus hombros. Oyó rasgarse su propia camisa cuando se la quitó rápidamente de los brazos.

Josephine permaneció de pie, y Barbusse se relamió los labios cuando el vestido de la mujer se deslizó al suelo. Sus pechos desbordaban un inadecuado sostén. Barbusse se desabrochó el grueso cinturón y se quitó los zapatos.

Permaneció de pie en el extremo de la cama, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Josephine se llevó las manos a la espalda, y se oyó un ligero clic al desabrocharse el sostén. Sostuvo la prenda contra su pecho con ayuda de las manos. Luego la dejó caer lentamente.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Barbusse. Se pegó un tirón de la bragueta y empezó a



bajarse los pantalones.

—La bandera... recuerda la bandera —susurró Josephine mientras se dejaba caer en la cama y levantaba el trasero para terminar de quitarse el vestido.

Barbusse, incapaz de separar los ojos de ella, se movía de lado, como un cangrejo, hacia la ventana.

—Levanta tu bandera orgullosamente, mi enorme amante —suspiró Josephine, retorciéndose imitadoramente.

Barbusse, hipnotizado por el deseo, llegó hasta la ventana para empujar el postigo.

Los pantalones se le deslizaron por las caderas y le cayeron hasta las rodillas. Mesmerizado por los seductores movimientos de la mujer, continuó su marcha arrastrando los pies, tropezó cuando los pantalones cayeron aún más abajo y salió disparado lateralmente hacia la ventana. Sólo dos cosas le salvaron la vida. La primera fue el pestillo del postigo, que estaba cerrado. Aunque el postigo saltó por los aires, se redujo su velocidad de despegue. La segunda fue la carretilla llena de calabacines que el granjero Joliot estaba empujando hacia el puesto de verduras que su mujer instalaba por las noches en la plaza.

Desde abajo, la escena resultó espectacular. Sé oyó un estampido cuando los postigos se abrieron violentamente al estrellarse los ciento catorce kilos de Barbusse contra ellos. Luego, la repentina aparición, tipo caja de sorpresas, del propietario del bar en persona, volando, desnudo, a través de la ventana de Josephine con un terrible grito. Finalmente, el ruido de chapoteo de ciento cincuenta kilos de calabacines maduros comprimidos hasta ser convertidos en una masa pastosa por un centenar de kilos de cuerpo humano cayendo desde una altura de veinte pies.

Un segundo grito hizo a los aldeanos mirar hacia arriba. Josephine aparecía inclinada fuera de su ventana, con una mano en la boca. Detrás de ella, colgando de un postigo astillado, estaban los pantalones de Barbusse, limpiamente arrancados de sus caderas en el trayecto. Barbusse yacía en el carro de Joliot y gemía.

El alguacil Chaminade cogió la libreta del bolsillo y se sumó a la multitud que se hallaba contemplando el manchado cuerpo. Éste yacía sobre los aplastados calabacines como una muñeca de plástico en un cuenco de madera lleno de sopa de guisantes.

—¿Cuál es el nombre del muerto? —preguntó con tono pomposo.

Barbusse volvió a gemir. Sus ojos parpadearon.

—No está muerto, idiota —respondió una de las mujeres.

—Todavía no, quizá —admitió Chaminade, lamiendo el extremo de su lápiz indeleble—. Pero nunca había visto a un hombre sano con este color.

El granjero Joliot sujetó a Barbusse por el pelo y le sacudió violentamente la cabeza. La lengua de Barbusse caía pesadamente de su boca.

—Pero estará condenadamente muerto cuando mi mujer descubra lo que le ha ocurrido a su estupendo fruto.

Josephine se asomó un poco más desde su ventana y le gritó a Joliot.

—¡Tú, ogro, villano! Un buen hombre se hace daño, y todo lo que se te ocurre es pensar en tus podridos vegetales. —La muchedumbre rió. La cara de Joliot enrojeció—. Deberías avergonzarte —gritó la mujer, con sus grandes pechos colgando del alféizar como papayas del árbol—. Tú llamas a eso calabacines... aquél, por ejemplo... no es nada más que un pepinillo eno en vinagre.

Los aldeanos rieron aún más fuerte.

—¿Ése? —se mofó el granjero Joliot—. Ése no es un pepinillo, eno. Es la herramienta de Barbusse.

La risa se tornó histérica.

Barbusse gimió estrepitosamente e intentó débilmente taparse con las manos la parte insultada.

—Me siento bien —sonrió Dios—. Podría incluso crear algo nuevo hoy. Demos al departamento de producción algo en que hincar los dientes.

—Hoy no es un buen día —comentó san Pedro—. Tenemos problemas con los sindicatos. Están haciendo huelga de celo.

Se oyó un claro golpecito en la puerta de Dios. La puerta se abrió. Apareció el Arcángel de Servicio en actitud severa y erguida, su túnica de un blanco brillante, y cada pluma de sus alas limpiamente acicalada y colocada en su lugar.

—¿Sí?

—Falta a la lista, jefe —dijo con brusquedad el Arcángel.

—¡Dios mío... hazlos entrar! —dijo Dios.

El Arcángel de Servicio dio la vuelta. Gritó unas órdenes detrás de la puerta.

—Tú, tú y tú..., ¡'irmes..., 'quierda... derecha, 'quierda...!

Los ángeles, más bien desaliñados, penetraron en la habitación casi corriendo. Se detuvieron ante la gran mesa de Dios.

—¡Fuera con sus sucios halos...! —rugió el Arcángel de Servicio.

—¿Cuáles son los cargos? —preguntó Dios.

San Pedro permaneció silencioso detrás de él, con las manos cruzadas sobre el estómago. Odiaba la ronda diaria de rutinarios deberes celestiales, y el Arcángel de Servicio era intratable en lo tocante a disciplina.

—Todos son mirones, Señor —dijo secamente el Arcángel de Servicio, con su cara tensa y sin color.

—Mirones... ¡Madre mía! —dijo Dios—. No sabía que hubiera algo que mereciera la pena mirar aquí.

—Fue *abajo*... —dijo el Arcángel de Servicio—. Ellos *fue* arrestados mientras estaban sentados en el antepecho de una ventana, haciendo su desagradable y sucia acción.

—¿Ellos *fue*... fueron? —preguntó Dios.

—Observando a dos seres humanos desnudos que se preparaban a tener un buen... en ese pueblo francés suyo. Un hombre y una mujer. Un tal *Monsieur* Barbusse y una tal *Mademoiselle* Josephine.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Dios. Miró detenidamente a los tres ángeles desaliñados que permanecían con las cabezas inclinadas ante él—. Sois miembros del coro, ¿no? —preguntó.

Las tres cabezas asintieron.

—Estoy avergonzado de vosotros... Cuando no son libros pornográficos, son pensamientos obscenos. Hurgándoos la nariz, o jugando con los halos de los otros detrás de los arbustos. —Los miró, frunciendo el ceño con severidad—. Lo siento... no puedo ser indulgente con la intrusión en la intimidad humana —dijo Dios—. Catorce días confinados en el infierno.

—... y yo me limité a no decir nada sobre el trozo de jamón que no pesaba lo suficiente, padre.

El padre Benoir hizo un apropiado sonido de reproche en la oscuridad del confesonario.

—Por supuesto, que tiene usted la posibilidad de repararlo —susurró—. La próxima vez que el cliente venga a su tienda, añádale un poco extra a lo que haya comprado. Y déselo con verdadera generosidad de corazón...

—Lo haré, lo haré...

—Y sugiero que un poco de oración extra le ayudará a conseguir la absolución en este caso.

—Gracias, padre...

El peldaño bajo colocado en el exterior del confesonario crujió. El padre Benoir sonrió. El escalón volvió a cruji.

—Padre, perdóneme por haber pecado... otra vez —susurró la voz de Claire Laplace.

El padre Benoir gimió.

—¡Oh, querido, está usted enfermo... pobrecito! —susurró Claire—. Déjeme que vaya a su casa y le haga un poco de sopa.

Esta vez, el cura suspiró.

—No estoy enfermo —replicó—. Sólo sorprendido.

Se oyó una blanda risita.

—Tuve otro sueño pícaro —dijo Claire—. Tengo que confesarlo porque de otro modo me pasaría todo el tiempo sintiéndome mala. Y yo no quiero ser mala, no con el arca que se está construyendo. ¿No es excitante?

—Sí —admitió el padre Benoir, con voz cansada.

—Mamá me dijo anoche que debo tener todos mis vestidos limpios. Creo que debería tirarlos y comprar otros nuevos. Será como ir en un crucero. Siempre he

deseado hacer un crucero. ¿No es maravilloso? ¿Cree usted que sería una buena idea si me comprara un bikini para tomar baños de sol? —El padre Benoir volvió a suspirar—. ¿Y qué hago con mis discos pop? —preguntó Claire—. ¿Debería empaquetarlos también?

Tengo un montón de ellos, y un buen tocadiscos. ¿Tendremos electricidad? Pienso que deberíamos tenerla... Papi dice que tendremos un generador de viento en el arca. ¿Cómo la vamos a llamar? ¿El arca? Una de las chicas del pueblo está muy desilusionada con todo esto. Se ha echado un novio en Clermont-Ferrand. Yo le dije que como él es uno de los pecadores que se van a ahogar, ella debería abandonarlo. Ahora se pasa todo el tiempo llorando...

—Espera un momento —dijo el padre Benoir firmemente—. Esto es un confesonario, no un club. Hay otras personas que desearían usar mis servicios.

Claire sonrió blandamente.

—¡Oh, lo siento...! Siempre me olvido cuando hablo con usted... Habla usted muy bien. Es muy interesante. Podría estar escuchándole todo el día...

—Pero, desgraciadamente, yo no puedo estar escuchándote toda la noche. Recuerda donde estás, hija.

—¿Por qué me llama siempre hija? —preguntó Claire. Su voz sonaba un poco herida—. Mamá dice que soy una mujer joven. Y me siento como una mujer joven. ¿Por qué no me llama sólo Claire?

—Por favor, Claire... —rogó el cura con cansancio.

—¡Oh, sí...! Bien... fue la última noche... cuando acababa de irme a la cama. Llevaba ese camisón fino, de encaje, ya sabe, ese negro transparente que le mencioné la última vez. Bien, me pregunto si estará poseído o algo así. Quiero decir, bueno, ¿no cree usted que debería ponérmelo de manera que pudiera usted exorcizarlo, o algo así? Podría hacerlo. Podría llevarlo a su casa y cambiarme allí para usted. Luego usted podría...

—Por favor, continúa con la confesión —rogó el padre Benoir.

—Bueno, como estaba diciendo, me puse esa cosa de encaje transparente, y me fui a la cama. Bueno, al dormirme me encontré de repente en esta oscura cueva...

El padre Benoir comenzó su multiplicación mental.

—Estaba aquel joven tumbado sobre una gran roca. Se veía completamente desnudo, exceptuando su cuello de clérigo. ¡Oh, padre, me siento tan mal con mis confesiones! Bueno, veré... su cara me era muy familiar, padre. Eso es lo que hace la cosa tan mala. Me quité los vestidos... y me quedé desnuda delante de él... que yacía allí en la roca, también sin ropa. Luego bailé una especie de danza para él... desnuda. Pareció gustarle, y trató de ponerse en pie y bajar de la roca. Entonces me arrastró, se puso encima de mí y me frotó contra él... y me acarició con sus manos... muy suavemente...

—Nueve mil seiscien... —susurró el padre Benoir.

Su cráneo parecía estar comprimiéndose hacia dentro, contra el cerebro. Luego se

dio cuenta de que Claire había dejado de susurrar.

—Y entonces me desperté, padre —concluyó Claire, en tono desilusionado.

—Bien —dijo el joven cura. Se preguntó cuán erótica habría sido la historia esta vez—. Creo que estaría bien que tú... —empezó.

Claire le interrumpió.

—Las avemarías no parecen servir de mucho, padre —susurró—. ¿No cree que sería una idea mejor que me pusiera usted sobre sus rodillas, me subiera las faldas y me azotara?

El padre Benoir se sintió mareado.

Había un turista inglés en St. Pierre-des-Monts el día en que se celebró la siguiente reunión del consejo. Se encontraba de pie en el centro de la plaza del pueblo, preguntando direcciones al alguacil Chaminade, el cual no entendía una sola palabra. El turista inglés había empezado a gesticular de una forma nada británica, cuando la primera de las palomas de la estatua del Gran Almirante Dordogne comenzó a aletear nerviosamente. Un segundo más tarde, todos los pájaros estaban volando, describiendo círculos por encima del pueblo.

Barbusse, que servía bebidas en la terraza exterior de su bar y que estaba todavía manchado de verde calabacín, vio cómo se levantaban de sus perchas acostumbradas.

—¡Las palomas...! —gritó.

Joliot se llevó rápidamente una mano al borde de su vaso, y levantó su mirada al cielo.

—¡Quiero decir, la campana...! —gritó Barbusse.

Esta vez, Joliot entendió correctamente el aviso, sujetó el vaso con el codo y apretó los brazos contra los lados de la cabeza, sonriendo tímidamente a Barbusse.

Fuera, en la calle, el alguacil Chaminade, para asombro del turista, saludó a medias, se colocó las manos en los oídos y corrió en busca del abrigo de la puerta más cercana. En una fracción de segundo, las madres habían reunido a sus hijos, arrastrado los cochecitos a sus casas y desaparecido. Los hombres, aquellos que eran más valientes, volvieron sus espaldas a la plaza, se taparon los oídos con manos o chaquetas e inclinaron las cabezas contra las paredes de las casas.

Se produjo un masivo y retumbante estampido. La onda de choque se precipitó desde la torre, fue ampliada, más allá de toda resistencia humana, por las catacumbas de la roca sobre la que se sostenía el pueblo, y se perdió en el cielo. La primera nota fue seguida por una segunda, y una tercera... y, finalmente, una décima. La última nota de la campana fue muriendo hasta convertirse en un zumbido, antes de que se moviera nadie en la plaza.

—Otra reunión del consejo —gruñó Barbusse.

Los clientes del bar asintieron.

Fuera, en la plaza, se reanudó la vida del pueblo. Los hombres que habían permanecido de pie con las cabezas contra las paredes de las casas, como rehenes esperando ser fusilados, se volvieron, se quitaron el polvo de las gorras y reanudaron su charla. El policía Chaminade se estiró el uniforme, salió de la casa que le había protegido y volvió a buscar al turista.

—Eh, *comment*? —preguntó, saludándole cortésmente.

No hubo réplica. El turista permanecía de pie, pálido y rígido, en el centro de la plaza, unos pocos pies por debajo de la estatua del Almirante. Chaminade repitió su pregunta. El inglés le ignoró. Sus ojos estaban helados. El alguacil Chaminade alargó una mano y pinchó con su dedo el pecho del turista. El hombre se balanceó

suavemente sobre sus pies, pero permaneció rígido e inmóvil.

Henri Laplace llegó paseando.

—¿Problemas? —preguntó.

—Lo de costumbre —replicó Chaminade paseando alrededor del turista con las manos cogidas por detrás y examinándolo detalladamente—. *Shock* de campana. Otro *shock* es el único tratamiento posible.

—Funcionó la última vez cuando echamos a aquellos dos alemanes al río —dijo Laplace.

—Y casi perdí mi pensión —gruñó Chaminade—. No, esta vez debemos usar métodos más científicos.

—¿Podré darle un puntapié, entonces? —preguntó Laplace. Miró hacia el automóvil aparcado cerca, con su matrícula GB—. Siempre es un placer pegarle un puntapié en el culo a un inglés.

—Podría no funcionar —objetó Chaminade—. El padre Benoir me dijo que antiguamente, cuando la campana paralizaba a los visitantes protestantes, los curas aprovechaban la oportunidad para bautizarlos en la verdadera fe. Pero yo no creo que lo dijera en serio.

El turista inglés parpadeó y se movió ligeramente.

—Está despertando —indicó Laplace—. Rápido, deshagámonos de él.

El policía Chaminade lo cogió por los hombros, lo volvió hasta que quedó apuntando hacia su coche y le pegó un ligero empujoncito. El hombre dio un traspie, recuperó el equilibrio y comenzó a caminar, con las piernas rígidas, hacia el vehículo. Chaminade le siguió. El turista se detuvo, inseguro, ante la portezuela abierta. Chaminade le dio otro amable empujón, y el hombre se sentó de lado en el asiento. Chaminade se inclinó y levantó las piernas del hombre, colocándolas sobre los controles. Luego colocó las manos del turista sobre el volante. Finalmente, giró la llave de contacto. El coche dio una sacudida cuando el semiinconsciente conductor metió a la fuerza la primera marcha. El vehículo empezó a moverse hacia delante dando una serie de bandazos, y, finalmente, cruzó el puente que conducía fuera del pueblo. El policía Chaminade le vio desaparecer con una cierta dosis de satisfacción.

—Sigo pensando que habría sido mejor para él darle un puntapié en el culo —manifestó Laplace, con tristeza.

El alcalde Lorraine barajó un grueso montón de papeles convirtiéndolos en una pila bien ordenada, cogió el martillo y golpeó la mesa con él. Fuera, en el vestíbulo, el alguacil Chaminade dio un salto, y deseó que hubiera palomas en la cámara del consejo para avisarle de los ruidos inesperados.

—Caballeros, estoy convocando la ochocientas cuarenta y tres reunión del consejo de St. Pierre-des-Monts. Hemos tenido un apoyo unánime al proyecto por parte del pueblo, y he convocado esta reunión para fijar el reparto de deberes respecto a la construcción del arca del Señor.

—Bien —señaló el padre Benoir.

Claire Laplace, que estaba tomando notas taquigráficas de las sesiones, anotó el comentario monosilábico del joven cura y rodeó la palabra de corazones atravesados.

—¿Deberes? —preguntó Laplace—. ¿Qué deberes? Yo imaginaba que eso resultaba evidente. Los comerciantes en madera proporcionan el material, los carpinteros clavan clavos con los martillos y sierran la madera, y yo seguiré cocinando el más excelente pan.

—¡*Imbecile!* —gritaba Edouard Ravelle con su voz normal—. Supongo que esperará que yo transporte toda la condenada madera colina arriba por mi cuenta. Y apuesto a que desea que nuestros carpinteros construyan el maldito barco, mientras usted se sienta sobre su gordo culo, haciendo pastelitos.

—Vamos, vamos, caballeros —intervino el alcalde Lorraine, firmemente—. Cuiden su lenguaje. Recuerden que tenemos a la joven Claire con nosotros. El asunto se ha resuelto bastante fácilmente. Estamos aquí para discutir una serie de sugerencias que yo y nuestro reverendo padre haremos. Y si alguno de ustedes no está de acuerdo, queda mucho tiempo todavía para que decida marcharse y vivir en otro lugar.

—Pero todos los otros lugares van a ser... —empezó a decir Laplace.

—¡Precisamente! —señaló con sequedad el alcalde Lorraine. Miró intencionadamente al panadero—. No queremos ninguna disensión... ninguna deserción. Un equipo completo empujando todos juntos contra la adversidad, haciendo la obra de nuestro amado Señor. Dios está con nosotros.

—Una vez vi eso escrito en el cinturón de un soldado alemán muerto —comentó Barbusse. El alcalde Lorraine le ignoró.

—Nuestros problemas son grandes, pero no insuperables —prosiguió—. Tenemos un diseño. Lo he visto yo mismo. Unos toscos esbozos efectuados por *Monsieur Moreau*. Muestran los establos de los animales, armarios de alimentos, camarotes, comedores e incluso retretes. Y, *Monsieur Ravelle*, disponemos de su excelente madera. Ahora necesitamos una lista de obligaciones... colaboradores... gente de confianza en posiciones dignas de confianza. Capitanes, tenientes, sargentos, cabos... para dirigir al resto del pueblo.

—Supongo que, ahora que tienen ya mi madera, pensarán ustedes convertirme en cabo... quizás incluso en un soldado raso —gritó Ravelle.

—No, no, por supuesto que no —intervino el padre Benoir—. Usted no será cabo. Pero aun cuando lo fuera, yo, personalmente, le ascendería a capitán, para que me ayudara.

Dio un golpecito al alcalde Lorraine con la rodilla.

—Hablaba metafóricamente. Quizá podamos prescindir de rangos —dijo el alcalde Lorraine, tranquilamente. Volvió a consultar su lista—. Esto es lo que sugiero. Usted, Joliot, conoce a un buen animal a simple vista. Será tarea suya ocuparse de reunir el ganado. Necesitamos buenos animales de cría. Los mejores... buenos lecheros. Y un toro semental.



—¡Ah, sí! Y usted, Barbusse —dijo el alcalde Lorraine, delatando una asociación inconsciente de ideas, que no pasó inadvertida a los elementos más vulgares del consejo—, usted dispondrá la entrega de todos los suministros de bebidas. Vino, sí. Pero, especialmente, buena agua. Y un poco de *brandy*, quizá. Pero lo suficiente para todos los aldeanos durante un período mínimo de un año.

—Pero ¿y el dinero? —preguntó Barbusse, calculando mentalmente el costo de tan enorme empresa.

—¿Es bueno su crédito? —inquirió el alcalde.

—Sí.

—Entonces, empléelo. No es deshonesto, ¿verdad, padre?

—No imagino razón alguna por la que pueda ser deshonesto —admitió el padre Benoir—. Es nuestra intención pagar a todo el mundo... Quiero decir que es nuestro propósito pagar a toda aquella persona a quien debemos dinero... después.

—¡Oh, después! —subrayó Barbusse—. Por supuesto... después.

A la tarde siguiente, el alcalde, coronel Lorraine, iba y venía a lo largo de la estrecha terraza situada al pie de la estatua de su amado líder, el Almirante Dordogne. La blanca barca de *Monsieur le Colonel* aparecía teñida de rosa por la desvaneciente luz solar que se reflejaba en los tejados rojos del pueblo. Su monóculo brillaba como una portilla en su ojo derecho mientras contemplaba a la multitud reunida en la plaza, hablando, cotilleando, flirteando, haciendo la corte, pavoneándose.

El mayor, al pasar, procuraba prestar atención a todas las conversaciones. Estaba preocupado porque subía que ahora llegaba el momento peligroso. Una vez comprometidos, los aldeanos se precipitarían al trabajo. Pero ahora... era el momento en que un soplo de duda podía crecer hasta convertirse en un huracán de desconfianza que hundiría el arca antes incluso de haber sido construida. El alcalde jugueteó nervioso con su bastón de puño de plata, que sostenía apretadamente contra el dorso.

«Esperar siempre es peligroso», murmuró para sí. Recordó el nerviosismo de los hombres en el frente esperando los pitidos que indicarían la señal para cargar. Los hombres desertaban antes de una batalla; incluso después; pero raras veces durante la propia batalla. Ahora, los aldeanos estaban esperando la primera entrega de madera en la plaza. El coronel Lorraine sentía que aquél era el instante peligroso antes de la batalla.

El alguacil Chaminade se separó de la multitud ambulante y llegó hasta la escalinata de la estatua. Miró al alcalde. Su llegada pareció desencadenar la situación.

—¡FRANCIA! —gritó el coronel Lorraine. El policía Chaminade tuvo un sobresalto. Los aldeanos dejaron lo que estaban haciendo y miraron hacia el alcalde—. ¡Francia! —volvió a gritar. El coronel Lorraine estaba asombrado de su propio comportamiento. Prefería que sus discursos estuvieran bien preparados y corregidos antes de pronunciarlos. Ahora, como no estaba seguro de lo que intentaba decir, gritó

«¡Francia!» por tercera vez. Los aldeanos le vitorearon. El coronel Lorraine se permitió una sonrisa benévola—. Nuestra gran y querida amante... —Ante estas palabras, la mitad masculina del auditorio se dio la vuelta para mirar a la ventana de Josephine. El coronel Lorraine se disgustó ante su propio error—. Es Francia... —añadió, apresuradamente. Las cabezas se volvieron a mirarlo otra vez a él—. Nuestro querido país ha sido elegido... sí, seleccionado, entre todos los de la Tierra, para conducir a los elegidos de Dios a la eterna paz y felicidad.

—Brillante, *mon colonel*, debería haber sido usted sacerdote —observó el alguacil Chaminade.

—Este hombre. —Las palabras del alcalde, amplificadas por la plaza, rebotaron de edificio en edificio—. Este hombre... este hijo de nuestro pueblo... este gran hombre de Estado... es nuestra salvación.

Golpeó la estatua con su junco.

—Dios... sí, Dios, Él mismo debe de haber observado el poderoso y enérgico progreso de nuestro líder. En la paz y en la guerra. Y lo ha aprobado.

—¡Hurra! —gritó la multitud.

—¡Todos aceptamos a Charles Dordogne como nuestro hijo! —gritó el alcalde—. Y yo he servido a sus órdenes aun cuando le hubiera visto jugar en esta misma plaza, de niño. Tenemos en él al líder más grande de nuestro tiempo, a un capitán para el arca. Realmente, más que un capitán, un almirante, el Gran Almirante Dordogne. Somos elegidos porque *él* nos conducirá a buen puerto, al Nuevo Mundo de Dios...

El coronel Lorraine fue interrumpido por una ovación que empezó desordenadamente, pero que fue creciendo hasta convertirse en un rugido cuando los edificios proyectaron el ruido por todo el pueblo. En el campanario construido sobre las profundas catacumbas, la gran campana captó los vítores y comenzó a resonar, añadiendo su propia aprobación.

El alcalde levantó las manos pidiendo silencio. Ahora, lo sabía, los aldeanos estarían con él... detrás de él. Dio otra vuelta alrededor de la estatua.

—He aquí al hombre frente al cual Gengis Jan, Alejandro Magno, Julio César, Abraham Lincoln... Aníbal...

—¿Winston Churchill? —sugirió el alguacil Chaminade, servicialmente. El coronel Lorraine crispó el labio superior, peligrosamente.

—¡Son sólo niños...! —gritó. La multitud volvió a ovacionarle.

El coronel Lorraine señaló con su dedo al suelo.

—Aquí... empezará. Aquí, bajo los pies de nuestro amado líder.

El alguacil Chaminade miró asombrado. «¿Qué empezará?», se preguntó. Como por arte de magia —pensó él—, el coronel contestó a su no formulada pregunta.

—El arca... —su voz soltaba con brusquedad las palabras—. El arca del Señor crecerá a partir de este lugar.

Dejó que sus brazos cayeran pesadamente junto a sus costados cuando la multitud volvió a rugir. Podía ver lágrimas en muchos de los ojos. Sí, decidió. Ahora

construirían con seguridad el Arca del Señor.

El granjero Joliot, Yves d'Arle y el coronel Lorraine se sentaron en las escaleras de la estatua. El alguacil Chaminade se quedó de pie en una esquina de la peana, alto, anguloso, y rígido, porque había estado inmóvil durante la última media hora, sintiendo que de repente se había convertido en deber suyo permanecer vigilante junto a la estatua del venerado Almirante.

—Ha sido un discurso inteligente, coronel —declaró Joliot—. Como habría dicho mi abuela, sería usted capaz de sacar un huevo del culo de un pollo.

Yves d'Arle rió disimuladamente.

—El coronel es un diplomático, y eso es más de lo que puede decirse de usted, Alphonse.

El granjero Joliot empujó a d'Arle con el hombro. Yves salió despedido lateralmente de los escalones de la estatua y terminó su breve vuelo sentado a los pies del inmóvil Chaminade. El carnicero rió, se irguió y se sacudió el polvo. Luego se sentó al otro lado del alcalde, coronel Lorraine.

—Estoy de acuerdo con Alphonse, coronel —dijo—. Ha echado usted un buen discurso. Ha estado inspirado, aunque no sabía que el Almirante Dordogne fuera a ser el capitán del arca. Sin embargo, parece lógico, en vista de que nació aquí y dado que es el tío del cura... —Hizo una pausa y reflexionó—. Cuanto más pienso en ello, más creo que *ésa* fue la razón por la que Dios nos eligió. Gracias al Almirante.

—El fragmento de su discurso que más me ha gustado —dijo Joliot— ha sido la parte del arca creciendo en este mismo lugar. Sí, ha sido un buen trozo; ha añadido una especie de sentimiento, a la altura de las circunstancias.

El alcalde sonrió.

—No tenía elección —confesó—. Tenía que ser aquí. Este lugar. Medí la longitud que necesitamos para construir el arca. Encaja perfectamente... y sólo... entre la esquina próxima al bar de Barbusse y la parte delantera de la iglesia. Lo medí, no de una manera exacta, sino sólo para estar seguro de que Dios no cometía un error de juicio. Declaro que Dios estaba bastante acertado. El arca encajará justo en la plaza de la iglesia. Pero tendremos que trasladar la estatua.

—Estoy totalmente de acuerdo en que se coloque justo delante de mi tienda —dijo Yves d'Arle, limpiándose las uñas con el cuchillo de deshuesar que había traído para su afilado diario.

—Lo cual me recuerda —gruñó el alcalde—, *Monsieur* d'Arle, que considero de lo más inadecuado el que elija usted la estatua para afilar sus cuchillos. Ha dejado usted la pierna tan delgada por un lado, que parece como si hubiera tenido raquitismo. Estoy seguro de que convendrá conmigo en que eso es malo para su imagen política. —Hecho una mirada alrededor de la plaza, seleccionando el punto más lejano de la carnicería de d'Arle. Señaló con la cabeza el bar de Barbusse—. La

estatua de nuestro gran líder se levantará allí. Desde esa posición mirará hacia la proa del arca y vigilará el trabajo a medida que éste progrese.

El sonido de la bocina se inició en la lejanía, más allá de las paredes del pueblo, detrás de las casas, al otro lado de los viejos muros. Sonaba melancólico, como un ganso con un fuerte ataque de laringitis. El coronel Lorraine dejó de hablar, se puso las manos en las caderas y dirigió su fría mirada a la entrada del pueblo. El padre Benoir salió de la iglesia y se dirigió a él. El sonido creció en volumen hasta que resonó entre las casas y fue acompañado de un ruido metálico y de percusión. Como un tren saliendo de un túnel, el camión de madera de Edouard Ravelle irrumpió en la plaza y se dirigió hacia la multitud de aldeanos agrupados en torno a la estatua. Éstos se diseminaron cuando el vehículo no mostró signos de detenerse. Cuando lo hizo, tocó casi los escalones de la estatua saltando los neumáticos sobre los desiguales adoquines. Edouard Ravelle sonrió mostrando los dientes desde la cabina.

El alguacil Chaminade agitó ambos brazos al aire.

—¡Está usted arrestado, Ravelle! —gritó.

Edouard Ravelle no dio señales de haber oído al alguacil, y empezó a descender del camión.

—¿Me ha oído? —gritó Chaminade a través del capó—. Dé usted la vuelta hasta aquí, y considérese detenido por perturbar la paz y poner en peligro vidas humanas por no mencionar las propiedades.

Ravelle dirigió un saludo a medias hacia el padre Benoir y al coronel Lorraine.

—Su quilla —informó—. Les he traído la mejor madera que he encontrado.

El alguacil Chaminade se encaramó sobre el parachoques delantero del camión de madera y permaneció allí un momento, alisándose el uniforme. Luego tomó oficiosamente su libreta del bolsillo.

—Su nombre y dirección, *Monsieur* Ravelle —dijo.

—Padre Benoir —continuó Ravelle—, puedo asegurarle honradamente que no hay mejor madera en toda Francia.

El alguacil Chaminade mojó con la lengua la punta del lápiz y escribió laboriosamente.

—Excelente —sonrió el coronel Lorraine—. Y su sentido de la oportunidad es también perfecto. La quilla debe ser colocada ahora, mientras la moral de mis aldeanos es elevada —se irguió—. Amigos —gritó. Los diseminados aldeanos volvieron a formar una muchedumbre—. No disponemos de excesivo tiempo... Debemos empezar el trabajo en seguida. ¡Esta noche! Pero antes de que podamos colocar la quilla, debemos trasladar la estatua del Gran Almirante.

Miró hacia el padre Benoir, el cual asintió.

—Al instante, *mon colonel* —intervino secamente el alguacil Chaminade.

Saludó, se volvió hacia la terraza, apuntaló su espalda contra la gigantesca estatua

y empujó. Los miembros del consejo, sentados en la peana, le observaron. El coronel Lorraine esperó pacientemente. Chaminade gruñó, se esforzó y jadeó durante sus buenos tres minutos. Luego se irguió, débil, sofocado por el ejercicio y jadeando. Levantó su mirada hacia el coronel Lorraine como un perro de caza que hubiera perdido uno de los faisanes de su amo. Saludó otra vez, vergonzosamente.

—Es imposible que lo haga solo, *mon colonel* —suspiró.

El alcalde levantó sus ojos hacia el cielo. Su monóculo cayó y se quedó balanceándose de su cordón contra el pecho. Por un momento, la multitud se preguntó si iba a hacer la señal de la cruz. Entonces recuperó su compostura.

—La estatua tiene que ser movida por *todos nosotros* —miró significativamente a Chaminade— hasta *ese* lugar de allá. Junto al bar de Barbusse. —Señaló a los hombres más fuertes y altos—. Usted, d'Arle, Joliot, Pervas, Lavac... —Nombró a media docena de aldeanos—. Por favor, ayuden a *Monsieur Ravelle* con su carretilla.

Se oyó un ruido metálico cuando Edouard Ravelle dejó caer la tabla posterior de la plataforma de su camión. Los hombres elegidos por el coronel Lorraine se dirigieron a ayudarlo. Juntos arrastraron una de las carretillas de madera de Ravelle, una pesada plataforma de madera con robustas ruedas, que hacía crujir el suelo a su paso.

—Allí —ordenó el mayor.

Los hombres arrastraron la carretilla, mientras las llantas de acero de las ruedas chirriaban contra los adoquines de granito. Con ruido sordo, la arrimaron contra la base de mármol que sostenía la estatua del Gran Almirante Dordogne. Se estremeció la espada en la mano extendida del Almirante.

Ravelle desenrolló el cable de acero del torno fijado a la parte delantera del camión. Pasó el cable a d'Arle, quien lo enrolló a la base de la estatua, y lo volvió a empalmar consigo mismo frente al camión.

—¡Listo! —gritó d'Arle.

Ravelle se encaramó a la cabina y puso en marcha el torno. El cable se tensó, y la estatua se estremeció. La punta de la espada del Almirante Dordogne se movió contra el horizonte.

Se oyó un sonido vibrante cuando el cable se tensó y abrió una hendidura en la base del hormigón. Luego, lentamente, toda la estatua empezó a moverse fuera de la peana hacia el borde de la carretilla.

—¡Alto! —rugió el coronel Lorraine, cuando la estatua vaciló un poco en su camino. Examinó el borde de la carretilla en cuestión—. Necesitamos grasa —observó. Ravelle, subido a la cabina del camión, se encogió de hombros. El alcalde reflexionó un momento—. Mantequilla —dijo a Pierre Flambert.

—¿Mantequilla? —preguntó el tendero.

—Medio kilo —respondió el coronel Lorraine.

—La entregaré mañana por la mañana —dijo Flambert.

—Ahora, hombre, ahora —dijo el coronel, impaciente—. Vaya y cójala, de

manera que podamos engrasar la carretilla.

—¡Oh! —gruñó Flambert.

Caminó, contoneándose, hacia su tienda, mientras mu gordo trasero se meneaba dentro de los pantalones, que su mujer siempre hacía varias tallas demasiado grandes, a fin de que en todo momento hubiera espacio para acomodar su diámetro firmemente creciente. Pronto estuvo de vuelta, con una pequeña barra de mantequilla. La tendió hacia el alcalde. El coronel Lorraine apenas pudo disimular un repeluzno, y miró despectivamente al tendero.

—Sugiero que unte usted con ella el borde de la carretilla, *Monsieur* Flambert —dijo. El tendero obró como le indicaban—. Adelante con el torno —ordenó el coronel Lorraine.

La máquina tosió y se estremeció cuando Ravelle la puso en marcha nuevamente. Esta vez la estatua se movió con más rapidez. Se balanceó ligeramente. El coronel Lorraine frunció el ceño, empezó a decir algo, pero cambió de idea cuando, con una súbita sacudida, la estatua se deslizó hacia delante hasta quedar firmemente depositada en el centro de la carretilla. Ravelle desconectó la máquina. La estatua se mecía suavemente cuando los ejes recibieron todo el peso del Almirante de hormigón.

El coronel Lorraine miró hacia la vacía base donde Dordogne había estado unos minutos antes, y luego se permitió una pequeña y militar sonrisa de satisfacción.

—¡Oh, dulce amante! —suspiró Josephine—. ¡Eres tan poderoso! Rezumas vitalidad. Tus músculos son como cuerdas de nudos que me azotan hasta despertar en mí un frenesí de deseo. Tus hombros y brazos son como grandes robles que absorben la fuerza de las montañas. Y tu cintura, grácil como el cuello de un cisne.

—Lo sé —dijo Barbusse—. Fueron los años de entrenamiento en los paracas los que me hicieron este cuerpo tan hermoso.

—Querido gigante —dijo Josephine con voz entrecortada, fijos sus ojos en el enorme y desnudo cuerpo de Barbusse, erguido entre los pies de su cama y el alto espejo de la pared opuesta—. ¿Cómo puedes tenerme esperándote? Estoy llena de un fuego ardiente que sólo tú puedes extinguir.

Barbusse se miró en el espejo y flexionó sus bíceps.

—Antes de que me entregue a ti, ¿te he enseñado alguna vez cómo nos entrenábamos los paracas para los saltos de verdad?

—No, pero estoy segura de que lo harás —la voz de Josephine se tornó algo penetrante—. Aunque, sea lo que sea lo que vayas a mostrarme, por favor, hazlo rápidamente. —Echó una mirada al reloj que tenía junto a la cama—. Apenas puedo contener mi necesidad de ti, de tu cariñoso y dulce corazón.

—Tomaré una corta carrerilla... Desde aquí... —dijo Barbusse. Los ojos de Josephine se abrieron de par en par—. Me precipitaré sobre los pies de esta cama en

una zambullida. —Josephine se deslizó a un lado apresuradamente cuando Barbusse medio se enrolló para despegar—. Y daré una voltereta sobre el suelo, terminando con una vertical contra la pared que hay detrás de ti...

—¡Oh, querido... no...! —empezó a decir Josephine, pero el poderoso cuerpo de Barbusse estaba ya en movimiento.

Con un grito de «¡Olé!» se lanzó al extremo de la cama...

—Desenganchad el camión —ordenó el coronel Lorraine—. Empujaremos a nuestro amado Almirante con nuestras propias manos hasta su nueva e importante posición, desde donde vigilará los intereses de sus parientes y aldeanos.

La multitud lanzó vítores.

El alcalde se encaramó a la carretilla para su viaje triunfal a través de la plaza con el Almirante. Una de las ruedas se deslizó de lado ligeramente al tropezar con la cresta de un adoquín. El ligero movimiento hizo girar una rueda delantera hacia un trozo de mantequilla que Flambert había dejado caer. La mantequilla soltó lo que la adhesión y el efecto de frenado había logrado en las ruedas delanteras, y toda la carretilla se movió unos centímetros adelante por la ligera pendiente de la plaza. El movimiento de la carretilla debajo de él hizo que el coronel Lorraine diera un pequeño traspies. Para no caer, tuvo que dar un pasito hacia atrás. La transferencia de su peso añadió ímpetu al vehículo, y, con un crujido, éste se movió hacia delante, lentamente.

—¡Sujétenla! —gritó el alcalde, y saltó fuera del vehículo.

Durante un segundo, nadie se movió, y luego fue demasiado tarde. La carretilla fue ganando velocidad y se desplazó pesadamente a través de la plaza.

—¡Alto, alto! —gritaba el coronel Lorraine, con su voz más militar posible.

Pero la carretilla le desobedeció. Alphonse Joliot consiguió asirse a un lado, pero fue arrastrado algunos metros, antes de verse obligado a soltarse. El crujido de la carretilla se convirtió en un estruendo, cuando el sonido rebotó en las paredes. El alcalde y los aldeanos contemplaban su marcha. Al principio pareció dirigirse hacia el bar de Barbusse, y algunos aldeanos que estaban en ese lado de la plaza se apartaron de su trayecto. Luego, siguiendo el suave peralte de la plaza, dio un giro a la derecha. La estatua del Gran Almirante embistió, erguida, con su espada extendida orgullosamente como un oficial de caballería en Balaclava, directamente contra la casa de Josephine Abelard. La carretilla se subió a la baja acera de un brinco. Milagrosamente, la estatua conservó su verticalidad. Con un tremendo ruido de madera astillada, la espada chocó contra los nuevos postigos de una ventana del primer piso. Y siguió todo el brazo extendido del Almirante... hasta el sobaco. Entonces, con un crujido, la carretilla golpeó la pared exterior de la casa y se detuvo, rodeada de un remolino de polvo. Se oyó un espantoso grito procedente del interior de la casa. La multitud contemplaba la escena, horrorizada.

—Alguien debe haber muerto —dijo el padre Benoir.

Se volvió hacia Claire Laplace, que, como de costumbre, estaba a su lado:

—Ve a buscar el alba a la iglesia —dijo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió el coronel Lorraine.

Durante unos segundos, los aldeanos se quedaron inmóviles. Entonces el coronel Lorraine actuó. Después de todo, no era más que otra escaramuza.

—*M'aider... à moi, mes amis!* —gritó, dirigiendo la cara hacia los gritos y chillidos que llegaban del quebrantado edificio.

El alcalde se detuvo frente a la todavía intacta puerta. Se apartó a un lado.

—Derríbela —ordenó a Laplace.

Laplace se adelantó y abrió la puerta con el picaporte. El coronel Lorraine le miró frunciendo el ceño y penetró en el interior. Los gritos procedían del dormitorio de arriba. Empujado por la multitud, el coronel Lorraine y el sacerdote se encontraron subiendo las escaleras. La presión del resto de la gente les obligó a cruzar la puerta del dormitorio. En su interior, en el extremo de la cama, se hallaba Josephine, mirando a la pared opuesta, las manos contra su cara y los ojos abiertos de par en par.

El padre Benoir siguió su aterrorizada mirada. El monóculo del coronel saltó. En el lado opuesto de la habitación, cabeza abajo, preso contra la pared por la espada del almirante, estaba Barbusse... desnudo y con las piernas balanceándose suavemente. La punta de la espada de cemento presionaba contra su ombligo justo con la fuerza necesaria para mantenerle en posición como un pálido escarabajo en una caja.

—Atiendan a *Mademoiselle* —ordenó el padre Benoir. Alguien tendió a la mujer una bata. El alcalde se acercó un poco a la cabecera de la cama, hasta que pudo bajar la mirada para contemplar la cara de Barbusse.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estoy muerto? —preguntó el propietario del bar—. ¿Tengo las tripas atravesadas?

El coronel Lorraine se adelantó y tocó la punta de la espada.

—No está ni siquiera herido, hombre —dijo—. No le ha atravesado ni la piel.

El coronel se dio la vuelta, tomó la gorra, blanca de harina, de la cabeza del ganadero Laplace, y la colgó discretamente entre las piernas invertidas de Barbusse. Se oyó una risita disimulada procedente de la ahora atestada habitación.

—El dedal de Josephine habría servido igual —dijo, con desprecio, el granjero Joliot. La cara verde-calabacín de Barbusse adquirió una tonalidad púrpura.

Barbusse permaneció suspendido dos horas, tiempo durante el cual todo el pueblo efectuó una peregrinación al dormitorio para verle. Fuera, el coronel Lorraine supervisaba el desplazamiento de la estatua. El daño recibido por una de las ruedas de la carretilla, que se había vuelto cuadrada, hacía el trabajo difícil.



Al fin, una escuadra formada por los jóvenes más forzudos del pueblo, junto con el torno de Ravelle, consiguieron mover al Almirante Dordogne hacia atrás unos pocos pies y darle la vuelta, de manera que su extendida espada estaba ahora apuntando hacia el centro de la plaza.

Se acarrearon las losas de la base de mármol y se colocaron otra vez sobre la acera. Luego deslizaron al Almirante fuera de la carretilla y lo devolvieron a su posición sobre la peana, con su cabeza mirando ahora acusadoramente hacia el dormitorio sin postigos de Josephine.

Cuando caía la noche, los hombres arrastraron los primeros tablones gruesos de la parte trasera del camión de Ravelle y los dejaron situados en una línea recta entre la iglesia y el bar de Barbusse. El padre Benoir y el alcalde permanecían vigilando desde las escaleras de la iglesia.

El padre Benoir cruzó las manos sobre el pecho y sonrió.

—¡Alabado sea el Señor! —susurró.

—Amén —gruñó el coronel Lorraine.

En la habitación delantera, sobre la panadería, Henri Laplace se desnudó y esperó a que su mujer terminara de limpiar el mostrador de la tienda antes de irse a la cama. Estaba de pie frente al espejo del tocador, recordando la bien musculada figura de Barbusse. Flexionó sus tensos pero demacrados brazos, y luego trató de ocultar el estómago. Los débiles músculos estaban demasiado cansados para responder. Sonrió, se inclinó y se tocó los genitales. Se sintió extraordinariamente feliz. Constituían dos buenos puñados.

## 6

El alguacil Chaminade se hallaba de pie sobre una pila de madera en el centro de la plaza, desde la que se dirigió a los aldeanos:

—Escuchadme, os digo. ¡Procurad estar bien preparados, de manera que cuando lleguen nuestro alcalde y el padre Benoir, no tengamos que perder tiempo...! —gritó.

Pero la multitud, no pareció darse por enterada.

—Como jefe de Policía del pueblo de St. Pierre-des-Monts, está dentro de mis facultades...

En la voz del alguacil Chaminade, se deslizaba una nota de advertencia.

Luego, con repentino terror, se dio cuenta de que la multitud se había detenido y le estaba mirando. No podía recordar que aquello hubiese sucedido alguna vez. La gente empezó a caminar hacia él. El alguacil Chaminade se sintió amenazado. Abrió la boca para gritar, pero no salió de ella sonido alguno. La multitud se barajó. Las mujeres y los niños se apartaron a los lados. El resto se movió en un grupo desordenado.

—Oficiales, aprendices expertos y artesanos cualificados, en la fila delantera —dijo una voz, tan cerca del alguacil Chaminade, que éste pegó un brinco.

Se trataba del alcalde, coronel Lorraine, el cual se encontraba de pie en el tablón situado detrás de Chaminade. El alguacil le miró, asombrado. El alcalde llevaba puesto su uniforme completo de coronel de los espahís.

El alguacil Chaminade hizo una rápida aspiración y saludó con tanta energía que estuvo a punto de arrancar la visera de su quepis. El uniforme del coronel era impresionante. Chaminade sonrió ante el rojo sombrero con su dorado galón, la ajustada guerrera con su pulido correa de piel, los holgados pantalones, con un centenar de pliegues, y las botas del alcalde, tan brillantes, que reflejaban la desaseada y sonriente imagen del alguacil. El coronel Lorraine se golpeó las botas con su junco. Tintearon unas espuelas de caballería, de plata.

El alguacil Chaminade, medio hipnotizado por la resplandeciente aparición, se encontró de pronto abriéndose paso a codazos en la fila delantera de los obreros. Pero todavía le empujaron más y fue arrojado a la segunda fila, entre los aprendices adelantados y los principiantes. Éstos eran más rudos que los de la primera fila, y en pocos segundos, el alguacil se encontró en la retaguardia, detrás de la fila de jornaleros y aquéllos sin habilidad manual. Se encontró entre los pocos cuya capacidad para no hacer nada satisfactoriamente era sospechosa. Trató de abrirse paso nuevamente hacia delante, pero las sólidas espaldas de la fila trasera resultaron inamovibles.

El alguacil Chaminade gruñó con irritación. Tuvo que dar la vuelta a una pila de madera, encaramarse a otra de desperdicios, para, finalmente, llegar de nuevo junto al alcalde, justamente cuando éste empezaba su inspección de la fuerza laboral del arca.

El coronel Lorraine anduvo a grandes zancadas por delante de la primera fila.

Observó detenidamente a cada hombre como si jamás los hubiera visto anteriormente. El alguacil dio un par de saltitos para coger el paso, y le siguió, más bien desaliñado, como si fuera su ayudante. Deseaba también poseer un bastón. Dio una larga zancada, que le llevó peligrosamente cerca del trasero del alcalde. El coronel Lorraine se detuvo vacilando ante uno de los hombres. Y el alguacil Chaminade, que estaba en ese momento observando el vuelo sobre sus cabezas del «Caravelle» Orly-Niza, no se detuvo a su vez, de manera que pisó una de las espuelas del coronel. Éste, en una lenta semizancada, se sentó pesadamente, mientras la espuela de su otra bota atravesaba el fino material de sus pantalones y le pinchaba en la nalga izquierda. Se alzó del suelo con una velocidad muy superior a la de su descenso, y descargó tal golpe al alguacil Chaminade en la copa del quepis, con su elegante bastón, que el sombrero oficial le quedó al alguacil encasquetado hasta los ojos.

La primera fila de artífices apenas se movió. La segunda fila, la de los menos dotados, rió disimuladamente. Y la tercera, la de los jornaleros y vagos, soltó una serie de gritos de regocijo. El coronel Lorraine recuperó su dignidad con una tosecilla y una absoluta indiferencia tanto hacia el malestar de su perforado trasero como hacia su agitado alguacil.

—Les recuerdo que estamos trabajando en nuestro propio beneficio, no en provecho de un amo. El tiempo es valioso. No lo malgastemos.

La fila delantera asintió con la cabeza.

El padre Benoir sonrió. El coronel le hizo una señal con el brazo.

—Amigos míos —dijo el joven sacerdote—, que el Señor bendiga y apruebe todo vuestro trabajo. Que éste sea bueno y sólido. Que sea seguro y santo. Encajad las maderas con amor. Clavadlas con confianza. Atornilladlas con...

—Josephine... —murmuró alguien de la fila trasera. De nuevo, los de esta fila rieron<sup>[1]</sup>.

El coronel Lorraine hizo sonar su bastón contra la bota. Los hombres se callaron.

—Que la buena obra de vuestro industrioso pueblo asegure el futuro del mundo merced a la grandeza de Nuestro Señor —dijo el padre Benoir.

—¡Hurra! —gritó Claire Laplace.

—¡Hurra...! —repitieron la segunda y la tercera filas.

La primera aplaudió, cortésmente. El coronel Lorraine dio un taconazo e inclinó la cabeza.

—¡Bueno! —gritó—. Rompan filas todos y vayan a inscribirse en la oficina del alcalde. Establezcan su derecho a cobrar el subsidio de paro nacional. Vamos, rompan filas.

Los trabajadores permanecieron quietos durante un momento hasta que la sugerencia hubo calado en ellos, y entonces se dieron la vuelta y caminaron hacia el despacho.

—Ha sido una idea muy inteligente —dijo el padre Benoir.

—Es una acción criminal golpear al jefe de Policía en la cabeza durante el ejercicio de su deber —observó el alguacil Chaminade, frotándose laboriosamente el cuero cabelludo.

—Se me ocurrió la noche pasada —informó el coronel Lorraine, ignorando la aflicción de Chaminade— que la mayor amenaza contra la terminación de la obra a tiempo era la pérdida de salarios por parte de los hombres. Sentí que resultaría bastante legítimo para ellos cobrar el subsidio de paro.

—Tendré que hacer un informe completo del incidente —gruñó Chaminade hurgándose en el bolsillo de la pechera, en busca de la libreta.

—Supongo que, como alcalde, tiene usted derecho a decidir tales cosas —consideró el padre Benoir—. No es que importe mucho, de todas maneras, con las inundaciones que van a venir y todo eso.

—Exactamente —reconoció el coronel Lorraine—. Pero mantendrá a los hombres felices.

—Su nombre y dirección, por favor —insistió el alguacil Chaminade.

—Pero, si esto es así, ¿por qué los diseñadores de barcos no pensaron antes en ello? —preguntó el coronel Lorraine a Moreau.

Éste se encogió de hombros y levantó las palmas de las manos.

Charles Groufler, su ayudante, se encogió también de hombros.

—*Monsieur* Moreau dice *fuisshh*, ¿y por qué no?

Moreau asintió con la cabeza. Habiendo enseñado a Groufler su trabajo como aprendiz, existía una íntima comprensión entre ellos. Hablando tan poco, y haciendo que Groufler hablara por él, a Moreau le parecía que ahorraba mucho tiempo que, de otro modo, se desperdiciaría. Y, de todas maneras, él había agotado ya su ración de palabras de aquel año.

El coronel Lorraine, de pie en la parte superior de la escalinata de la iglesia, alineó las costillas del arca con el ojo en que llevaba el monóculo. Éstas brotaban ahora de las quillas gemelas del arca como guardias. La vista a través de la plaza del pueblo era como la de un ancho túnel hecho con porterías de fútbol.

Moreau agitó sus manos arriba y abajo y, de repente, volvió ambas palmas hacia arriba. Groufler le dirigió una sonrisa.

—Dice que la razón por la que los barcos vuelcan es porque los diseñadores los construyen más estrechos del fondo. Ahora, coronel Lorraine, él pregunta: ¿no es eso una estupidez?

El alcalde miró a Mortimer Moreau, el cual estaba agitando sus manos otra vez, ahora verticalmente. Groufler continuó.

—Pregunta si construiría usted una torre que fuera más ancha arriba que abajo. Por supuesto que no. Por tanto, él ha basado su diseño en un hecho arquitectónico que los constructores de barcos pasan convenientemente por alto a fin de ahorrar

materiales.

El coronel Lorraine se rascó la oreja. Estaba seguro de que había algo erróneo en el argumento de Moreau... pero, en tal caso, ¿cómo argumentar con un hombre que prefería hablar mediante un lenguaje de signos a través de su intérprete? No obstante, se sentía consolado por el pensamiento de que si había pequeñas discrepancias en la construcción del arca de Moreau, entonces, de alguna manera, el buen Dios las compensaría.

—Perdónenos, *mon colonel* —sonrió Groufler—. Pero Mortimer y yo debemos dar más instrucciones a nuestros obreros.

El coronel Lorraine asintió y les vio desaparecer por la puerta de la iglesia. Momentos más tarde quedó sorprendido al verles aparecer de nuevo en el antepecho junto a la campana.

—Oíd...

La voz de Groufler, débil ahora desde lo alto de la torre, parecía flotar desde el cielo como una flecha sin peso. Los hombres que se hallaban en la plaza miraron hacia arriba e hicieron señas con la mano. Moreau les devolvió las señas. Groufler gritó:

—Número dos vertical, al lado izquierdo... Esa pieza larga, Joliot. Ponedla más a la derecha y apuntad el extremo delantero hacia la puerta situada junto al bar de Barbusse. Bien. Ahora, d'Arle, arrastre la otra pieza y póngala paralela a la de Joliot. No, más a la izquierda. ¡Ah... excelente! Y usted, Laplace, traiga esa pieza pesada y júntela con la de Joliot...

Siguió impartiendo sus instrucciones durante media hora. Los montones de madera fueron arrastrados y distribuidos. Los largos tablones fueron esparcidos por la plaza hasta que los dos hombres quedaron satisfechos. Sus figuras desaparecieron de la torre, y pocos minutos después se unieron otra vez al grupo.

—Aquí —señaló Groufler—, dice Moreau que esto debe ensamblarse a eso. Una buena ensambladura, casi de un metro de largo, inclinada como ésta y luego sujeta con pernos. También aquí, dice, debe procederse de manera similar. Todas las ensambladuras atornilladas, sujetas con pernos y pegadas. Y las maderas principales, en estas posiciones exactas. Y aquí... —agitó una mano— debe haber un montante. Y el correspondiente montante en el otro lado. Y aquí, aquí y aquí, también. Todos, ensamblados como los demás. Pegados y sujetos con pernos. Y cuando eso esté hecho, las piezas superiores, encajadas. Luego rellenaremos los lados con planchas. ¿Ha entendido todo el mundo lo que quiere Mortimer?

Los hombres asintieron y sonrieron. Todos eran capaces de trabajar cuando sabían lo que se suponía estaban haciendo.

—Haga usted el primer corte, *Monsieur* Moreau —sugirió Laplace.

Le tendió una sierra a Moreau y le hizo una pequeña reverencia. Moreau se mostró de acuerdo. Se inclinó hacia la ancha pieza de madera que formaba la quilla izquierda del arca. Miró detenidamente a lo largo de ella con ojo penetrante, arrancó

un sonido metálico al golpear los dientes de la sierra con la uña del pulgar, y luego atacó la madera con la hoja. Su corte fue seguro y exacto. Moreau se permitió una sonrisa completamente insólita en él. Construir un arca era juego de niños. A fin de cuentas, él había construido ataúdes durante cincuenta años, y cuando se miraba desde la correcta perspectiva, desde la altura de un campanario, el arca parecía un ataúd.

—La construcción se está llevando a cabo sin novedad, Señor —dijo san Pedro—. Lo estuve viendo por el monitor esta mañana. Un arca realmente bastante buena. Diferente de la última. Supongo que eso se debe a que están usando mejores herramientas que Noé. De hecho, el viejo está lívido. Celos, supongo.

—No hay patentes sobre arcas —comentó secamente Dios.

—No creo que sea eso lo que le está trastornando —dijo san Pedro—. Es sólo que este nuevo grupo ha dado con un diseño más original.

Fue interrumpido por la puerta que se abrió de repente. San Pedro miró hacia ella, irritado. El Arcángel de Servicio se encontraba justo en el umbral, con gesto nervioso.

—¿Permiso para interrumpir, Señor?

—¿Sí? —preguntó Dios lacónicamente.

—Se trata de los romanos —informó el Arcángel de Servicio—. Y de las condenadas burbujas.

—¿Burbujas?

—Sí, señor —dijo el Arcángel de Servicio—. Burbujas y chillidos... Los griegos<sup>[2]</sup>.

—¡Otra vez ellos! —suspiró Dios.

—Quieren pelear contra las hordas mongoles, Jefe.

—Si recuerda usted —susurró san Pedro en el oído más próximo de Dios—, hace sólo tres semanas que le pidieron guerrear contra Matamoto y su ejército de samurais.

Dios lanzó una furiosa mirada al Arcángel de Servicio.

—Ve y diles que el permiso está denegado. Sólo se les permite luchar entre sí.

—Dicen que están hartos —objetó el Arcángel de Servicio.

Dios refunfuñó furiosamente:

—¿Hartos? ¿Hartos? ¿Cómo se atreven a estar hartos? Éste es mi cielo, no el suyo. Yo hago las reglas. Prohíbo absolutamente a cualquiera que esté harto. Diles que se vayan y vuelvan a efectuar el saqueo de Corinto. Y esta vez, para variar, los griegos pueden ganar. —El Arcángel de Servicio empezó a caminar hacia atrás—. Y diles también —continuó Dios, malhumoradamente— que esta vez tienen que dejarlo todo bien limpio, después. Aquí ya tenemos bastante con un problema de basuras.

El Arcángel de Servicio asintió y cerró la puerta. Dios se volvió hacia san Pedro.

—¿Qué quiere decir hartos? —Pero no esperó a oír la respuesta, y continuó—:

¿Dónde estábamos antes de ser interrumpidos?

—Arcas —informó san Pedro.

—¡Oh, sí! Bien. He decidido que David el Israelita sea perdonado. Haz que la toque como un signo de fe y le dejaré sano y salvo.

Dios se relajó en su silla, con una sonrisa de satisfacción en su cara.

San Pedro tosió cortésmente.

—Es que no se trata de ese arca, Señor, sino de la nueva... la de Francia.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dios—. El tiempo es tan confuso...

—Hay un pequeño problema... de animales —indicó san Pedro—. Deberíamos realmente tratar de conservar tantos como fuera posible sobre la Tierra, y ellos no tienen muchos en ese pueblo.

—¿Quién es nuestro hombre más entendido en animales? —preguntó Dios.

—San Francisco —replicó san Pedro.

—¡Oh, caramba! —gruñó Dios—. Ese hombre es una perfecta lata. ¿Sabías que estuvo aquí el otro día con el nombre de cada maldito gorrión muerto durante la última semana? Se toma todas mis leyendas demasiado literalmente. Sin embargo, es un buen chico. Harías bien en traerlo.

San Pedro sacudió la cabeza tristemente.

—Es bastante posible que siga indispuerto. Ayer le dieron un topetazo en el trasero y fue llevado a la enfermería.

—¿Otra vez esa estúpida cabra suya? —preguntó Dios.

San Pedro volvió a toser, esta vez con cierto embarazo.

—Me temo que esta vez se trata de algo más serio, Señor. Era su *unicornio*.

La siguiente fase del aprovisionamiento del arca del Señor coincidió con la inesperada llegada de un circo a Clermont-Ferrand. Era un circo bastante notable, con una manada de aburridos caballos, dos ineptos malabaristas, una mujer feroz, un león gordo y cuatro payasos y medio. Tenía también un gran mono babuino propenso a tirarse pedos. Alphonse Joliot, colector oficial de bestias para el arca, fue allá y adquirió el babuino.

No había tenido intención de robarlo. Su propósito era comprar, a crédito, naturalmente, un par de asnos, una yegua de vientre y algunos pollos de mil días, en el mercado de Clermont-Ferrand. Lo del babuino fue accidental. El granjero Joliot no se quedaba corto en el regateo. Se pasó varias horas en el mercado discutiendo, antes de escupir finalmente en la palma de su mano y cerrar un trato satisfactorio por el ganado. Luego se marchó al bar a intercambiar comadreos de granjas con el otro terrateniente del lugar. Fue entonces cuando el babuino se escapó de su jaula del circo, saltó una cerca baja, se subió de un brinco a un carromato y, finalmente, fue a caer en la parte trasera de la camioneta de Joliot, entre las cajas de pollos. La curiosidad lo tentó y se dedicó a zarandear el montón de cajas. Éstas se vinieron

abajo, y una de las más altas cayó sobre el babuino, dejándole limpiamente atrapado en su interior. Dos docenas de pollos se escaparon, y fueron capturados por los niños de la escuela local.

—Está en el camión —informó Joliot a Barbusse y Laplace—. Juro que... simplemente apareció. No lo compré. Por el amor de Dios, ¿quién desea un babuino?

—Quizá Dios desea un babuino —sugirió Laplace.

—¿Uno que se tira pedos? —preguntó Joliot, cruzando los ojos.

—Es cosa de la bebida —dijo Barbusse—. De la tuya, no de la del babuino. He viajado por montones de países. He visto centenares de monos y babuinos. Y nunca oí hablar de ninguno de ellos que se soltara pedos.

Laplace rió.

—¡Maldita sea! Te lo demostraré —dijo Joliot.

Cogió un paquete de cacahuets de su muestrario detrás del bar de Barbusse y encabezó la comitiva hacia la plaza. Su camión estaba aparcado cerca de allí, junto a los corrales que había construido para acomodar el ganado que se disponía a reunir.

—Aquí —dijo, dejando caer la tabla trasera del camión. Un atolondrado polluelo caminó balanceándose hacia él. Joliot lo cogió, acarició sus suaves plumas y se lo metió en el bolsillo del pecho—. Mirad... al maldito babuino.

Hubo una repentina carrera y un ruido de cajas cuando el babuino sacudió, irritado, las paredes de su prisión. Plegó sus labios y gruñó como un perro lobo furioso.

—¡Cielos! —exclamó Laplace—. Se parece a *Madame d'Arle*.

—No se suelta pedos —observó Barbusse.

—Y eso no es tan malo, de manera que no te quejes —dijo el granjero Joliot—. Las vacas ya son bastante malas, pero ¡huy...! —arrugó la nariz—, los babuinos...

Joliot hizo sonar la bolsa de cacahuets y la rasgó para abrirla. El babuino dejó de sacudir las barras de la jaula y observó. El granjero echó algunos cacahuets en la palma de su mano y se los ofreció al animal. El babuino dejó de gruñir, hizo una especie de ruido imitando un beso y sacó su mano a través de las barras. Joliot dejó caer los cacahuets en la extendida palma de la criatura. Ésta la retiró y se metió los cacahuets en la boca. Entonces, con una expresión en su cara tan parecida a la de una sonrisa satisfecha como un babuino puede lograr, soltó una ventosidad. Mejor dicho, una perfecta interpretación de los primeros compases de *Beso su manita, señora (I'll kiss your little hand, Madame)*.

—¡Magnífico! —exclamó Barbusse, con los ojos abiertos de par en par—. Un virtuoso anal.



El ministro de Estadística, *Monsieur* Gaston Duprès, era un fiel seguidor del presidente, activo, trabajador, ambicioso e insoportablemente pedante. Había logrado su posición a través de años de andadura política y gracias a una lealtad casi animal al líder de su partido. Ahora, con las próximas elecciones a sólo unas semanas vista, se le había confiado el trabajo de asegurar que nada —absolutamente nada— pudiera causar un repentino cambio de la opinión pública, perjudicial al Gran Almirante Dordogne. Por ello se encontraba hoy en un estado próximo al pánico. Revolvió una pila de papeles que tenía ante sí en su mesa forrada de piel, y volvió a estudiar la línea de cifras. Los apartó a un lado, levantó la tapa de su caja de cigarrillos y cogió uno. Se lo puso en los labios, miró nuevamente las cifras, aplastó el cigarrillo contra el cenicero y lo lanzó a través de la habitación.

—Marcel —rugió.

Se oyó un torpe golpecito en su puerta, y un subsecretario de cara delgada penetró en la habitación.

—¡Ah...! —dijo el ministro. Señaló a los papeles—. ¿Están ya todas las cifras publicadas?

El subsecretario asintió.

—¡Merde! —gruñó el ministro—. ¡Tenía que ser ahora!

Marcel Dupont Goetz apretó los labios.

—¿El pueblo del Almirante Dordogne? —preguntó.

—El pueblo del Almirante Dordogne —repitió el ministro—. Es imposible. Por primera vez tenemos casi pleno empleo en toda la nación. No hay problemas de paro, no hay huelgas, tampoco las hay en perspectiva, no tenemos problemas laborales. Granjeros felices, ingenieros felices, conductores de tren felices, incluso los empleados de Correos. Los marineros están en el mar y contentos. La próxima semana tengo que confeccionar el primero de los discursos de las nuevas elecciones. ¿Y qué sucede? El pueblo del Almirante. El hogar de Dordogne, el trabajador pueblo que él siempre presenta como un ejemplo que toda la nación debería emular, se vuelve loco. —Levantó los brazos, en un gesto muy galo—. Desempleo total, eso es lo que hay. Un cien por cien de hombres sin trabajo. Todos cobrando el subsidio de paro.

—No figurará en las estadísticas nacionales —argumentó Dupont Goetz, esperanzadoramente.

—¡No figurará, no figurará! Por supuesto que no figurará. Pero si cualquier periodista llega a olérselo, y puede usted apostar a que alguno lo hará, ¿qué pasará entonces? El Almirante Dordogne será el hazmerreír. Perderé un millón de votos. Los comunistas ganarán. Triunfará la anarquía. Las carretas volverán a rodar, y *Madame* Guillotine estará ocupada. Y usted, Marcel... —señaló acusadoramente hacia su ayudante—. Su cabeza será la primera en caer.

La ya pálida cara de Dupont Goetz se volvió lívida. Se acarició el cuello con una delgada mano.

—¡Madre de Dios! —suspiró.

—Bien, ¡maldita sea! No se quede ahí. Descubra por qué los villanos están holgazaneando por ahí. Y hágame saber la razón a mediodía.

Dupont Goetz caminó hacia atrás apresuradamente, inclinándose como un siervo medieval.

Aunque el coche de Toto Barbusse era un «Citroen 2 CV», proyectado para acomodar a cuatro pasajeros con escaso confort, por lo que se refería al vehículo de Barbusse era como si fuera de una sola plaza. Con habilidad y gran agilidad, Barbusse conseguía introducir en su interior sus magníficos ciento catorce kilos. Y cada vez que se encaramaba al vehículo tenía que resistir la tentación de modificar la puerta con la fuerza de sus enormes brazos. No habría sido demasiado problema para él doblar el coche para encajar mejor en él, lo cual habría reducido —lo sabía— su eventual valor de reventa.

—¡Me voy a la ciudad! —gritó, a nadie en particular—. ¿Alguien quiere algo?

El alguacil Chaminade le hizo señas con la mano.

—Si por casualidad pasas por delante de un cuartelillo de Policía... Necesitaría un talonario de billetes de aparcamiento...

—¡Billetes de aparcamiento! —exclamó Barbusse—. ¡Vete al cuerno, estúpido cabrón! ¿Crees que voy a traerte billetes de aparcamiento cuando yo soy el único que tiene un coche privado?

—¿Y qué piensa hacer usted en Clermont-Ferrand? —preguntó el coronel Lorraine, saliendo de su oficina de alcalde y avanzando hacia el coche de Barbusse.

—Revelar el rollo —replicó Barbusse. Dio una palmadita a la cámara que llevaba en el asiento trasero—. Pensé que podrían hacerme un millar... en tamaño postal.

—¿Un millar? ¿En tamaño postal? ¿Un millar de qué, en tamaño postal?

El alcalde se inclinó hasta que su cabeza se introdujo por la ventanilla del coche.

—Fotografías de la construcción del arca, por supuesto —declaró Barbusse.

De repente se preguntó si estaría diciendo lo adecuado. El coronel Lorraine confirmó sus sospechas volviéndose primero rojo, luego azul y, finalmente, púrpura.

Con dificultad, el alcalde consiguió recobrar la voz. Sus siguientes palabras fueron cuidadosamente controladas y exentas de toda emoción.

—¿Por qué?

—Turistas —replicó Barbusse—. Habrá un buen beneficio en el bar. Seguramente querrán fotografías.

—¡Cretino! ¡Idiota! —gruñó el coronel Lorraine—. Turistas es justamente lo que necesitamos para arruinarlo todo. Hasta ahora hemos conseguido hacer las cosas silenciosamente, sin publicidad. Ya me parecía a mí que era demasiado bueno para

durar. Turistas... ¡oh! ¿Cómo cree usted que se va a construir el arca con muchedumbre de turistas, especialmente, masticadores de chicle americano, apoyándose contra todo, distrayendo a todo el mundo y tomando sus propias fotografías? ¡Oh, por el amor de Dios, Barbusse! Vaya y aparque esa máquina y vuelva luego a hacerme un informe.

Barbusse vacilaba.

—¡En seguida, *sargento* Barbusse! —rugió el coronel Lorraine.

Barbusse metió la marcha tan de prisa, que casi fue catapultado hacia atrás a su espacio de aparcamiento, junto al bar. Tanto la carrocería como la suspensión suspiraron con alivio cuando bajó del vehículo.

—¡Venga usted aquí, *sargento*! —volvió a rugir el coronel. Barbusse corrió a paso ligero y se plantó en posición de firmes ante el alcalde. El coronel Lorraine contempló al enorme individuo—. La barbilla... —se limitó a decir. Barbusse la metió para adentro. Un grupito cercano de obreros dejó de trabajar para mirarlos. El coronel Lorraine lo observó y habló lo bastante fuerte como para que le oyeran—. *Sargento Barbusse*, tuvo usted un excelente historial guerrero en los paracas, creo.

—¿*Mon colonel*...? —repitió Barbusse.

—Orden del Mérito. Tercera clase, creo.

—Oui, *mon colonel*.

—¿Cuántos años de servicio?

—Veinte, *mon colonel*. Aquí, en Francia... Indochina..., África.

—Bien —interrumpió el coronel Lorraine—. En tal caso, será usted mi segundo en el mando. Le haré encargado.

Los ojos de Barbusse trataban de seguir al coronel, que no paraba de dar vueltas a su alrededor.

—¿Encargado, *mon colonel*? ¿Encargado de qué?

El alcalde, coronel Lorraine dejó de pasear. Pegó su cara a la de Barbusse.

—Desde ahora es usted llamado otra vez a filas... en la reserva, por supuesto, y estará usted encargado de... ejem... —el coronel hizo una pausa—. ¡Ah! El Primer Regimiento de Defensa de St. Pierre-des-Monts... y, además... tendrá usted potestad de reclutamiento... conscripción. Sus órdenes son procurar que ningún extraño o forastero entre en el pueblo, no importa cuál sea su fin. Y de que ningún aldeano lo abandone sin mi permiso personal.

—Oui, *mon colonel* —dijo Barbusse—. Una pregunta mi coronel. ¿Puedo llevar uniforme?

El alcalde Lorraine se enderezó. Miró a través de su monóculo y apuntó con su nariz a Barbusse.

—Eso espero.

—Gracias, *mon colonel*. —Barbusse hizo un elegante saludo, entrechocando los talones. El alcalde devolvió el saludo y empezó a marcharse—. *Mon colonel* —gritó Barbusse—. Otra pregunta, la última. ¿Qué hay de las armas?

El coronel Lorraine hizo gestos vagamente con su bastón en dirección a los restos de la vieja fortificación.

—Use lo que hay en los calabozos... lo que le guste. Ayúdese de cualquier cosa disponible.

—*Oui, mon colonel* —asintió Barbusse, orgullosamente.

Barbusse estaba de pie frente al largo espejo de su habitación, y se examinaba. Por lo que podía recordar, llevaba un uniforme idéntico al del *Che* Guevara de los posters populares. Se ajustó las cartucheras, que le colgaban del pecho, sobre su viejo uniforme camuflado de paracaidista. Ladeó un poco los gemelos, de manera que la cinta no tapara los galones de sus medallas. Llevaba en la cabeza una gorra negra. Tenía barba de dos días, y su barbilla ofrecía un saludable tono azul oscuro.

Dio un paseo casual hacia el bar, entrando con un ligero contoneo y con lo que él esperaba que fuera una despreocupada indiferencia.

—Ahí está... Annie Oakley... —dijo Alphonse Joliot—. Esperemos que lance bolas al aire y las atraviese. ¡Ah...!, lo olvidaba... Toto no tiene bolas.

Barbusse enrojeció.

—Cuidado, Joliot.

—¡Oh!, vamos, *chéeri...*, —empezó a decir Joliot. Se produjo una brusca ráfaga de movimiento y un nervioso gañido. El granjero se encontró levantado y golpeado contra la pared del bar. Sus pies se balancearon a varias pulgadas del suelo. Ésa fue la primera indicación al pueblo de que el sargento Toto Barbusse se estaba tomando muy en serio su nuevo trabajo.

El Jefe Ejecutivo del Departamento de Estadística Interna de la Administración de Clermont-Ferrand, Barnard Josef Jacques Bagniol, cogió el teléfono y marcó el número de la oficina del Ministerio, en París.

—Con relación a la información solicitada sobre St. Pierre-des-Monts...

—Sí, sí, hombre —dijo el subsecretario, Dupont Goetz—. Apresúrese; el ministro está esperando. Límitese a decirme sólo lo que ha descubierto.

—Nada...

Hubo un silencio en el extremo parisiense de la línea, mientras el subsecretario digería la información.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada...

—¿Absolutamente nada? ¿Ni siquiera dicen por qué están todos en paro?

—No quisieron hablarme —dijo Bagniol—. Se mostraron inabordables.

—¿Les dijo usted quién era?

—Naturalmente.

—¿Cómo reaccionaron?

—Me echaron montaña abajo.

—¿Que le echaron montaña abajo?

—Antes de poder hacer preguntas... Me dijeron que no podía entrar en el pueblo. Cuando insistí, me cogieron por el cuello y me echaron cuesta abajo.

—¡Ahora, escúcheme! —rugió Dupont Goetz—. Saque sus desagradablemente brillantes pantalones de ese acolchado sillón y arregle un transporte para mí a St. Pierre-des-Monts. Llevaré la investigación personalmente. Después de todo, es el pueblo del Gran Almirante Dordogne. Salgo inmediatamente.

Dupont Goetz se recostó contra la blanda tapicería del «Renault» oficial con chófer proporcionado por Bagniol. La carretera hacia la montaña apenas tenía la anchura superior al vehículo en algunas partes, y el piso se hallaba en un avanzado estado de deterioro. De hecho, sólo cuando los funcionarios visitaban St. Pierre-des-Monts recordaban la condición de la carretera. Normalmente, las súplicas de los lugareños de que fuera reparado el firme eran simplemente archivadas. Parecía haber pocas razones para gastar una parte importante del Presupuesto de Mejora de Carreteras en una ruta que era utilizada sólo por unos pocos vehículos y aldeanos.

Dupont Goetz procuró mantenerse firme cuando las ruedas del «Renault» se metieron en un bache, y fue proyectado de un lado a otro del coche. El chófer sudaba.

Dupont Goetz ensayó su discurso. Tenía que ser firme, decisivo, pertinente. Debía instigar verbalmente a aquellos campesinos.

—Los que controlamos el país estamos sumamente molestos ante esta situación —les diría. Lo del control les daría una indicación inmediata del calibre del hombre con quien estaban tratando—. Esta reversión a un primitivo gamberrismo por el que un funcionario del Gobierno ha sido asaltado, insultado y su autoridad violada, no puede ser perdonada. Los responsables, a su debido tiempo, tendrán que responder de su comportamiento.

»Y ahora, considerando el asunto todavía más serio del total desempleo local... el Primer Ministro está personalmente...

El «Renault» pegó un brinco, rodó sobre una superficie de madera y fue reduciendo su velocidad hasta detenerse. Dupont Goetz miró por la ventanilla y se encontró sobre un puente de madera. Setenta metros más abajo se veían rocas escarpadas y agua que corría orgullosamente. Y frente a él, en medio de la carretera, más allá del puente, y sólo a algunos metros de los muros de la fortaleza de St. Pierre-des-Monts, había un grupo de hombres.

—Siga —ordenó al conductor Dupont Goetz.

—No, señor, gracias —dijo éste.

Se trataba de su segundo viaje aquel día al pueblo, y en el primero se había

pasado media hora tratando de liberar a un casi inconsciente jefe ejecutivo del espino al que había llegado rodando después de que los aldeanos le arrojaran por la ladera de la montaña.

—¡Siga de una vez! —insistió Dupont Goetz.

El chófer movió la cabeza. Había un punto más allá del cual ni siquiera del empleado más leal al Gobierno se podía esperar que continuase. Decidió que ese punto era exactamente donde él había detenido el «Renault». Salió del coche; hizo un gesto con la cabeza al grupo de aldeanos y abrió una de las puertas traseras para Dupont Goetz.

El subsecretario descendió, se enderezó la corbata, agarró firmemente la cartera e inició su camino gruñendo. Se situó frente al coche y contempló a los aldeanos que obstruían su camino. Estaban todos extrañamente vestidos, pensó, como guerrilleros, y armados.

—Deseo entrar en el pueblo para hablar con el alcalde —dijo, gravemente.

Toto Barbusse se rascó con el punto de mira de su escopeta la azul barbilla sin afeitarse y escupió en el polvo de la carretera antes de gruñir:

—No.

—Mire usted, amigo —dijo Dupont Goetz—. Es un delito obstaculizar a un representante del Gobierno en misión oficial.

—He dicho que nada de visitantes.

—¡Fuera de mi camino! —ordenó Dupont Goetz—. Tengo la intención de cruzar este puente.

Barbusse volvió a escupir. Uno de los hombres que le acompañaban rió disimuladamente.

—¿Cruzarlo? Yo que usted ni siquiera permanecería en él —dijo—. Podría resultar peligroso.

—Si se atreve usted a maltratar a un funcionario del Gobierno, será arrestado por ultraje, convicto y enviado por largo tiempo a la cárcel de Clermont-Ferrand —dijo Dupont Goetz, valientemente.

Barbusse dejó descansar su escopeta contra una piedra y se volvió hacia el grupo de hombres que estaban con él.

—De acuerdo, dámelo —dijo a uno de ellos. El hombre le tendió una caja grande. Barbusse se volvió hacia Dupont Goetz—. Esto, señor, es un dispositivo eléctrico producido en grandes cantidades para fines de demolición. Se trata de un detonador «Mark Siete». Observará que hay dos alambres conectados a la caja. —Dupont Goetz siguió con la mirada el recorrido del cable, que desaparecía en el borde del puente—. El otro extremo de los alambres está conectado a nueve libras de gelignita, adquirida de una manera totalmente legal para volar las raíces de los árboles del terreno. Exactamente dentro de cinco segundos accionaré el mando del detonador. El puente sobre el que están usted y su coche será destruido. Esto tendrá como consecuencia una de estas tres cosas: o bien saldrá usted por los aires, con la explosión, o se irá

abajo con el coche, o simplemente ambos desaparecerán.

—¿Cómo se atreve...? —empezó a decir Dupont Goetz. Detrás de él oyó el repentino portazo del vehículo y cómo el motor de éste se ponía en marcha. Se produjo un chirrido de neumáticos cuando las ruedas giraron sobre la superficie de madera—. Yo... Oirá usted hablar... —Dio la vuelta cuando Barbusse dijo—: Uno.

Se apresuró. Había cubierto ya veinte metros cuando la voz dijo «dos», y otros veinte cuando llegaba a «tres». Al oír «cuatro» se tumbó cuan largo era, detrás de una gran piedra en la cuneta. Sus manos, apretadas contra los oídos, le impidieron oír el «cinco», pero la explosión que inmediatamente siguió hizo volar su cartera valle abajo, aleteando como un cuervo herido. El suelo que sostenía la piedra se levantó. La roca se balanceó y rodó por la ladera. Guijarros y polvo se esparcieron por el aire. Sus oídos zumbaban. Finalmente, abrió los ojos.

La carretera terminaba unos pocos metros más allá. Pizarras y fragmentos de piedra seguían deslizándose montaña abajo. Los oyó golpear contra las rocas hasta caer en las aguas, allá abajo. Carretera y puente habían desaparecido. En el lado opuesto del abismo, la pista volvía a empezar, pero terminaba sólo unos pocos metros más allá, en una barricada de madera de roble bajo la fortificada entrada que daba al viejo pueblo. La gente de St. Pierre-des-Monts había destruido su carretera elevada, cerrando así las puertas de su fortaleza.

—Increíble —dijo el ministro—. Totalmente increíble. ¿Un levantamiento?

—Sí, indudablemente de inspiración comunista. Después de hacer volar el puente, se asomaron a las almenas y me arrojaron cosas —informó Dupont Goetz.

Recordó la visión de un orinal de plástico, recogido por el viento y derivando hacia él, vertiendo su contenido mientras llegaba...

—Pero, explosivos... Esto debe constituir seguramente un acto de extrema desobediencia civil. Pero ¿con qué fin? Se trata del pueblo del propio Almirante. Indiscutiblemente leal en el pasado. Todos ellos, votantes de derechas. Y el cura del pueblo está emparentado con el presidente... Su sobrino, creo. ¿Tienen algún resentimiento? ¿Hay algo que hayan estado pidiendo y que se les haya negado? ¿Podría tratarse de alguna forma de protesta?

—Difícilmente... —empezó Dupont Goetz—. Bien, quizá. Desde luego... la carretera. Tal vez hayan estado esperando una carretera.

—¿Una carretera?

—Ya tienen una, por supuesto, pero es sólo un camino de carros. Quizá quieran otra mejor. Con una superficie de *tarmac*.

—Diga a Clermont-Ferrand que envíen a un emisario —ordenó el ministro—. Que diga que el ministro ha decidido construirles una carretera nueva tan pronto como los aldeanos empiecen a comportarse otra vez como seres humanos sensatos. Y apresúrense a construirla. Es de la máxima prioridad. Hasta ahora, el presidente no ha

oído una palabra del asunto. Y la Prensa, tampoco. Queremos que todo esté resuelto antes de que lo consigan. ¿Comprendido?

Una hora y siete minutos más tarde, Dupont Goetz estaba de regreso en el despacho del ministro. Era una noche fría, pero Dupont Goetz tenía calor y sudaba.

—Clermont envió un emisario, como sugirió usted. Acaba de telefonar. No se trata de la carretera.

—¿No? ¿Qué, entonces?

—Nada —declaró Dupont Goetz con cansancio—. Tan sólo le dijeron groserías. Cosas desagradables y obscenas. Dijeron que no querían saber nada más de nosotros.

—¿Nada más?

—De ninguno de nosotros —confirmó Dupont Goetz, firmemente—. Ni de mi representante, ni de mí. Ni del alcalde de Clermont-Ferrand. Ni siquiera de usted, señor, y ni de su departamento. Dijeron que habían terminado con todos nosotros. Incluyendo a Francia.

—Es absurdo...

—Informaron de que sólo permitirían la entrada en el pueblo de un hombre.

—¿Quién?

—De *Monsieur le President*... el Gran Almirante Dordogne —respondió Dupont Goetz.

—Quiero hablar con el alguacil Chaminade —dijo la profunda voz al otro extremo del teléfono de Barbusse.

—¿No será usted, por casualidad, Dios Nuestro Señor? —preguntó Barbusse, prestando atención al aparato. Después de todo, pensó, se trataba sólo de la segunda llamada telefónica recibida en el pueblo desde hacía mucho tiempo, y era mejor ser cauto.

—No, no lo soy —dijo la voz—. Pero el alguacil Chaminade procurará comportarse como si de verdad lo fuera.

—Voy a buscarle.

Barbusse depositó el auricular y miró fuera del bar, a la plaza, donde el alguacil Chaminade estaba amonestando a dos niños del pueblo. Barbusse le llamó. Chaminade se acercó murmurando.

—Ahí —dijo Barbusse—. Al teléfono. Ponte el extremo plano en el oído, y el otro extremo, en la boca.

—Muy divertido —gruñó Chaminade. Dio un zapatazo y cogió el auricular—. Sí... el alguacil Chaminade al habla.

—Aquí el jefe de Policía —contestó una voz profunda.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el alguacil Chaminade.



—Exactamente —gruñó la voz grave—, el jefe de Policía, René Bouvier, *su Dios*, alguacil Chaminade. ¿Qué diablos ha estado pasando? ¿Por qué no ha estado usted cumpliendo con su deber, Chaminade?

Chaminade gruñó.

—Deber... desde luego... Me ocupo de todo. No hay crímenes... Veo que todo anda bien...

—Ahora preste atención, Chaminade. No estoy dispuesto a tolerar ninguna otra burla de la ley en su pueblo. Tengo un montón de cosas que decirle a usted, pero me las reservo para la entrevista personal que vamos a tener los dos en breve. Mientras tanto, quiero que los alborotadores del pueblo sean arrestados, y las puertas, abiertas para mis hombres cuando éstos lleguen por la mañana. ¿Lo ha comprendido, alguacil Chaminade?

—¡Sí, señor! —replicó Chaminade.

—Entonces, ¡corra a cumplirlo! —ordenó el jefe de Policía. Y colgó el aparato.

El alguacil Chaminade lo colgó a su vez y atravesó el bar.

—Quisiera un vaso de *brandy* —le dijo a Barbusse—. Después, me temo que tendré que detenerte.

—Entonces, págame primero —dijo Barbusse, sirviendo la bebida. Levantó la mirada del colmado vaso—. ¿Por qué vas a detenerme, esta vez?

—No estoy seguro —señaló el alguacil Chaminade, tratando de coger el vaso sin derramar el *brandy*—. Órdenes. El jefe de Policía dice que arreste a los cabecillas. Eso quiere decir a todo el consejo. Y dice que la Policía vendrá en masa por la mañana.

—¿Dijo eso? —Barbusse sonrió y se frotó las manos—. En tal caso dispondremos un buen recibimiento para ellos.

El alguacil Chaminade le miró aliviado.

—¡Oh, gracias, Barbusse! Durante unos momentos pensé que te irritarías. ¿Qué sugieres para una bienvenida? Una bandeja de tacos de jamón y una botella de buen vino podría ser acertado.

—Yo pensaba más bien en aceite hirviendo —gruñó Barbusse—. Quizás una ducha de plomo fundido desde las almenas. Perdóname. Tengo que ir a avisar a mi guardia.

Se abrió camino a través de la puerta de batiente situada al lado de la barra, y se quitó el delantal que llevaba sobre su uniforme de paracaidista.

—Estás bajo arresto —declaró el alguacil Chaminade—. Tú y los demás miembros del consejo. Voy a tener que encerraros a todos.

Barbusse le contestó por encima del hombro.

—Ya *estamos* encerrados. Nos tiene a todos encerrados en el pueblo. La puerta está atrancada.

Barbusse cogió las cartucheras del perchero y se las colgó del hombro. Luego se caló la boina en la cabeza.

—Supongo que tienes razón —dijo el alguacil Chaminade, mirando a Barbusse.

Arresto significa detención, y detención es restricción de paso. Barbusse estaba en verdad prisionero en el pueblo. Además de ello, el propietario del bar pesaba al menos cincuenta kilos más que el alguacil Chaminade. Desde cualquier punto de vista, pensó el alguacil, Barbusse estaba ya bajo arresto. Todo lo que se necesitaba era una nota de confirmación en su libreta. Siguió a Barbusse a la plaza, garabateando, mientras marchaba, una notificación oficial sobre la detención de todos los miembros del consejo.

Barbusse se detuvo en la terraza del bar, a la luz del sol. Parecía un ogro que acabara de salir de su castillo. Como cuestión de principio que él consideraba conveniente para una mejor guerra de guerrillas, no se había lavado ni afeitado durante la pasada semana. Ni tampoco había comido un solo plato en una mesa. En su lugar, llevaba ahora dientes de ajo, un poco de embutido y pan duro en los bolsillos de su uniforme, y los mordisqueaba cuando sentía hambre.

Metió el brazo a través de la bandolera de cartucheras y descansó la muñeca en ella como si fuera un cabestrillo. Esto formaba parte de una serie de características personales que había estado practicando como jefe de guerrilla, igual que mostrar los dientes al final de cada frase.

—¡Ah...! —gritó, adoptando una pose ampulosa—, ¡*mon colonel!* Vamos a ser atacados en breve. El alguacil Chaminade recibió una llamada telefónica de su jefe.

—Puede usted dejar de gritar —dijo el coronel Lorraine desde la mesita situada a sólo dos metros de distancia—. Mientras esté dentro del alcance de su ajo, esté seguro de que puedo oírle.

—Y yo también —dijo el padre Benoir, desde su silla al lado del coronel.

—¿Qué has dicho, Barbusse? —gritó Yves d'Arle desde el otro lado de la plaza.

El padre Benoir suspiró. Así eran sus hijos.

—Deduzco que la Policía va a visitarnos en breve —dijo el coronel Lorraine, mirando atentamente a Barbusse.

—Los aplastaremos, *mon colonel*. —Barbusse hizo girar los ojos y mostró los dientes—. No hace falta más que dé usted las órdenes.

—Barbusse —atajó el coronel Lorraine, fríamente—, la mera visión de su figura hace desagradable la idea de la guerra. Es una lástima que no pueda usted ser visto por toda la gente del mundo.

El padre Benoir rió. Barbusse sonrió, mostrando los dientes, vergonzosamente.

—¡Nada de matanzas! —sonrió el coronel Lorraine, relajándose un poco cuando la brisa de la plaza cambió de dirección y se llevó consigo el poderoso halo de ajo de Barbusse—. Limítese a situar a sus hombres en los muros. Haga una demostración de fuerza. Piense sólo en algo que pueda ahuyentar a la Policía... respire sobre ellos, por ejemplo. —El padre Benoir volvió a reír. El coronel Lorraine prosiguió—. Ellos no usarán tampoco la fuerza. Esto será un sondeo, un reconocimiento de fuerza, sólo para probar nuestras defensas. Nada de derramamiento de sangre, ¿me oye usted,

Barbusse?

—¿Ni siquiera algunos ladrillos pequeños, *mon colonel*?

—Sólo lo que sea necesario para derrotar a las fuerzas del Diablo —dijo el padre Benoir.

La sonrisa de Barbusse se ensanchó. Se quitó la boina y la agitó en el aire.

—¡Yiaeee...! —gritó—. Ah, *mon colonel*, tiene usted un buen ejército. Lucharemos contra las fuerzas del mal, como lo hicimos contra los británicos en Agincourt.

El coronel Lorraine le miró fríamente.

—Pero con más éxito, espero —dijo.

En el reverso del gran calendario de la pared del cuarto de Claire Laplace había una fotografía secreta. Era del padre Benoir. Había sido tomada durante una fiesta local del año anterior, y en ella aparecía un gran grupo de aldeanos, sentados en filas, varios en fondo, a ambos lados del joven sacerdote. Además, los aldeanos habían sido emborronados y eliminados así de la existencia, dejando sólo al joven cura sentado, mirando más bien embarazoso y solo, contra un fondo negro.

Claire miró cariñosamente la fotografía y suspiró. Suavemente, acarició con un dedo la cara del padre Benoir; luego le besó. Colocó cuidadosamente la fotografía en la repisa de la chimenea, de manera que el sacerdote tuviera una buena vista de ella. Entonces, lentamente, empezó a desnudarse. Cuando se hubo descornado la cremallera en la espalda de su blusa, se sacó ésta por encima de sus hombros, que acarició con manos expertas.

—Querido, querido Jules —dijo en voz baja—. Por el bien que vas a recibir, pueda el Señor hacerte realmente agradecido...

El Departamento de Súplicas se extendía desde una galería justo fuera de la *suite* de Dios, a mitad de camino hacia la eternidad, lo cual significaba cinco manzanas calle principal abajo. San Pedro se hallaba cerca de Dios y contemplaba en toda su amplitud el inmenso recibidor que contenía medio millón de mesas de clasificación. Nunca dejaba de asombrarse de la cantidad de trabajo despachado por ese Departamento. Peticiones, peticiones y peticiones, y no unas pocas quejas.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Dios.

San Pedro se encogió de hombros. Levantó un dedo. Inmediatamente, un agobiado oficinista extendió sus alas y acudió urgentemente a su lado.

El oficinista gorjeó un saludo.

—Sólo estaba mirando —dijo Dios—. Curioso. ¿Hay buenas súplicas hoy?

—Es la Pascua Florida, Señor. Estamos otra vez inundados. Siempre lo estamos. Terriblemente faltos de personal. Deberíamos llevar a cabo un programa de

contratación. La necesidad dobla el número de clasificadores. ¿Súplicas? Sí, por supuesto. ¿Buenas? ¿La Meca? ¿Lourdes? ¿Jerusalén? ¿Canterbury? ¿El Vaticano?

—¡No, no, no...! —interrumpió Dios—. Las súplicas de esos lugares son sólo algo más que circulares.

—Hay una de un lugar de Nueva Guinea... de un hombre llamado Okurokuro... pide una cabeza nueva... una que tenga cabello rubio largo. Dice que no es necesario que se la preparemos, ya que es muy experto. Arrancará los dientes y coserá los labios él mismo.

—Los humanos son repugnantes —dijo san Pedro.

—¡Los he hecho de todas clases! —gruñó Dios—. Ignóralo —dijo el oficinista—. Y, de momento, ignora también a los demás. De hecho, después del 14 de julio podréis cerrar todos los ficheros y mandarlos a otro lugar para quemarlos. Después de ese día concederemos nuestro interés sólo a las súplicas procedentes del pueblo de St. Pierre-des-Monts.

—¿St. Pierre-des? ¡Ah...! —exclamó el oficinista—. Eso me suena. Saint-Pierre... sí, esta mañana... Lo recuerdo con claridad... sumamente insólito, una súplica rara de una muchacha... una doncella.

—Eran bastante raras en mi tiempo —dijo san Pedro.

Dios le silenció con una mirada.

El oficinista gorjeó otra vez.

—Yo mismo la procesé. Parecía extraña. La archivé. En asuntos pendientes.

—¿Qué decía? —preguntó Dios con una voz en la que se delataba algo más que una pizca de impaciencia.

—Lo he olvidado... No; miento, lo recuerdo bien. Decía... Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Limítese al asunto —interrumpió Dios—. Sé bastante bien dónde me encuentro. ¿No?

—En una palabra, entonces —gorjeó el oficinista—. Al menos, en siete. *Quiere que su cura cuelgue los hábitos.*

—¿Que el cura cuelgue los hábitos? —repitió san Pedro, levantando las manos con horror—. Pero..., ¿acaso no sabes que no tenemos capacidad para hacer algo así? Nosotros hacemos sólo al hombre, no al sacerdote.

—¡Eh, eh! —exclamó Dios—. Ni siquiera Yo puedo comprender a las mujeres. Pedro, ¿recuerdas todos los problemas que tuvimos con Salomé? ¿Por qué piensas que esa mujer desea que el cura cuelgue los hábitos?

El oficinista estaba nervioso.

—Yo, bueno, creo que tiene algo que ver con las reglas sacerdotales. Creo que desea casarse con él.

—Que espere hasta después del diluvio —ordenó Dios—. Por lo que sabemos sobre las mujeres, esperar es bueno para ellas. ¡Colgar los hábitos, vaya!

Se dio la vuelta y regresó a su *suite*.

San Pedro guiñó el ojo al oficinista.

Barbusse hizo girar sus gemelos hacia la cresta de la Teta Derecha. Los picos, destacándose contra el cielo ocre, eran como dientes puntiagudos ribeteados de sangre. La banda de color crecía a medida que el sol brillaba sobre el horizonte. Barbusse dejó caer los prismáticos y se frotó los ojos, cegado por el súbito resplandor a través de las lentes.

—Vidrio ahumado —intervino el padre Benoir, juiciosamente—. Si quiere mirar al sol, tiene que ahumar las lentes primero.

—Gracias —dijo Barbusse—. Realmente no estaba contemplando el sol; sólo las montañas.

—Yo sí contemplo el sol —dijo el padre Benoir—. Casi cada mañana, cuando el tiempo es bueno, me subo al campanario. Es algo por lo que doy gracias a Dios cada día. Unos contornos tan hermosos. Semejante belleza, mientras se contempla el sol haciendo su ruta diaria por encima del valle. Ver cómo despierta el mundo. La aurora hace de los hombres poetas.

—Yo prefiero pasar la aurora en cama —sonrió Barbusse—. Y la cama hace incluso de los hombres mejores poetas. Además, algunos de nosotros raras veces nos acostamos antes de las dos o las tres de la madrugada. Un día debería usted tratar de regentar un bar, padre. Guardar a los espíritus es más difícil que guardar a las almas<sup>[3]</sup>.

—Y usted debería tratar de ser un sacerdote —sugirió el padre Benoir—. Me atrevería a decir que ambos aprenderíamos mucho.

Barbusse deseó que el padre Benoir estuviera en otro lugar. Por el rabillo del ojo había captado un movimiento en la habitación de Josephine. Se preguntó qué vería si utilizaba los gemelos en aquella dirección. Quienquiera que fuese, no sólo se levantaba con la aurora, sino también con Josephine.

—Hay algo allá abajo —informó el padre Benoir—. Polvo. Nubecillas rojas a la luz del sol.

Barbusse se llevó los gemelos a los ojos y enfocó la carretera en la lejanía.

—Camiones. Dos. ¡Eh...! Laplace. ¿Dónde está Henri?

—Se marchó a su panadería —respondió el padre Benoir—. Dijo que tenía que sacar el pan del homo.

—Se supone que debería hacer sonar la alarma —gruñó Barbusse—. ¡Vaya ejército!

Paseó su mirada por los muros. Frente a cada una de las almenas situadas sobre la puerta se acurrucaba una figura. Algunas estaban en sacos de dormir, otras iban cubiertas como árabes, con mantas. Barbusse observó la más próxima, y la despertó con los pies. La figura gruñó, gimió, luego bostezó y sintió un escalofrío.

—Despierta —dijo Barbusse—. Parece como si la batalla estuviera a punto de empezar.

—¡Santa Madre, estoy entumecido! —murmuró la figura.

Se estiró y se frotó los ojos.

—¡Apresúrate! —ordenó Barbusse—. Despierta a los demás.

Alphonse Joliot se esforzó por ponerse en pie, se despezó otra vez, sacudió al hombre de la siguiente tronera, luego se bajó la cremallera de los pantalones y empezó a orinar por encima de la almena.

—Deja de hacer eso —dijo secamente Barbusse.

—Por la mañana, a un hombre se le debe permitir que mee —dijo jovial Joliot.

—Ya lo sé —dijo Barbusse—. Pero no lo hagas, ahórratelo. Podría ser útil más tarde.

—Lo siento —rió entre dientes Joliot—, pero no desesperes. Quizá tenga algo mejor pronto.

Las nubes de polvo estaban más cerca. Ahora les resultaba ya posible a todos los defensores ver los camiones mientras saltaban sobre las piedras, roderas y baches. Barbusse podía distinguir al conductor del vehículo delantero agarrándose al volante mientras el saltarín vehículo trataba de expulsarle de la cabina. Podía imaginar a los hombres de su interior, sentados en dos torvas e incómodas filas, a ambos lados del vehículo. Había dos camiones. Por tanto, se trataba probablemente de veinticuatro hombres, más uno o dos oficiales.

—¡A las armas, a las armas! —gritó Barbusse cuando los camiones se detuvieron, a cincuenta metros de distancia del abismo.

Su equipo de defensa se inclinó sobre las almenas y observó cómo la Policía desmontaba. Cuando estuvieron formados en tres líneas, un inspector les ordenó que permanecieran en posición de descanso, y luego se volvió hacia el pueblo. Caminó a grandes y resueltas zancadas hasta el borde mismo del escarpado precipicio que daba al valle, y se quedó, con las manos en las caderas, contemplando a la figura sin afeitar que estaba sentada en el arco de la puerta, a unos cuantos metros de altura.

—Oiga usted. Sí, usted. Abra la puerta.

—No —replicó Barbusse—. Váyanse y déjenos en paz.

—Amén —añadió el padre Benoir, haciendo la señal de la cruz.

—¡Se están ustedes comportando de una manera estúpida! —gritó el inspector de Policía. Tenía que inclinarse tanto hacia atrás para ver a Barbusse, que el quepis se le cayó de la cabeza. Lo cogió, se lo puso y se lo volvió a caer cuando miró otra vez arriba—. Todo lo que quiero es hablar con su alcalde —dijo, al final—. O se me permite a mí entrar, o a su alcalde salir.

Barbusse sonrió.

—Ya puedo ver la dificultad en que se encuentra usted —gritó—. Si se acerca demasiado a nosotros, de manera que pueda oírnos, su gorra se le cae. Y si se va más lejos, es como si fuéramos sordos.

El inspector de Policía agitó el puño contra él.

Yves d'Arle acercó su cara a Barbusse y susurró algo.

Barbusse rió, y luego se volvió otra vez al inspector de Policía.

—Bien, seremos razonables. Supongamos que le permitimos a usted hablar con uno de nuestros venerables ciudadanos, a través de la cerradura de la puerta principal... ¿Le satisfaría eso? ¿Se marcharían ustedes luego y nos dejarían solos?

El inspector analizó la propuesta. Si se retiraba ahora, tendría que admitir un fracaso total ante sus superiores. Al menos, la entrevista sería algo concreto en su informe, que daría a éste un mejor aspecto. Se sujetó el quepis con una mano y torció la cabeza hacia atrás.

—No se lo prometo —gritó—, pero acepto la posibilidad de tener una discusión sensata.

—En tal caso, puede usted acercarse a la puerta —gritó Barbusse.

El inspector se volvió hacia sus hombres. Barbusse observó cómo éstos rompían filas y corrían hacia una de las vagonetas, para reaparecer momentos más tarde con una larga escalera de mano. La transportaron hasta el borde del abismo y la colocaron verticalmente. Resultaba evidente que no alcanzaría la altura de las paredes.

—Déjenla caer —ordenó el inspector, y Barbusse y los defensores de St. Pierre-des-Monts vieron cómo la escalera caía en un largo arco. Su extremo superior golpeó contra la puerta de roble. La escalera rebotó peligrosamente contra el estrecho saliente de roca, que era todo lo que quedaba del puente; luego se asentó en el polvo, formando un estrecho pasillo a través del precipicio. El oficial se adelantó y probó la escalera con los pies. Ésta se combó como un trampolín al soportar su peso.

—Ese hombre podría morir —dijo el padre Benoir.

—Sería sólo culpa suya, padre —gruñó Alphonse Joliot.

—No importa —dijo el sacerdote—. No quiero una muerte de esta naturaleza en nuestra conciencia. Arrójenle una cuerda como cabo de seguridad.

—Padre... —empezó a decir Barbusse.

—Una cuerda —insistió el padre Benoir—. ¡Espere! —le gritó al inspector—. Deje que le ayudemos.

Un delgado rollo de cuerda se desenrolló al ser lanzado desde la cima de las almenas al otro lado de la garganta. El inspector gritó un breve agradecimiento y se ató la cuerda a la cintura. Luego, usando los peldaños de la escalera como si se tratara de escalones de piedra, avanzó confiadamente hacia la puerta de roble.

Barbusse se arrodilló sobre el empedrado de la almena y acercó su cara a los canalones que los originales constructores del castillo habían pensado como tolvas para el plomo fundido. Apenas podía distinguir la figura del inspector de pie ante la puerta de roble, tratando de mantenerse en equilibrio en el estrecho borde que no tenía asidero alguno.

—Procure no reír —gritó Barbusse—. La sacudida del cuerpo podría hacerle caer. El quepis de abajo asintió.

—El ciudadano estará con usted dentro de un minuto.

El inspector oyó cómo las palabras resonaban a hueco desde los cuadrados



agujeros de las salientes almenas. Aplicó sus ojos a la cerradura de la puerta de roble y se echó hacia atrás con sorpresa. Vigilándole desde el otro lado había otro ojo. Se tambaleó para recuperar el equilibrio.

Arriba, Barbusse respiraba tan silenciosamente como podía para oír las palabras del inspector.

—Sean razonables —le oyó decir al hombre—. A fin de cuentas, ustedes son sólo un pequeño pueblo, y no pueden pretender desafiar a la autoridad de una nación entera. Es una cuestión de disciplina civil. Todo lo que se les pide es que permitan ustedes oficialmente la entrada y salida de St. Pierre-des-Monts.

Había largas pausas entre los diversos párrafos del discurso del inspector, mientras éste esperaba las contestaciones. No parecía llegar ninguna, por lo que Barbusse le oyó murmurar y luego exclamar, irritado:

—Sé que están ustedes ahí. Esta clase de comportamiento no contribuirá a arreglar las cosas.

—Inspector —gritó Barbusse a través del canalón—. ¿Puedo sugerirle una cosa? —El quepis asintió nuevamente—. Si desea usted una respuesta, háblele de cacahuetes. Es un poco excéntrico.

El quepis volvió a moverse. Barbusse oyó cómo un largo pedo desgarraba el tenue aire mañanero, y luego la familiar interpretación de *I'll kiss your little hand, Madame*.

Abajo se produjo un irritado movimiento.

—¡Muy divertido! —gritó el inspector—. Sólo querían ustedes hacerme perder el tiempo, y hacerme pasar por un estúpido.

El inspector de Policía se dio la vuelta cuidadosamente, hasta encontrarse otra vez encarado con la escalera. Caminó sofocado y con lentitud hasta encontrarse de nuevo al otro lado de la garganta. Luego se volvió para mirar a Barbusse y a los defensores que se encontraban de pie en las almenas, sonriendo.

—¡Lamentarán su acción! —les gritó, mientras su quepis estaba nuevamente a punto de caer—. Ahora es ya un asunto de los militares. Ellos no serán tan comprensivos.

Barbusse hizo un gesto obsceno con las manos. El inspector se dio la vuelta y dio una orden a sus hombres. Éstos retiraron la escalera y la cargaron sobre el camión. El inspector empezó a desatarse de la cintura la cuerda de seguridad. Cogió su quepis y dio un par de pasos hacia el camión. Se detuvo y pensó durante un segundo; luego dio otra vez media vuelta en dirección a las almenas.

—Les estoy agradecido por una cosa —gritó—. Que hubiera alguien de ustedes con la suficiente humanidad como para procurar al menos que no existiera ninguna posibilidad de un lamentable accidente. Gracias por la cuerda.

—No tiene por qué darlas, inspector —rió Barbusse—. De todas maneras, no la habíamos atado a ningún sitio.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó el padre Benoir.

Atisbo por encima de sus gafas los camiones de la Policía, mientras gemían los cambios de marchas a medida que los vehículos saltaban hacia atrás en dirección a la pista montañosa.

El coronel Lorraine dio vueltas a su bastón y miró a los aldeanos reunidos a su alrededor.

—Se puede adivinar. Primero seremos visitados por miembros de la Prensa. Resulta fácil pronosticar que llegarán en breve. Pueden estar ustedes seguros de que al menos uno de estos policías redondea su salario pasando información a los periodistas locales...

El alguacil Chaminade farfulló algo.

—Pero nosotros no queremos ninguna publicidad. Nos traería espantosos problemas —dijo el padre Benoir.

El coronel Lorraine se ajustó el monóculo.

—Vendrán. Nosotros los ignoraremos. Ninguno de ellos cruzará la sima.

—¿Y luego? ¿Qué pasará cuando se vayan? —preguntó Joliot.

—Sencillamente escribirán que algo está sucediendo en un pequeño pueblo francés. No tendrán nada que escribir, si nada saben. Y luego, seremos atacados.

—¿Atacados? ¿Seriamente atacados?

El padre Benoir estaba horrorizado.

—Sus fuerzas del mal, me temo, padre —replicó el coronel Lorraine—. Conociendo la mentalidad militar y la del Gobierno local, seguro que seremos atacados.

—¿Fusiles? ¿Tanques? ¿Bombarderos?

El coronel Lorraine sonrió torvamente.

—Lo dudo. Recuerden, éste es el pueblo del Almirante Dordogne. No, harán lo que haría yo si estuviera en su piel. Primero, una aproximación diplomática, la cual tuvimos ayer. Entonces, si eso fracasa, como sucedió, una pequeña demostración de fuerza, que es lo que acabamos de tener. Finalmente, los militares... escudos, caretas, cascos de acero, quizás incluso granadas de gases lacrimógenos. Esperarán que nos rindamos inmediatamente.

—Pero ¿por qué? —preguntó d'Arle—. No hemos hecho nada malo. No hay criminales aquí. No hay manifestantes. Esto no es un escondrijo para Martin Bormann.

El coronel Lorraine tosió.

—Lamentablemente, la autoridad es una pirámide. Y nosotros somos los ladrillos de su base. Si se nos permite apartamos, encima de nosotros se desprenderá un ladrillo, y luego otro y otro, hasta que la autoridad misma deje de existir. Es una desgracia, pero así es como pasan las cosas. Y, por eso, la autoridad debe oponerse a nosotros, por la misma razón que se opone a los *hippies* y a los inconformistas. Le gusta mantener seguros los ladrillos de la pirámide. Por desgracia para la autoridad de

todo el mundo, nosotros estamos en una buena posición para saber que su fin está llegando.

—¡Hay sólo una autoridad! —gritó el padre Benoir—. Y por esa autoridad superior es por la que yo debo luchar, por la que debemos estar todos preparados a luchar.

—Amén —concluyó Mortimer Moreau, el empresario de pompas fúnebres del pueblo.

Exactamente tal como predijo el alcalde, llegaron los periodistas. Subieron la montaña en una diversidad de vehículos, los estacionaron delante de la sima y gritaron preguntas a los que se encontraban en las almenas. Y, también como dijo el coronel Lorraine, esperaron, suplicaron, amenazaron y trataron de engatusar. Pero nadie les dijo más que monosílabos.

Teleobjetivos situados en las rocas bajo las murallas del pueblo tomaron un millar de fotografías de los defensores situados arriba. Unos pocos periodistas intentaron entrar en el recinto sobornando. Otros probaron diversos subterfugios. Ninguno tuvo éxito. A medida que la noche fue refrescando, montaron de nuevo en sus vehículos y se marcharon.

San Pedro agitó un fajo de papeles ante Dios.

—Estoy preocupado —dijo—. Es una cuestión de la futura población.

—¿Crees que es un problema? —preguntó Dios—. Deberías sentarte a este lado de la mesa. Mi problema es de despoblación. ¿Cuántos miles de millones de litros de agua se necesitan para sumergir Nueva York? ¿Y qué me dices de la altura sobre el nivel del mar de la ciudad de México? ¿Debería fundir uno solo, o los dos casquetes polares? ¿Necesito vastas tempestades eléctricas para engrosar las corrientes, o bastará con hacer tambalearse la vieja plataforma continental? ¿Tú tienes problemas? Muchacho, ¡*todo el mundo* tiene problemas!

—¿Sabía usted que hay menos de un centenar de personas en el pueblo que usted ha elegido? —preguntó san Pedro, levantando sus ojos, malhumorado—. ¿Y que, de todas maneras, la mayoría de ellas se aproximan al límite de la edad, por lo que a tener descendencia se refiere? Sus posibilidades de repoblar la Tierra son nulas, a menos que se produzca algún milagro.

—No digas necedades —interrumpió Dios—. Te estás dejando dominar por el pánico. Todo irá bien, tienes mi palabra. Ahora, deja de preocuparte, y ve a traerme una taza de café.

—Es perjudicial para sus nervios, Señor —dijo san Pedro.

Dios golpeó la mesa con la mano.

—¡Pedro! —rugió—. ¡Lo has hecho otra vez! ¡Me has negado!

San Pedro enrojeció y dio la vuelta para irse.

—No, espera, Pedro —dijo Dios con calma—. No te tortures; todo irá bien. He tomado mis medidas para que la población aumente lo más rápidamente posible.

—Gracias —musitó san Pedro.

—Buen muchacho —sonrió Dios—. Ahora ve y traeme esa bebida... Y recuerda, nada de azúcar...

Los ojos de cemento de la estatua del Gran Almirante Dordogne miraban ciegameamente a la habitación de Josephine. Barbusse dirigió su propia mirada hacia ellos y se encogió de hombros. Cogió el sostén con volantes de Josephine, se inclinó fuera de la ventana y lo colgó de la cara del Almirante, las correas sobre sus orejas, y las copas, como anteojeras, frente a los inquisitivos ojos.

—Así está mucho mejor —gruñó, volviéndose hacia Josephine, que estaba reclinada en su gran cama. Josephine puso mala cara. Barbusse se encogió de hombros—. Soy un hombre de gran modestia —informó a la mujer. Ésta alzó una ceja—. Lo que ocurre entre los amantes es un asunto de gran intimidad. No es para que lo vean ojos extraños —continuó Barbusse, desabrochándose el cinturón y abriéndose la bragueta con un brusco movimiento. Salió de una de las camufladas piernas, y se balanceó mientras se quitaba la otra.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo Josephine, cuando Barbusse empezaba a desabrocharse la camisa.

—Supongo que sí —admitió Barbusse, abandonando la operación, y dirigiéndose rápidamente a la cama. Josephine se hizo un ovillo en el lado opuesto de la cama, y subió las sábanas hasta la barbilla.

Barbusse apartó las ropas de la cama y trató de encaramarse a su lado. Ella le empujó con los pies. Él sonrió.

—¡Ah, mi gallinita! Esta noche tratas de lograr que Barbusse luche por su super...

Josephine frunció el ceño.

—Esta noche, mi Barbusse se va a ir a la cama hambriento.

Barbusse quedó intrigado.

—¡Hambriento...! Estás provocando a tu gran Barbusse. ¿Cómo puede un hombre fuerte como yo resistir sin su ración diaria?

—Vas a descubrirlo —dijo Josephine, recatadamente—. Te has estado aprovechando de mi generosidad durante demasiado tiempo.

—¿Yo? ¿Aprovechando? Pero...

Barbusse consideró la fila de botellas de la bodega de Josephine, que hacía aparecer su propio bar como mal suministrado.

—Me estás privando de afecto —dijo Josephine, arrojándose todavía más con las sábanas.

Barbusse farfulló:

—¿Privándote... de afecto? Pero, pero... aquí, cada noche... durante dos horas o más...

—Durante dos horas o más, gran payaso, desfilas delante de mí... deleitándote en mis reacciones... mientras que... para gustarte... yo me quedo hambrienta...

—Yo, ¿eh...?, bueno..., pero...

—Siéntate, Barbusse —ordenó Josephine—. Estás ridículo ahí, de pie, en camisa y calcetines. Ha llegado el momento de que tengamos una conversación sensata.

—¿Sí?

Barbusse se sentó pesadamente en el borde de la cama.

Josephine se incorporó, arreglando cuidadosamente las ropas, de manera que cubrieran todo su cuerpo, excepto la cara.

—He estado leyendo mi Biblia...

—Eso no quiere decir que no puedas jo... —empezó a decir Barbusse.

—Haz el favor de callarte —lo interrumpió Josephine—. La hora del castigo merecido está muy cerca...

—¡Oh, Dios mío! —gimió Barbusse—. ¿Te gustaría que me fuera y te hiciera una pancarta?

Josephine le silenció con una mirada fría y altiva.

—Te sientas en una cama, Barbusse, que ha soportado cuerpos de una aristocracia tal, que es una maravilla que no te coja personalmente por el cogote y te eche otra vez a la calle...

—¡Oh, Señor! —gruñó Barbusse—. Está poseída... Iré a buscar al padre Benoir...

—Estate quieto... —replicó secamente Josephine—. Barbusse, he pensado mucho sobre esto. Estás contribuyendo a mi eterna condenación tanto como cualquier otro...

Lo ojos de Barbusse se abrieron de par en par.

—¿Yo... bueno... lo estoy?

—Sí —respondió Josephine—. Si yo me encontrará vagando por un infierno eterno, perseguida por millones de demonios, tú, Barbusse, serías responsable.

—¿Yo? ¿Qué demontres he hecho?

—Has contribuido a mi caída.

—¿Caída, mujer? —Barbusse la miró frunciendo el ceño—. No te hecho nada que otros no hayan hecho. Quizá lo haya hecho mejor... y con más frecuencia, pero...

—¡Exactamente! Pero no tenías razón alguna para Hacerlo como lo hiciste.

—Pero... yo sólo lo hice norm...

—Tú eres soltero —dijo Josephine, bruscamente—. Los demás están casados. En su caso, es excusable. En el tuyo es deshonesto.

Barbusse trató de anticiparse a su razonamiento. No lograba comprender cómo

podía resultar deshonesto para un hombre soltero el dormir con Josephine, en tanto que afirmaba que era más aceptable que un marido pusiera cuernos a su mujer. Se encogió de hombros otra vez, con cara inexpresiva.

—Tú... sí, tú, Barbusse —dijo Josephine, acusadoramente—. Tenías que haberme pedido que me casara contigo.

—¿Casarme?

—Sí —declaró Josephine, firmemente—. Los demás no podían.

—Brillante... brillante razonamiento —suspiró el propietario del bar.

—De manera que, si voy al infierno, será por culpa tuya.

Barbusse se golpeó la sien.

—Te has vuelto loca —dijo—, completamente loca.

Josephine se bajó un poco las ropas hasta mostrar su pecho. Barbusse lo miró.

—Éste es mi pecho derecho —dijo la mujer.

—Conozco la diferencia entre una de tus tetas y una sandía —anunció Barbusse.

—Entonces procura recordar su imagen, porque va a pasar mucho tiempo antes de que la vuelvas a ver.

Josephine le dio la espalda.

«Piensa... —avisó el instinto sexual de Barbusse—. Piénsalo mucho antes de decir nada. Éste podría ser un largo y duro invierno..., y podía haber varios largos, duros y solitarios inviernos».

Barbusse se sentó y pensó.

—De acuerdo —dijo al final—. Me tienes sobre un barril de vino<sup>[4]</sup>. —Josephine volvió un poco la cabeza hacia él. Barbusse soltó un profundo suspiro—. Josephine... he decidido que ha llegado el momento de hacerte una...

Josephine chilló.

—No te atrevas... no te atrevas a decir lo que ibas a decir, o te arañaré en los ojos.

Barbusse tragó saliva. La gentil Josephine parecía haberse convertido en un gato salvaje. Volvió a empezar.

—Yo, bueno... ¡oh, Dios...!, ¿quieres casarte conmigo?

—No —respondió secamente Josephine—. Claro que no. Las mujeres de mi familia nunca se han casado.

—Entonces... pero..., ¿por qué?

—Tendré en cuenta el matrimonio —dijo Josephine—. Pensaré en ello... nada más.

—Entonces, ¿qué?

—Una mujer necesita tiempo para mentalizarse —dijo Josephine, con suficiencia—. Necesito mucho tiempo. Mientras tanto, como me has pedido que me case contigo, y yo lo considero una proposición seria, le concederé la correcta cantidad de atención. Estoy preparada para ser tu novia durante ese período.

Barbusse elevó su mirada hacia el techo.

—Muy juicioso —dijo, débilmente—. Ahora eres mi novia.

Josephine se dio la vuelta para mirarle. Sonreía.

—Por supuesto, tendré que renunciar a todos los demás...

—¡Desde luego! Tú serás mía y solamente mía. Y por lo menos tres veces al día...

—Sí, y me guardaré sólo para ti...

—Bien.

—Una novia tiene ciertos privilegios... superiores a los de las demás.

—Bien —dijo Barbusse otra vez, con voz cansada.

—Por tanto, puedes venir a la cama y aprovecharte de mi buena naturaleza —dijo Josephine, dulcemente.

Barbusse se puso en pie y empezó a desabrocharse otra vez la camisa.

—Me asombra que el Ejército nunca haya tenido en cuenta la posibilidad de usar una grabación de charla femenina en vez de bromuro —dijo, mirándose tristemente a sí mismo.

Había una sola cosa británica que le gustaba al Almirante Dordogne: cereales, *bacon* y huevos, tostadas, mermelada espesa, y té, para desayunar. Era un hábito que había desarrollado mientras se encontraba exiliado en Londres durante la guerra y, aunque le gustaba con locura su desayuno inglés, inevitablemente, le volvía malhumorado e intratable durante una hora.

—Indigestión —murmuraban sus colegas, sabiamente—. Una manera totalmente inadecuada de empezar el día.

En cierto modo tenían razón, pero no era el alimento lo que ponía de malhumor al Almirante, era que se sentía culpable de disfrutar con algo británico.

El escultor que había modelado la estatua en St. Pierre-des-Monts no sólo había sido un devoto admirador del Almirante Dordogne, sino también un adulator. Las orejas de la estatua eran prominentes, masculinas y de importancia. No obstante, en la vida real, y mirándole desde detrás, la cabeza del Almirante parecía una verdadera mariposa clavada. Cuando joven, sus orejas habían sido el blanco de muchas burlas en la Academia Naval.

—Jamás navegues por el océano Índico, guardiamarina Dordogne —le advertían sus compañeros de estudio—. Si te tropiezas con un remolino, se te desatornillará la cabeza.

El guardiamarina Dordogne había reído cortésmente, pero en su cabeza quedaron catalogados los nombres de sus atormentadores. Ahora, más de cuarenta años después, todos aquellos que estaban aún en el servicio se encontraban destinados en puestos especialmente desagradables.

Amanecía cuando el Gran Almirante penetró en la Sala del desayuno de sus apartamentos de París. Como de costumbre, llevaba despierto más de una hora, y se

había bañado y afeitado cuidadosamente. Ahora, vestido ya como si estuviera esperando una visita de otro jefe de Estado, se sentó elegantemente a la mesa y se enfrentó con su primera decisión importante del día:

¿Tomaría *cornflakes* o *porridge*<sup>[5]</sup>?

Junto a la mesa del desayuno había una larga mesilla con ruedas. Estaba situada exactamente a treinta y cinco centímetros de distancia de la mano izquierda del presidente. Sobre ella, en perfecta formación, había ejemplares de todos los diarios de Francia. Debajo, en otra estantería, según un orden de importancia decidido años atrás por el presidente, estaban los periódicos extranjeros.

El Almirante Dordogne levantó una ceja. La casi indetectable señal indicó a su camarera que había decidido tomar *cornflakes*. Cuando ésta hizo una reverencia y le alargó un tazón, el presidente extendió la mano, sin mirar siquiera, y cogió el ejemplar matutino de *Le Monde*.

«Los ejércitos se concentran en la frontera chino-rusa», leyó el Almirante. Conocía ya todos los detalles disponibles sobre ese asunto; de hecho, había estado hasta las dos de la madrugada discutiendo la posibilidad de que Francia ejerciera su mediación entre ambas naciones.

«Nueva prueba nuclear subterránea norteamericana». El Almirante sonrió. Tendría que elevar una protesta oficial sobre ello, ahora que había sido completada la propia serie de experimentos franceses.

«Los franceses ayudan a los indios hambrientos». El Almirante Dordogne asintió para sí. Él sólo había descubierto un camino para resolver sus problemas de población. Los funcionarios de su *Deuxième Bureau* habían mezclado píldoras anticonceptivas en forma de granos de arroz, junto con el millón de kilos de cereal despachados para el área damnificada. El Almirante era capaz de hacer eso con la conciencia limpia. Después de todo, los indios eran hindúes, no católicos.

«*Lock out* por parte del pueblo del Almirante». El Almirante masticó ruidosamente una cucharada de *cornflakes*. Era sorprendente cuánto amaba la Prensa y la totalidad del pueblo francés la comunidad en donde había nacido. Sin embargo, cuando él era un niño, ni un alma a quince millas de distancia sabía siquiera de su existencia. Sonrió. El viejo Lorraine. Un hombre fiel, Lorraine. Había demostrado ser un amigo leal y de confianza. Era una lástima que ahora estuviera retirado. «Fui insultado desde las almenas, afirma el jefe de Policía». La sonrisa del Almirante murió. Agarró el periódico con la otra mano y acercó más las noticias a su nariz. La leche de la cucharilla que sostenía empezó a correr por su manga hasta el codo, sin que se diera cuenta, y desde allí goteó sobre su traje azul.

Las orejas del Almirante Dordogne se encendieron hasta tomar un vivo color escarlata. Dejó a un lado el ejemplar de *Le Monde* y agarró otro periódico de la mesilla de ruedas. Recorrió la primera página con la mirada y luego lo arrojó al suelo irritadamente. La cucharilla de *cornflakes* fue a parar, con estrépito, contra un rincón.

El presidente cogió el teléfono y apretó un botón situado a su lado.



—¡Hola... hola! ¡Ah...! Duprès. ¡Buen Dios, hombre! ¿Ha visto usted los periódicos hoy? Mi pueblo. Una especie de revolución. ¿Lo sabía? ¡Oh, buenos días, *Madame Duprès*...! Sí, supongo que alguien podría considerar que es temprano. Duprès, ¡maldita sea!, vuelva al aparato... ¡Ah, Duprès! Venga aquí inmediatamente. Con una explicación.

El presidente arrojó con violencia el auricular.

—El sol brilla, los pájaros cantan y todo marcha bien en el pueblo —comentó el padre Benoir al alcalde, coronel Lorraine.

Los dos hombres se encontraban de pie en lo alto de la escalinata de la iglesia, contemplando cómo los obreros trabajaban en la plaza. A su lado, las palomas se pavoneaban y hacían demostraciones.

—Las mujeres me sorprenden —admitió el alcalde—. Mírelas. Todas con una cara sonriente... y con mal color. Las mejillas sonrosadas... quizá sea la luz del sol.

El padre Benoir sonrió.

—Incluso *Madame d'Arle*. Mírela... ¿Ha visto alguna vez que sus ojos brillaran así?

—Todavía más sorprendente —dijo el alcalde—. Aún no hace cinco minutos vi a *Madame Laplace* besar a Henri... es realmente la obra de nuestro amado Señor. Es un milagro.

—Las mujeres son el barómetro de Dios —sonrió el sacerdote—. Recuerdo que me habían dicho eso en el seminario: Observadlas, mientras pronunciáis vuestros sermones..., ¡pronto os harán saber si las cosas no marchan!

—Tiene usted una mentalidad madura —dijo el alcalde—, y eso le convierte en un líder juicioso. —Dejó de hablar, y escuchó un momento—. ¿Las oye reír y parlotear? Nunca había visto a las mujeres de este pueblo tan contentas.

—Es realmente la obra de Dios —confirmó el padre Benoir con felicidad.

—Es todo culpa tuya. —El granjero Joliot entró con fuertes pisadas en el bar de Barbusse a la hora del almuerzo, malhumorado y frunciendo el ceño. Se inclinó sobre el mostrador y miró fijamente la cara del barman—. Eres un asqueroso bastardo, Toto —añadió.

Barbusse parecía sorprendido.

—¿Yo... un bastardo? ¿Qué diablos...?

—Joliot tiene razón, para variar —intervino Yves d'Arle.

—Gracias —gruñó Barbusse—. Me arriesgo a organizar la defensa del pueblo y, de repente, soy la oveja negra local.

Henri Laplace deslizó su vaso vacío a través del mostrador para que se lo llenaran otra vez.

—Estoy sorprendido de que, en una época como ésta, tú, Toto, te hagas tu nidito a nuestras expensas.

—Sí, he tenido que joder con mi propia mujer —anunció Yves d'Arle, rotundamente.

Barbusse le miró frunciendo el ceño.

—¿Qué se supone que tengo que hacer... ayudarte a celebrarlo? ¿Pagar una ronda de bebidas? ¿Comprar cigarros para todos?

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Henri Laplace—. ¿Por qué piensas que estoy aquí, bebiendo? Estoy cobrando valor, porque el pensamiento de lo que voy a tener que hacer esta noche me ha estado atemorizando todo el día.

—Para mí ha sido peor que para nadie —se quejó el granjero Joliot—. Me he pasado toda la semana llevando mi rebaño al toro. Quince vacas esta mañana, gimiendo y quejándose de placer. ¡Dios!, eso me pone muy nervioso.

—¡Y tú me llamas a *mí* sucio bastardó! —exclamó Barbusse—. Tú eres sólo un pervertido *voyeurista*.

—Sería mucho mejor para todos nosotros que no volviéramos a hablar con Barbusse nunca más, en vista del hecho de que él mismo se ha colocado fuera del círculo de los amigos —dijo Henri Laplace.

Yves d'Arle volvió su espalda al bar.

—Estoy de acuerdo.

—Yo también —dijo el granjero Joliot—. A partir de este momento, Barbusse ha dejado de existir, por lo que a mí respecta. Sólo porque ha monopolizado el mercado de bollos, cree que es algo especial.

—¡Oh...! —gruñó Barbusse—. ¡De manera que es eso!

Pensó en la bandera fuera de la ventana de Josephine, que ahora ondeaba, permanentemente, en la cima del mástil, signo de que no estaba disponible. Había estado tan ocupado con sus propios problemas acerca del inesperado compromiso, que no se le había ocurrido pensar en sus efectos sobre los demás hombres del pueblo. Suspiró.

Joliot gruñó y luego eructó.

—Por lo que a mí se refiere, Barbusse se ha ido y se ha ahorcado. Está muerto... enterrado. No volveré a pronunciar su nombre.

—Será como si nunca hubiera estado aquí —sentenció Henri Laplace con firmeza.

Barbusse echó mano otra vez de la botella.

—¿Le interesa a alguien tomar una copa gratis con el no-existente Barbusse? —preguntó.

—Sí —respondieron simultáneamente los tres hombres.

La cubierta de la carlinga de plástico era larga y estrecha, y el sol abrasaba a

través de ella, convirtiendo su interior en un invernadero en miniatura. Morry Cohen se enjugó la cara con el revés del guante y dirigió su mirada a la parte posterior de la cabeza del piloto. Morry podía ver brotar los bigotes de ambos lados del casco de vuelo. Se pusieron rígidos y vibraron cuando el piloto habló por el intercomunicador.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó la voz metálica.

—Periodista —dijo Morry—. *La Estrella Matutina de David*.

La aeronave osciló violentamente, resbaló y, con una sacudida, recuperó su estabilidad.

—Lo siento —dijo el piloto—. Me emborraché la noche pasada. El espectáculo aéreo. Siempre me emborracho en los días así. Todos lo hacemos. Son condenadamente aburridos.

—¿Aburridos? —preguntó Morry.

—Como llevar a niños a montar en burro... —El avión cayó veinte metros—. Bolsa de aire... esta vez; no ha sido el licor. ¿Es buen asunto el periodismo?

—Quizá, si no se trabaja para el mío y coge uno un periódico que no esté dirigido por mi tío.

—El mismo problema que yo... negocio familiar. Mala cosa.

—¿Es eso un negocio familiar?

—Más o menos —dijo el piloto—. El jefe del Mando de Combate y mi madre... ya sabe. —Movié la cabeza—. Me coloca en una situación única. Supongamos que usted quiere ir más de prisa que el sonido, y toda esa palabrería. ¿Unos pocos toneles y rizos, quizá? ¿Destruir uno o dos carros de granja?

Hizo deslizarse el aparato en una tremenda zambullida, que clavó el estómago de Morry contra su espina dorsal y le obligó a tragar saliva para destaparse el oído.

—¡Eh...! —protestó Morry.

—¿Le gusta? —preguntó el piloto.

Su voz parecía sorprendida. La aeronave viajaba ahora invertida, y cuando Morry levantó la cabeza, pudo ver la distante tierra encima de él. El sudor le corría ahora por la cara.

—Un buen truco —continuó el piloto. Volvió a enderezar el aparato y lo elevó hacia el cielo, casi verticalmente. El motor empezó a tartamudear—. ¡Maldita sea! —masculló el piloto—. Si lo hago bien, puedo lograr que el motor suene *ibom, tiddle, bom-bom... bom-bom...* antes de pararlo del todo. Quizás hemos pillado un gorrión o algo así en el reactor.

El morro de la nave se hundió. Morry tuvo la desagradable sensación de que todo iba por mal camino. El piloto permitió que el avión continuara cayendo hasta que consideró excesiva la zambullida; entonces se recuperó el motor, y el piloto aceleró hasta un nivel de vuelo, no sin antes efectuar una serie de toneles de victoria.

—Me siento... —empezó a decir Morry.

—Supuse que podría ocurrirle —llegó la voz del piloto—. Pero hará que se enfaden todos los técnicos, si lo está. Odian tener que limpiarlo todo después.

¡Malditos espectáculos aéreos! Yo habría estado en St. Tropez con mi pajarita hoy.

—¿Dónde...? —balbuceó Morry.

—Saint Trop... ¡oh!, ¿quiere usted decir *eso*? Hay un compartimiento junto a su oreja izquierda. La palanca blanca... hay una bolsa de papel en él. Yo mantendré el autobús a niv...

Morry alargó la mano ciegamente y tiró de una palanca. De haber mirado, se habría dado cuenta de que era roja.

Se produjo una gran explosión sobre su cabeza, y la mitad posterior de la cubierta de la carlinga salió disparada. Una anteojera de tela cayó bruscamente sobre la cara de Morry, y se oyó otra explosión, esta vez debajo de él. El viento chilló a su lado y trató de arrancarle los brazos de los hombros. Dio una vuelta de campana hacia atrás.

—¡Alto... alto! —trató de gritar a través de la tela—. Dijo usted que lo mantendría a nivel... ¡Oh, Dios mío!

Se produjo una sacudida tan fuerte, que parecía como si hubiera sido golpeado bajo su asiento por un martinete. Fue en un momento sacudido, retorcido y zarandeado. La anteojera de tela fue arrancada. El ruido murió... todo el ruido, excepto un suave gemido del viento. Morry abrió los ojos...

Y soltó un chillido...

No había piloto alguno frente a él, y ningún avión a su alrededor. Miró hacia abajo, y se sintió aliviado al ver que aún estaba en su asiento. Sin embargo, debajo de éste, sólo había nubes. Sacudió la cabeza y miró hacia arriba. Allí, hinchándose, y con una apariencia casi sexual, había un enorme y blanco paracaídas.

Contento, el padre Benoir se sentó en los escalones de la iglesia y miró la achatada popa del arca. Se alzaba verticalmente ante él como una enorme pared de madera. No podía ver la proa desde donde él estaba sentado, puesto que el casco se extendía diagonalmente a través de la plaza del pueblo hasta la esquina donde se hallaba el bar de Barbusse, pero sabía que incluso desde la parte delantera el vehículo tenía el mismo aspecto: achatado, como una ancha caja de madera.

Eso era extraño, pensó el padre Benoir. No se parecía en nada al arca que siempre había imaginado que construyera Noé. No tenía afilada proa que cortara las caudalosas aguas...

Sin embargo, el padre Benoir no cabía en sí de gozo. Ya no quedaba mucho trabajo por hacer. Escuchó con gesto feliz el sonido hueco que hacían los hombres al golpear con los martillos mientras trabajaban en los camarotes y los establos de los animales dentro del casco.

—¡Alabado sea el Señor! —murmuró el padre Benoir, alzando sus ojos al cielo. Su boca se abrió, se cerró y volvió a abrirse. Un extraño sonido salió de ella.

—¿Anda algo mal, padre?

La voz de Yves d'Arle denotaba preocupación.

El joven sacerdote parecía presa de una convulsión. Renunció a hablar y apuntó hacia arriba, con un dedo tembloroso.

Los ojos de Yves d'Arle siguieron la dirección indicada, y se ensancharon por el asombro. Pero se recuperó rápidamente y corrió a la plaza.

—¡Invasión, invasión! ¡Paracaidistas!

Algunos segundos después su grito fue recogido y repetido por todo el pueblo. Mujeres y niños afluyeron a las calles y miraron hacia arriba.

Conteniendo el aliento los aldeanos contemplaron cómo el paracaidista se balanceaba hacia la Teta Derecha, era cogido en una corriente de aire caliente y se balanceaba otra vez en dirección contraria, hasta que pareció mecerse sobre el centro mismo del pueblo.

—¡Dios mío! —gritó Barbusse bajando los prismáticos—. Desciende en un sillón. Nosotros jamás usamos nada parecido.

—Soldados de tiempo de paz —gruñó el coronel Lorraine—. Y deje de gritar, Barbusse. Límitese a capturarlo cuando aterrice.

Barbusse agarró una pica de los armeros que había colocado en las escaleras de las almenas.

—Espere un momento —ordenó el coronel Lorraine—. Lo quiero vivo... Barbusse.

Barbusse asintió y, de mala gana, bajó la punta de la pica.

Morry ya no se sentía enfermo. Sin embargo, ahora tenía hipo. Se había acostumbrado al suave movimiento de descenso del paracaídas, y estaba incluso empezando a disfrutar un poco de la sensación. Había pasado, estremeciéndose, a través de una delgada capa de blancas nubes, y había quedado bastante sorprendido al descubrir el pueblo debajo de él. Al principio, pensó que se estrellaría contra tino de los picos montañosos cercanos, pero ahora resultaba evidente que aterrizaría en el poblado. Se preguntó dónde: había algunos tejados de aspecto nada confortable, con sus altos caballetes debajo de él... aproximándose con lo que parecía una velocidad creciente.

Había un ataúd en la plaza del pueblo, observó. A primera vista parecía un ataúd de tamaño normal, rodeado por casitas en miniatura. Luego fue creciendo hasta adquirir proporciones monolíticas, emparedado entre unos edificios de tamaño normal.

Se preguntó si el objeto formaría parte de una cabalgata histórica. Morry se encogió de hombros. Uno nunca sabía, con las pequeñas comunidades montañosas... hombres-lobo, vampiros y monstruos. Los aldeanos eran muy supersticiosos.

El ataúd se iba acercando más, al igual que el tejado embaldosado de rojo situado directamente debajo de Morry. Trató de retorcerse, en un intento de evitarlo. Estaba preguntándose qué más podía hacer, cuando lo golpeó. Afortunadamente para él, lo

que golpeó las baldosas fue sólo el armazón del asiento eyector. Pegó un brinco y prosiguió su trayecto hacia abajo, mientras el paracaídas arañaba el borde del edificio. Se produjo como un borroso movimiento alrededor de él. Todo pareció ocurrir al mismo tiempo. Su asiento golpeó con ruido sordo en una plaza empedrada, se balanceó un poco, pero permaneció erguido y el paracaídas se asentó lentamente a su alrededor, como una tienda blanca.

—Está ahí, en algún sitio —dijo una voz.

—No lo toquéis, podría estallar. Podría ser una trampa —dijo otro.

Morry sintió que le hurgaban en el pecho con algo afilado.

—¡Soy periodista...! —gritó a través de los pliegues de tela—. *Estrella Matutina de David*. Ayúdenme. He caído de un avión.

Alguien levantó el borde del paracaídas.

—Salga —ordenó Barbusse, pinchándole con la pica—. Un falso movimiento y le convertiré en un colador.

El paracaídas fue arrancado completamente. Y Morry Cohen se encontró allí sentado entre los aldeanos, como un pálido rey en su trono.

—Esto... esto... y esto —dijo Toto Barbusse. Arrojó un puñado de pertenencias de Morry a un montón de madera situado frente al coronel Lorraine—. Y... —añadió de modo terminante— este carnet de Prensa. —Se volvió hacia Morry, al que sujetaban por los brazos Yves d'Arle y Alphonse Joliot—. Supongo que pensará que ha sido muy inteligente al entrar en el pueblo de esta manera.

—Eso no establecerá ninguna diferencia —dijo Yves d'Arle fríamente—. Será usted expulsado, como los demás.

—Sólo que quizá lo echemos por las almenas —dijo Joliot.

El coronel Lorraine examinó el carnet de Prensa, y la estilográfica y contó el dinero suelto.

—¿Nada más? —preguntó a Barbusse.

—Eso es todo lo que tiene. —Barbusse miró de nuevo al periodista—. Tiene usted mucha suerte —le dijo—. Como exparacaidista, yo iba a atravesarle cuando usted aterrizó, pero aquí el alcalde... me detuvo.

—Gracias —dijo Morry.

—No le dé las *gracias*: probablemente quiere matarle él mismo —intervino Yves d'Arle.

El coronel Lorraine fulminó a sus hombres con la mirada.

—Barbusse —dijo—, llévele abajo, al calabozo. Enciérrelo. Hablaré con el padre Benoir y decidiremos qué hacer con él.

—¿Calabozo? —protestó Morry—. ¿Llevarme a un calabozo? ¿Por qué un calabozo, por el amor de Dios...? Déjenme ir... ¿Dónde está mi carnet de Prensa? Esperen a que el sindicato oiga hablar de esto. Mi periódico tendrá algo...

Su voz se fue haciendo más y más distante a medida que era llevado, medio auestas, medio en volandas, por Joliot y d'Arle. Barbusse les siguió, pinchándole ocasionalmente en el trasero con la pica.

El coronel Lorraine les observó marchar. Luego meneó su cabeza lentamente.

—¡Eh... suéltense el brazo... la pierna! —protestó Morry, cuando le empujaron a través de una estrecha puerta y le arrastraron hacia abajo por un serpenteante tramo de oscuros escalones de piedra. Uno de los hombres encendió una luz eléctrica.

—Aquí —dijo Barbusse.

Abrió de un puntapié una gruesa puerta de madera, con una pequeña reja de hierro cerca de la parte superior. La habitación situada al otro lado de la puerta resonó huecamente. Los hombres dieron a Morry un empujón en la región lumbar, y él se encontró dentro, tambaleándose.

—Nunca podréis escapar de eso... —empezó a decir Morry.

—Usted tampoco —cortó secamente Barbusse—. Este lugar tiene seiscientos años de antigüedad. Las paredes tienen diez metros de espesor. Está a ocho metros bajo tierra, y debajo de un castillo... Aquí, hasta las ratas suplican que las dejen salir.

La puerta de la celda fue cerrada de golpe. Morry oyó los pasos de los hombres que subían la escalera; luego se dio la vuelta y miró a su alrededor. El calabozo estaba iluminado por una sola bombilla amarilla, colgada de un hilo, en una esquina. No había mesas, taburetes, ni siquiera camas. Pero en medio de la habitación, oscuro, sucio, herrumbroso, aunque todavía siniestro, había un potro medieval de tortura.

—¡Dios mío! —jadeó Morry.

—Más visitantes, *mon colonel*. ¿Podré disparar? —gritó Barbusse desde lo alto de su puesto de vigía, encima de la puerta.

El alcalde, coronel Lorraine le miró incrédulamente.

—¡Claro que no, idiota! —respondió.

—¡Oh, Dios! —suspiró el padre Benoir—. ¿Cree usted que estamos en aprietos?

—Me temo que debemos esperar dificultades de alguna especie, *mon père* —dijo el coronel Lorraine—. Esto son sólo los gritos antes de la batalla. Más pronto o más tarde tendremos que luchar.

—Las fuerzas del diablo son implacables —dijo el padre Benoir.

El alcalde asintió.

Se oyó otro grito procedente de la almena.

—¡Es un ministro! —bramó Barbusse—. Dice que quiere hablar con usted. Y puedo ver también al alcalde de Clermont-Ferrand.

El coronel Lorraine subió las gastadas escaleras. Andaba algo corto de aliento cuando llegó a la cima y miró por encima del muro al grupo de personas que se

hallaban de pie al otro lado de la sima.

Uno de los hombres se cubrió los ojos y miró hacia arriba.

—¿Es usted el coronel Lorraine, el alcalde?

—Sí —respondió el coronel Lorraine.

—Bien. Yo soy Gaston Duprès. Vengo de París... De parte del propio presidente... para decirles que deben ustedes abrir inmediatamente sus puertas y empezar a comportarse como cualquier otro pueblo francés.

—Lo siento, es imposible —replicó el coronel Lorraine—. Tenemos asuntos privados aquí y no deseamos ser molestados.

—¿Qué clase de asuntos privados?

—Los nuestros —contestó el coronel Lorraine.

—Los pueblos no pueden tener asuntos privados —gritó el ministro—. Tengo las órdenes más estrictas posibles con relación a ustedes si se niegan a cooperar inmediatamente.

El coronel Lorraine se irguió todo lo que le fue posible:

—¡*Liberté, Fraternité, Égalité!* ¿Es posible que la gloriosa revolución se haya deteriorado y que los derechos de los individuos ya no sean respetados?

—Palabras —contestó Duprès—. No ponemos en duda los derechos de los individuos. Ponemos en duda los derechos de su pueblo a cerrar las puertas a las autoridades civiles.

—Tratamos sólo de guardarnos —explicó el coronel—. Hasta el momento no hemos hecho nada, excepto exigir nuestro derecho a la intimidad. Cada uno de nuestros ciudadanos expresa el mismo derecho.

—La intimidad individual es respetada —gritó el ministro, con voz cada vez más ronca—. Pero la intimidad colectiva no es un derecho individual. Debemos recordar que una comunidad es no sólo un pueblo, sino Francia entera. Nuestro amado país no es sino una comunidad ampliada.

—Lo siento —contestó el coronel Lorraine—. No estamos de acuerdo. Todo lo que pedimos es que nos deje solos. Estamos metidos de lleno en algo de vital importancia para nosotros y el futuro de Francia. Por eso es por lo que deseamos permanecer aislados.

—¿Es su última palabra?

—Absolutamente.

—Entonces deberán pagar las consecuencias de su acción. Y, como militar, debe darse usted cuenta de que un motín sólo puede terminar de una manera.

—Sí —replicó el coronel Lorraine—. *Vive la France!*

Gritó las últimas palabras aún más gravemente, y luego saludó. Dio la espalda al grupo de abajo y se marchó.

—Ya se van, *mon colonel* —informó Barbusse.

—Volverán. La próxima vez, para un asalto —dijo el coronel—. Me temo que ahora debemos prepararnos.



Los hombres situados a su alrededor asintieron. Barbusse sonrió con su mueca de guerrilla.

Asombrado, Morry Cohen miró su reloj. Le llevó algunos momentos conseguir acomodar la vista. Se quedó sorprendido al comprobar que llevaba encerrado sólo media hora.

Volvieron a oírse ruidos de pisadas en la escalera de piedra, afuera; luego, el cerrojo fue abierto y penetró Barbusse en la habitación.

—Tome —dijo, alargándole una botella y un paquetito a Morry—. Vino y un bocadillo.

—Gracias —dijo Morry.

Ahora que su estómago se había asentado, tenía hambre. Abrió el paquete. Suspiró. ¡Qué día! Un viaje de pesadilla en un avión de combate pilotado por un maníaco con resaca. Un despegue a gran altura. Una terrorífica nueva entrada. Un accidentado aterrizaje en territorio hostil. Amenazado por un arma mortífera. Luego, encarcelado en un auténtico calabozo infestado de ratas y que contenía un potro de castigo en un estado de conservación demasiado bueno. Y ahora esto: ¡Un bocadillo de jamón! Sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo, devolviendo el paquete—. No me lo permite mi religión.

Barbusse encogió sus fornidos hombros.

—Guárdelo —dijo, arrojando el bocadillo sobre el potro—. No estoy seguro de si nos preocuparemos de traerle nada más.

—¡Por el amor de Dios! —protestó Morry—. ¿Por qué me tienen aquí? ¿Por qué no me dejan salir? Les prometo que no les causaré problemas.

—Para ser un condenado, gasta usted mucho tiempo hablando —dijo Barbusse—. Si yo fuera usted, emplearía mis horas finales pensando en una buena última petición.

—Carne de vaca salada. Demasiada carne de vaca salada, la noche pasada, seguida de demasiado movimiento esta mañana. Es una pesadilla lo que estoy teniendo. Quizá mi café de la mañana llevaba LSD. Estoy sólo sufriendo un mal «viaje».

Morry se golpeó la cabeza con las manos.

—Cuidado —advirtió Barbusse—. Si se hiere usted mismo, me acusarán de haberle maltratado. Ya tuvo usted bastante suerte de no romperse la cabeza contra el arca, cuando aterrizó.

—¡Oh, sí! —murmuró Morry—. *Tengo* suerte. ¿Arca...?, ¿qué arca?

—El *arca* —repitió Barbusse—. La que se está construyendo en la plaza.

—Lo sabía —gruñó Morry—. Tiene que ser el ácido. Estoy soñando que he sido transportado al antiguo Israel. Así que... el hombre alto, con el monóculo... ¿es Noé?

—No, es el coronel Lorraine, el alcalde.

—Ya pensé que no tenía cara de judío como para ser Noé —dijo Morry—. ¿Dónde está el viejo? Se pondrá de mi parte; soy uno de sus descendientes.

—Creo que tiene usted conmoción cerebral —dijo Barbusse, lanzándole una

mirada furiosa. Sujetó la cabeza de Morry contra la luz y atisbo en sus ojos—. Es casi seguro que tiene algo estropeado en la cabeza. Probablemente algo relacionado con el estúpido paracaídas que usó. Yo prefiero los del tipo antiguo. Mucho más seguros. Al menos, uno aterriza sobre los pies y no sobre el trasero.

—¡Estoy loco! —dijo Morry, alegremente—. Eso es, demente. He quemado mi ortodoxa mente. Estoy en el antiguo Israel, en los días de Noé, y ellos creen que mi paracaídas eyectable no es tan bueno como el que ellos usan. ¡Ja, ja... ja...!

—¡Basta! —ordenó Barbusse—. Ya tenemos bastantes problemas con la Policía y todo eso, sin contar estúpidos periodistas fastidiándonos. Pensé que, como el Almirante Dordogne nació aquí, sabrían todos ustedes más cosas de sus habitantes.

—¿Almirante Dordogne? ¿El presidente, el Gran Almirante Dordogne? —preguntó Morry—. ¿Éste es su pueblo? ¿St. Pierre-des-Monts?

—Desde luego, éste es el maldito pueblo de St. Pierre-des-Monts.

—Empecemos por el principio —dijo Morry. Dio la vuelta al potro hasta ponerse frente a Barbusse—. Esto es St. Pierre-des-Monts... ¿Sí? De acuerdo... y el presidente de Francia es todavía el Almirante Dordogne, ¿no? De acuerdo otra vez. Y ustedes están construyendo un arca... un gran arca para navegar... ésa que parece un enorme ataúd.

—¿Ataúd?

Ahora le tocó a Barbusse el turno de mostrarse sorprendido.

—Sí, eso es lo que parece desde el aire. No faltan más que cuatro enormes candelabros.

—¡Maldita sea... ese bastardo de Moreau! —empezó a decir Barbusse.

—¿Y por qué están ustedes construyendo una gran arca? —interrumpió Morry.

—Porque tenemos que... bien, porque Dios dijo que lo hiciéramos. Porque es mejor que ahogarse cuando lleguen las aguas.

Morry le miró fijamente.

—Están ustedes locos —dijo—. Deberían ponerles una camisa de fuerza. ¿Y cuándo van a venir las aguas?

—El catorce de julio... sábado —dijo Barbusse.

Morry levantó sus cejas con simulada exasperación.

—Todo ocurre en el Sabbath —dijo—. Es todo muy instructivo: el pueblo del gran Almirante construyendo un arca porque cree que llegarán las grandes lluvias dos días antes de las elecciones nacionales. ¡Eso es un signo de confianza en el Almirante, si es que alguna vez he visto uno! Esto es condenadamente mejor que la historia que me disponía a escribir sobre las Fuerzas Aéreas francesas.

Barbusse levantó un grueso dedo índice frente a la cara de Barbusse.

—¡Ahhhhh! Pero ésa es precisamente la razón por la que le mantenemos a usted aquí abajo. No va a escribir usted nada. Seguirá siendo un secreto bien guardado. Y por eso estamos dispuestos a mantener a la gente fuera... —su voz se tomó amenazadora— o a mantener encerrados a los que entren.

—Quiero ver a un rabino —dijo Morry—. Es mi derecho. ¿Es usted católico romano? Desearía ver a un sacerdote. Yo también, a uno judío. Y... además... puede llevarse su maldito bocadillo. Es un insulto religioso, y quisiera recordarle que yo soy una minoría... y las minorías están protegidas. Insisto en que me traigan un tazón de sopa de *lokson*.

—No está usted de suerte —sonrió Barbusse—. No tenemos rabinos aquí, ni ése lo-lo-que-sea. Y, por lo que a nosotros respecta, es usted uno de la mayoría. De manera que su jamón o nada. Sírvese usted mismo.

Se dio la vuelta dirigiéndose hacia la puerta.

—¡No se vaya...! —Morry se deslizó por detrás del potro y agarró a Barbusse por el brazo—. Sáqueme de aquí; no me entrometeré... Yo, bueno... no haré nada. Y ayudaré en la construcción del arca.

—Lo siento —dijo Barbusse. Empujó a Morry suavemente y cerró la puerta. El cerrojo se corrió de nuevo. La cara de Barbusse apareció en la reja—. Le enviaré a alguien con un poco de queso dentro de una hora o dos. ¿Pueden comer queso los judíos?

La brisa matutina era fría. Barbusse iba dando puntapiés a las almenas, mientras balanceaba los brazos cruzándolos sobre el cuerpo y se golpeaba los muslos con las manos para darse un poco de calor. Llevaba bien encasquetada la gorra, así como un pedazo de red de camuflaje que, en calidad de bufanda, le envolvía la parte baja de la cara.

«Beber un poco es agradable —cantó—. Beber un poco es una cosa estupenda, con tal de que no termine uno bajo la mesa».

Su respiración aparecía como una ligera niebla surgiendo a través de la red que le cubría la boca.

—Ha amanecido, Barbusse —gruñó el alguacil Chaminade, desde su hueco en la pared exterior.

—Has perdido el tiempo en la rama uniformada de la Policía. Con un sentido de deducción tan brillante, habrías sido un buen detective —dijo Barbusse, mirando de reojo hacia el bulto de jerseys de lana que le había dirigido la palabra.

—Es jueves, de manera que vuelvo a estar de servicio dentro de media hora —continuó Chaminade—. ¿Os dais cuenta? Me habéis hecho trabajar fuera de mis horas de servicio.

—De servicio, fuera de servicio —repitió Barbusse—. Tú nunca has estado de servicio. Quiero decir *realmente* de servicio. No puedo acordarme de la última vez que hubo un crimen aquí. —Hizo una pausa—. ¡Oh, sí... ahora recuerdo! Arrestaste a *Madame* d'Arle por borrachera y desórdenes, hace siete años, en Navidad. Y fue un error. Jamás ha bebido desde la noche en que perdió su virginidad. Y eso debió de ser allá a comienzos de siglo.

El fardo de jerseys se alzó y se lanzó contra Chaminade. Éste, con cara irritada, de pie y con los viejos jerseys formando un montón junto a sus botas, dijo:

—No hay crimen, *Monsieur* Barbusse, *porque* yo estoy aquí. Y porque soy consciente... hago mis patrullas con regularidad... escribo mis informes. Por tanto, su intento de calumnia ha sido un cumplido.

—¡Uh! —resopló Barbusse, volviendo a golpearse los muslos con las manos—. Antes de que abandones este servicio, antes de que estés de servicio en otra parte, baja al calabozo y trae al prisionero para que haga un poco de ejercicio.

Chaminade dio la vuelta para marchar, murmurando. Pegó un puntapié a sus jerseys hacia el rincón en donde había estado dormitando, y se dirigió hacia las escaleras del parapeto.

—¡Eh... eh..., Toto! —gritó una voz.

Barbusse se dio la vuelta. Arriba, en el puesto de vigía sobre la puerta principal, la figura de Alphonse Joliot agitaba las manos vigorosamente. Barbusse le devolvió la señal.

—¡Eh...! —gritó Joliot, una vez más, con una voz que la brisa atiplaba—. ¡Mira! —Señaló a la lejanía—. Algo... sube... la... carretera.

Barbusse agarró los prismáticos, apoyó los codos en la pared de la almena y fijó su mirada hacia donde apuntaba el brazo de Joliot. Al principio no pudo ver nada. Luego, algo grande y sólido apareció en la carretera, dando bandazos en el lejano horizonte. Barbusse mantuvo los gemelos durante otro segundo, y luego se dio la vuelta, inclinándose sobre la pared interior. Abajo, junto al arca, transportando una caja de judías en lata, estaba Laplace.

—¡Henri! —gritó Barbusse.

Henri Laplace miró hacia arriba, sorprendido.

—Henri... ¡Apresúrese, por el amor de Dios! Vaya y diga al coronel que vienen... tanques... un montón de ellos. Parece como si nuestra guerra fuera a empezar.

Morry Cohen estaba ya despierto cuando Chaminade irrumpió en el calabozo. Había estado yaciendo en el potro de tortura, contemplando el alto techo abovedado, preguntándose cuántos hombres habrían examinado su arquitectura desde el mismo malsano punto de vista.

—¡Levántese, levántese, prisionero! —gritó Chaminade, sin respiración—. Los militares están llegando... tanques... vamos a tener una guerra.

—Gracias por decírmelo —replicó Morry—. Pero preferiría quedarme en el potro. Parece más seguro.

—¡Arriba, arriba, es la hora del ejercicio! —ordenó Chaminade—. Si se niega, tendré que arrestarle y encerrarle por obstaculizar a un oficial de Policía en el cumplimiento de su deber.

Morry no pudo seguir la lógica del argumento del alguacil, pero se balanceó poniéndose en pie.

—¡Rápido... fuera, fuera! —insistió Chaminade—. *Tiene* usted que hacer ejercicio. Son las reglas.

Morry sostuvo la puerta abierta para que pasara el alguacil, y le siguió por las serpenteantes escaleras hasta las almenas.

—¡Aquí... coja esto! —bramó una voz en el oído de Morry cuando éste salió al aire libre. Le metieron en las manos una larga pértiga. La miró. Era una pica. En mitad del mango, que tendría al menos cinco metros de largo, colgaba un antiguo tapiz en calidad de bandera de batalla. Morry parpadeó y se preguntó qué técnica recomendaría un defensor medieval para detener a un vehículo blindado. Tiró al suelo la pica y observó, estupefacto, la increíble escena que se desarrollaba ante él.

—¡Uno, dos, tres... tirad! —gritó el hombre que el día anterior le había arrestado. Cinco aldeanos colgaron el peso de su cuerpo de un ancho cabrestante que combaba el largo y carcomido brazo de una gigantesca catapulta. En una cuchara situada en el extremo había un pedazo de roca que pesaría al menos cien kilos.

El almenado muro de la muralla, que daba al valle, parecía estar vivo, con un regimiento de locos aldeanos que llevaban piochas, ballestas, toscas espadas, guadañas y picas. Una muchacha joven, riendo tontamente, transportaba un cubo de basuras hacia una abertura. Morry se hizo a un lado apresuradamente cuando el cubo vertió algo de su contenido sobre el empedrado.

—¡Ah...! —gritó Barbusse, viendo a Morry por primera vez—. No se quede ahí mirando. Si quiere una buena historia, agarre usted mismo una ballesta.

—Antiguamente, siempre colgaban a los defensores de las ciudades capturadas —replicó Morry—. Me declaro neutral. Y no...

—¡Hombres... mis bravos camaradas... endureceos...!

La imperativa voz del hombre alto, de barba blanca, que llevaba el anticuado uniforme de coronel de los espahís, interrumpió la respuesta de Morry. Los defensores aldeanos cesaron en sus apresurados preparativos y se quedaron de pie, en silencio. Morry pudo oír el tintinear de las medallas en el uniforme del coronel cuando el viejo soldado se irguió. Su barba y bigote estaban encerados y erguidos, y llevaba encajado el monóculo en un ojo que parecía mirar a cada individuo de las almenas.

—Ha llegado la gran hora de nuestra batalla —declaró.

El coronel hizo una pausa. Se daba cuenta de que en aquel momento necesitaba algo conmovedor. Algo que convirtiera los corazones de ratón en dragones sedientos de sangre. Trató de recordar alguna arenga que un guerrero antiguo hubiera usado con éxito.

—¡Napoleón! —gritó—. En la víspera de la batalla de Waterloo. Dijo... —el coronel volvió a hacer una pausa—: «Una vez más en la brecha, queridos amigos, una vez más<sup>[6]</sup>». El coronel ahuecó el pecho y efectuó una profunda respiración. Sus

ojos brillaban ligeramente. «O cerrad la pared con los ingleses muertos...» — Levantó un brazo y apuntó hacia arriba—. «Cuando el estallido de la guerra suene en nuestros oídos, imitemos la acción del tigre; endurezcamos los nervios, evoquemos la sangre, disfracemos la naturaleza suave con rabia de expresión dura; entonces prestemos a los ojos un aspecto terrible... apretemos los dientes y aspiremos profundamente. ¡Adelante, adelante, vosotros, los más nobles franceses... y enseñadles cómo guerrear! Y vosotros, soldados, cuyos miembros fueron hechos en Francia, mostradnos aquí... que tenéis el valor de vuestra casta. El juego está en marcha, seguid lo que os dicte vuestro espíritu, y en esta carga gritad: ¡Dios por el padre Benoir, por St. Pierre-des-Monts y Juana de Arco!» —Hizo una pausa. Su ejército le contemplaba.

Joliot dio un codazo en las costillas de Yves d'Arle.

—¡Viva! —gritó—. Ha sido una buena interpretación.

D'Arle vitoreó. Algunas de las personas de más edad que estaban observando se unieron a él.

—¡A las almenas! —rugió el coronel Lorraine.

Desenvainó el sable y corrió hacia el muro, con tintineo de espuelas. Su ejército le siguió.

—¡Buen Dios! —exclamó Morry Cohen.

—Exactamente —dijo una amable voz a su lado. Se trataba del joven sacerdote que Morry distinguiera el día antes mientras le soltaban las correas del paracaídas—. Y así, otro David desafía a Goliath...

—Lamento tener que recordárselo —dijo Morry—. Pero David fue de los nuestros, no de los suyos.

—¿Nuestros? —preguntó el padre Benoir.

—Un judío... yo soy judío.

—¡Ah, sí! —exclamó el padre Benoir—. El prisionero. Buenos días... —Le alargó la mano. Morry la estrechó. El padre Benoir sonrió—. Una fría mañana, aunque buena para los asuntos del Señor.

—Es probable que muera un montón de gente. ¿Son éstos los asuntos del Señor?

El padre Benoir meneó su cabeza, tristemente.

—Es la voluntad de Dios —dijo—. Venceremos. Venceremos. Venceremos en cualquier batalla contra la represión, por la simple razón de que tenemos a Dios de nuestra parte. Los demás no lo tienen. Dios no puede perder. Por tanto, tampoco nosotros.

—Mucha gente podría morir por esa especie de razonamiento —dijo Morry—. Pertenezco a una raza que sabe mucho sobre tener razón, y sigue muriendo.

—Noé debió de sufrir una oposición similar, pero triunfó en lo que Dios quería que hiciese.

—Pero todo el mundo cree que está sirviendo a la voluntad de Dios. Los alemanes, los japoneses. ¿Y qué me dice de los árabes, y el Vietcong, y los

norteamericanos? Todo el mundo tiene razón en la guerra. No obstante, mueren.

El padre Benoir le miró fijamente.

—Quizá no comprenda usted porque no milita en nuestra fe. Dios nos dijo lo que deseaba que hiciéramos, y lo estamos haciendo. Sea como fuere, todos los demás van a morir. Quedaré gratamente sorprendido si la totalidad de mis feligreses del pueblo sobrevive para viajar en el arca. La primera arca albergó sólo a ocho personas, y aunque hemos recogido provisiones para todo el pueblo, es posible que el buen Dios esté proyectando que se salve el mismo número otra vez.

—¡Pero eso es espantoso! —exclamó Morry—. Significa que continuarán la lucha hasta que quede sólo un puñado de personas.

—Si es necesario, haremos exactamente lo que tenemos que hacer. Dios habrá tomado sus disposiciones para aquellos que mueran haciendo su obra. Imagino que se convertirán en santos menores; ángeles, quizás. Ahora tiene que perdonarme —añadió el padre Benoir—. Quiero rezar durante la batalla. De esa manera, apporto mi granito de arena.

Barbusse iba y venía por la almena a medio paso detrás del coronel, que seguía blandiendo el sable.

Morry observó que Joliot trataba de forzar el rígido mecanismo de acero de una vieja ballesta.

Morry atisbó por encima de las almenas y tragó saliva. Abajo, en la carretera que conducía al abismo, había una columna de vehículos pesados, blindados. Tanques ligeros y transportes de tropa se hallaban diseminados por la rocosa planicie situada junto a la pista. Las tropas estaban ya alineadas por secciones, con sus fusiles automáticos cruzados sobre el pecho. En una formación rocosa, a sólo unos centenares de metros de la puerta del castillo, Morry pudo distinguir a un equipo de hombres reunidos en torno a una ametralladora pesada.

—Apuntad cuidadosamente —oyó Morry que ordenaba el coronel—. No disparéis hasta que dé la orden. Esperad a que carguen; entonces haced de cada disparo un blanco.

«Este hombre está loco», pensó Morry. Una simple salva desde los tanques, y poco quedaría de la fortaleza... y menos aún de sus defensores. Se oyó un ruido metálico cuando el granjero Joliot consiguió tensar su arco. Morry le vio encajar la saeta y apuntar al tanque más próximo.

Llegó un agudo silbido procedente de un lejano altavoz de uno de los vehículos, y luego resonó una voz al otro lado de los muros. La voz rebotaba por el valle contra las montañas, y regresaba, confundiendo las palabras y haciendo difícil su comprensión.

—¡Rendicioaaaaoón inmediaooooaata... taaon sólllo unaoooo hoaeera...! —gritó el altavoz. El eco repitió el ultimátum.

—¡Montad la segunda catapulta! —gritó Barbusse.

Morry vio cómo los brazos de la máquina de asedio, cargados de rocas, se



combaban a medida que los hombres hacían girar los cabrestantes de madera.

—¡Listo, Barbusse! —gritó Pierre Flambert, el tendero. Tocó una de las cuerdas con el borde mellado de un hacha de guerra.

El padre Benoir se puso ante sus aldeanos. Levantó su mano derecha en un gesto de bendición y empezó a hablar.

—*Vox populi, vox Dei...*

—¡Malditos locos! —murmuró Morry.

El teléfono vibró con tanta fuerza, que casi se escapó de la mano del ministro.

—¿Qué dice que ha hecho? —rugió el aparato.

El ministro Duprès tartamudeó:

—Mandé las tropas, *mon president*.

—¿Tropas... ejército? —chilló el teléfono—. Es usted un lunático homicida. Es un pueblo francés lo que está usted amenazando con la aniquilación, no un puñado de guerrillas de montañas asiáticas. Y, lo que es más, es *mi* pueblo, ¡maldito imbécil! ¿Qué clase de reelección cree usted que conseguiré si permito el exterminio de mi propio pueblo? Eso no es una acción presidencial, es el acto de un dictador. Le advierto... —la voz se tornó fríamente amenazadora—. Le haré a usted responsable, si alguno de mis aldeanos sufre algún daño. Detenga a esas tropas ahora, y *Monsieur Duprès*, haría bien en rezar por que no se haya disparado un solo tiro. Y tenga mi helicóptero dispuesto para un despegue inmediato.

—Sí... sí, *mon president*.

—¡Cinco minutos! —gritó Barbusse.

Morry miró al padre Benoir. El sacerdote estaba ahora de nuevo en las almenas, pronunciando una bendición. Los hombres, en sus troneras, escuchaban. Abajo, en la plaza junto al arca, las mujeres del pueblo se preparaban para curar a los posibles heridos. Morry vio a una de ellas enrollando una larga tira de blanco vendaje.

Barbusse volvió a consultar su reloj. La línea mortífera formada por el ejército de asedio estaba casi lista.

—Cuatro minutos.

El murmullo en latín del padre Benoir se hizo más grave. Morry Cohen corrió hacia él y le sacudió el hombro.

—¡Por el amor de Dios, deténganse! Deténganse antes de que sea demasiado tarde. —El padre Benoir le ignoró—. ¡Coronel... coronel! —gritó Morry. El coronel le miró fríamente—. Coronel, abra las puertas. Ordene a sus hombres que arrojen esas estúpidas armas. Todos morirán...

El coronel Lorraine le volvió la espalda al periodista.

—Haría mejor en callarse —advirtió Flambert—. Si sigue haciendo tanto ruido,

dispararé contra usted mi primera salva de piedras.

—Tres minutos... —avisó Barbusse.

—Comprueben sus armas —gritó el coronel Lorraine.

Se produjo un ruido de madera y acero cuando los hombres cumplieron sus órdenes. Flambert se colgó el hacha del hombro, lista para seccionar la cuerda de la ballesta.

—Dos minutos... —la voz de Barbusse sonaba grave.

—Coronel..., ¡por el amor de Dios! —suplicó Morry—. Al menos ponga a sus hombres a cubierto. Cuando el bombardeo comience, estas paredes no podrán detener nada.

El coronel Lorraine siguió ignorándole.

—Un minuto para llegar a cero. —Barbusse, con voz ronca, empezó a contar los segundos. Morry contempló a los inmóviles soldados más allá de las almenas—. Ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero...

Después de cero se produjo un extraño silencio, mientras los hombres esperaban. Nada sucedió.

Tampoco sucedió nada durante el siguiente cuarto de hora. Las tropas situadas abajo permanecían en posición, inmóviles, como ignorados jugadores de ajedrez.

—Debemos de habernos vuelto invisibles —dijo el alguacil Chaminade—. O eso, o Dios los ha transformado en estatuas de sal. Vestidos todavía con sus uniformes, desde luego.

—¡Silencio en las filas! —ordenó el coronel—. Todavía pueden atacar. Están esperando el momento en que no estemos preparados.

Flambert bajó su hacha. Sus brazos estaban rígidos a fuerza de sostenerla por encima de su hombro.

Se oyó un vibrante sonido musical en la almena.

—¡Merde! —gruñó Joliot—. La cuerda de mi ballesta se ha roto.

—Se mueven —advirtió el coronel Lorraine—. ¡Preparados!

Los hombres se irguieron, aunque resultaba difícil ahora recuperar el sentido de urgencia perdido. Allá en la distancia, detrás de los tanques que cubrían la pista tan lejos como era posible ver hasta llegar a una curva en la rocosa carretera, un grupo de hombres avanzaban con decisión. Los defensores vieron a una figura encaramada en una clase especial de tanque que parecía llevar adherido a él un trozo de carretera. El tanque se movía lentamente hacia delante, y el hombre subido a él se balanceaba, con las piernas fuera.

—La primera oleada —avisó el coronel Lorraine—. Un instalador de puentes. —Volvió a blandir el sable—. Apuntad cuidadosamente y aguardad mis órdenes.

Una docena de ballestas apuntaron a la figura que oscilaba ligeramente mientras el tanque seguía su camino.

Había algo mayestático en la actitud del oficial enemigo de abajo, desafiando abiertamente a los defensores. El coronel Lorraine empezó a sentir una sensación de

incomodidad. Se resistía a dar la orden de fuego. El tanque se detuvo al borde de la sima. Se oyó un zumbido. La sección de puente siguió moviéndose suavemente hacia delante, incluyendo a su inmóvil pasajero, para extenderse, a través de la garganta hasta la puerta de roble.

—¿Ahora? ¿Ahora, *mon colonel*?

Flambert esgrimió su hacha de guerra. El coronel Lorraine ni siquiera le oyó.

Abajo, por primera vez, el hombre situado sobre el puente portátil levantó la cabeza y miró hacia las almenas. Habló con calma, y en tono vigoroso.

—Lorraine..., ¡basta de juegos! Abra las puertas y déjeme entrar. Quiero compartir una botella de su excelente vino.

El coronel Lorraine dio un taconazo, y el monóculo se le clavó profundamente en la mejilla.

—Sí, *mon admiral, mon president*. Inmediatamente.

Los aldeanos permanecían silenciosamente formando una compacta multitud cuando se abrieron las puertas para permitir la entrada del Almirante. Las puertas chirriaron, y el Almirante Dordogne penetró a través de la abertura. Los aldeanos se separaron para dejarle pasar, y se volvieron a juntar cuando estuvo dentro. Le siguieron hasta la plaza, donde el alcalde, coronel Lorraine, ahora de pie, esperaba nerviosamente.

El Almirante Dordogne tendió ambos brazos mientras seguía avanzando. Golpeó con afecto al coronel Lorraine en los dos hombros simultáneamente. Luego le atrajo hacia sí, abrazándole y besándole en ambas mejillas.

—Amigo mío... mi fiel, leal amigo —dijo el Almirante gravemente. La multitud de aldeanos aplaudió. El Almirante Dordogne soltó al coronel, y entonces le tocó el turno al padre Benoir. Le sonrió de una forma plástica y benévola, que le recordó al joven cura la expresión de su madre cuando olía un tazón de leche cortada—. ¡Ahhh! —exclamó el Almirante Dordogne tendiendo ambos brazos al padre Benoir—. Nuestro hombre de Dios. El sacerdote de la familia. Eres todavía un niño, muchacho. —Sujetaba ahora al padre Benoir con ambas manos en sus hombros—. Parece que hace sólo unos días cuando visitaba a tu madre y te llevaba a pasear por el jardín sobre mis hombros.

—Sí, tío —replicó el padre Benoir, embarazoso.

—¡Ah, sí! —La sonrisa del Almirante desapareció, y luego volvió a aparecer más plástica que nunca—. Recuerdo que tus pantalones estaban húmedos también entonces.

El padre Benoir frunció ligeramente el ceño, pero el Almirante le soltó rápidamente y se volvió para saludar a los aldeanos. Éstos le vitorearon de nuevo. Se volvió hacia el coronel y le rodeó el hombro con un brazo.

—Un buen verano —dijo—. Un tiempo agradable. Seco. Bueno para las cosechas.

Condujo al coronel hacia la oficina del Consejo y no hizo ningún comentario sobre las jaulas y corrales de animales con que se iban cruzando al pasar. Aparentemente, no se dio cuenta de las pilas de provisiones, columnas de toneles, montones de madera y la mezcla de extraños olores. Y sus ojos ni siquiera una vez se desviaron hacia la enorme construcción de madera, aunque se estrecharon ligeramente al pasar ante su propia estatua y descubrir que había sido cegada por un sostén de encaje. Se preguntó a quién pertenecería la ventana del primer piso.

En la puerta de la oficina del Consejo soltó al coronel, se inclinó para no rozar el dintel, y penetró en su interior. El coronel Lorraine y el padre Benoir le siguieron. Los miembros del Consejo se apiñaron, ruidosamente, detrás de ellos.

—El vino, padre —gritó Barbusse, por encima del clamor—. Voy a traer un poco.

El Almirante Dordogne se quitó el gorro militar y lo colgó pulcramente del

respaldo de la silla del alcalde en la sala del Consejo. Se sentó cuidadosamente y estiró sus largas piernas debajo de la mesa. Indicó con un brazo las otras sillas, y el coronel Lorraine y el padre Benoir se sentaron.

—Y ahora —dijo el Almirante Dordogne, cruzando sus brazos sobre el pecho, y adoptando una actitud de profesional que atiende a un enfermo—, supongo que me lo contarán todo.

La razón principal del éxito del Almirante Dordogne como líder era su capacidad de resistir la tentación de tomar decisiones antes de estar en posesión de todos los datos disponibles. De manera que permaneció silencioso durante toda la explicación... la primera, luego la segunda y, finalmente, la tercera explicaciones. Pero tampoco entonces emitió ninguna opinión. Simplemente dio una palmada, se puso en pie y volvió a colocarse el gorro.

—Hummm... —dijo—. Me gustaría echar un vistazo al pueblo.

Apuró el vino de su vaso y se volvió hacia la puerta.

Como de costumbre, *Bozio*, el babuino, colgaba de las barras superiores de su jaula de madera. Esperó hasta que el Almirante estuvo sólo a pocos metros de distancia, y entonces se soltó un pedo. Su esfintérica música desgarró el respetuoso silencio de los aldeanos.

El Gran Almirante Dordogne se detuvo y miró al babuino. Éste descendió un poco por los barrotes, volvió su purpúreo trasero hacia el Almirante y soltó otra ventosidad.

—¡Asombroso! —exclamó el Almirante—. Había oído hablar de este animal, pero el último lugar en que podía esperar encontrarle es aquí.

—Quiere una nuez, *mon president* —dijo Barbusse, excusándose.

—Lo que necesita es un tapón —contestó el coronel Lorraine, frunciendo el ceño.

—Babuinos, camellos, pollos, perros, cerdos, caballos, patos... —El Almirante Dordogne caminó a lo largo de la batería de jaulas. Permanecía de pie, alto, con sus manos cogidas por detrás—. Zorras, cabras, conejos y liebres... ah, sí, un tejón... y, ¡buen Dios! ¿Qué es eso? —dio un golpe a una cesta de mimbre con una rodilla.

—Serpientes —informó el padre Benoir—. No todas las serpientes son como la del Antiguo Testamento. Son criaturas de Dios como el resto de nosotros.

—Hummm. —El Almirante se dio la vuelta y echó una larga ojeada al costado del arca—. ¿Y ellos... los animales... irán todos dentro? ¿Y las personas también?

—Todos —dijo el padre Benoir.

El Almirante Dordogne recordó las fotografías aéreas y la extraña forma del arca.

—¿Quién la diseñó? —preguntó.

—Parte del diseño interior es mío, *mon president* —le contestó el coronel

Lorraine—. Pero el casco y la construcción son obra de *Monsieur* Moreau...

—Nuestro empresario de pompas fúnebres —añadió el padre Benoir.

—Es un diseño apropiado —dijo el Almirante, categóricamente.

—Díganos, Almirante —prosiguió el coronel Lorraine—. Usted es un gran marino, un experto: ¿podrá flotar?

El Almirante Dordogne avanzó hasta el costado del arca. Lo golpeó con sus nudillos.

—Parece buena madera —declaró. Volvió a golpear el costado del arca. El apagado ruido se oyó claramente mientras ellos esperaban a que el Almirante volviera a hablar—. Los árboles flotan —continuó—. No hay duda de que esto también lo hará. Puede, desde luego, flotar cabeza abajo, o de lado. Incluso de popa, pero flotará... —Hizo una pausa—. Aunque no irá a ninguna parte.

—¡Ah, sí! —exclamó el padre Benoir—. Pero debe usted recordar que se supone que no vamos a ninguna parte. Sólo hacia arriba con las aguas, y luego abajo, cuando éstas desciendan.

—Cuando hay grandes masas de agua —dijo el Almirante Dordogne, firmemente — se producen olas. Y debo advertirles que si la masa de agua es lo bastante grande como para cubrir toda la Tierra, se producirán olas de enorme tamaño. Las olas pueden fácilmente hacer zozobrar una nave de tan inocente diseño.

—Pero tenemos a Dios que cuida de nosotros —replicó el alguacil Chaminade.

—Sí, Él es nuestra protección —añadió el padre Benoir—. Dios se preocupará de que no nos ocurra nada.

—¡Deja de manipular los controles! —ordenó Dios—. ¡Ya has hecho que la imagen se mueva otra vez!

—Estoy tratando de darle el color adecuado —dijo san Pedro—. Nunca ha vuelto a ser el mismo desde que permitió usted que aquellos querubines vieran el partido de Francia contra Inglaterra en Twickenham<sup>[7]</sup>.

—¡Ah! —gruñó Dios—. Así está mejor; ahora déjalo estar... mira... ¿quién es ése?

—El Almirante Dordogne —replicó san Pedro.

—Es increíble —suspiró Dios—. Me hace sentirme sumamente incómodo. El parecido, quiero decir. ¿Crees que estamos emparentados?

—Parece probable —contestó San Pedro—. Creo que tiene otras características divinas.

Dios miró intensamente a la cara de san Pedro.

—Por un momento pensé que estabas aludiendo a los defectos. —Volvio a mirar el monitor—. Tiene garbo, debo reconocerlo. Un porte impresionante. ¿Te das cuenta del efecto que produce? Casi podría sentir celos. Estoy tentado de salvarle.

—Si las circunstancias fueran al revés, tal vez él no se portaría tan generosamente

—sugirió san Pedro, inclinándose para bajar el volumen. La voz del Almirante Dordogne resonaba en el despacho de Dios.

Dios se encogió de hombros.

—Incluso suena como yo. Interesante... ¿te das cuenta de que lo que dice no es lo que está pensando?

—Cree que todos están locos —reconoció san Pedro—. Pero les está siguiendo el juego. Porque... espera... sí, porque... ¡caramba!, porque cree que son una pandilla de cerdos ignorantes, y que, de todas maneras, pronto se demostrará que todos están equivocados.

—¡Extraordinario! —exclamó Dios—. Pero estas personas son los cimientos de su propuesto imperio. ¡Qué maldito es!

—Pero usted piensa lo mismo acerca de las especies más pequeñas de vida sobre la Tierra... hormigas, insectos... bacterias. Le he oído a usted clasificarlas como los cimientos de *su* mundo —dijo san Pedro, acusadoramente.

—¡Pero yo soy Dios! —tronó Dios—. ¿Quién diablos se cree que es ese Almirante Dordogne?

—El problema, aquí —dijo el Almirante Dordogne, paseando su mirada por las caras que le rodeaban— consiste en su negativa a aceptar la autoridad...

—No exactamente —intervino el padre Benoir—. No... —Levantó la mano cuando el Almirante abría la boca para continuar—. No... por favor, tío... *mon president*, debo hablar como representante de la Iglesia aquí en el pueblo. Nuestro rechazo de la autoridad nada tiene que ver con ello. Simplemente queremos protegernos, los elegidos de Dios, de los que están afuera... No, no, por supuesto que no de usted. Pero hay muchos que querrían burlarse de nosotros, que dificultarían nuestro trabajo. El cerrar las puertas constituyó una necesidad.

—Había alternativas —dijo el Almirante.

—Sí, podíamos haber luchado —intervino el coronel Lorraine—. Con las pocas armas que poseemos.

—¿Ballestas? —preguntó el Almirante Dordogne.

—La gloria de Francia fue promocionada antaño por ballestas —observó el padre Benoir—. Tío... bueno... Almirante, nosotros somos los elegidos de Dios. No individualmente, por supuesto... ¿No lo ve? Dios ha elegido a Francia para continuar la raza humana. Y todos nosotros, como franceses, nos sentimos felices de sacrificar nuestras vidas, con ballestas, contra tanques; lanzas, contra artillería; espadas y piedras, contra napalm... para dar a Dios lo que Él espera de los franceses... para dar al nuevo mundo el futuro que Dios ofrece a través de nosotros.

—¡Viva la gloria de Francia, el buen Dios y nuestro líder! —cantó el coronel Lorraine.

—¡De acuerdo! —corroboró el Consejo.

El Almirante Dordogne se acarició la barbilla.

Es evidente que se necesita un compromiso. Supongamos que sugiero uno que sea sensato, ¿lo aceptarían ustedes?

—Quizá —respondió el padre Benoir.

—Entonces, tengo uno sencillo. En primer lugar, abrirán ustedes las puertas y tenderán un puente sobre la garganta...

—Pero así es como mantenemos a la gente fuera, *mon admiral* —alegó Barbusse.

—Exacto. Pero ustedes tienen primero que hacerlo. Y luego, además, prometerán que en ninguna circunstancia impedirán el paso de cualquier persona, oficial o no oficial, al recinto. Permitirán el acceso y paso absolutamente libres a to...

—Eso no me suena mucho a un compromiso —gruñó d'Arle.

El Almirante Dordogne le fulminó con la mirada.

—Esperen —dijo—. Porque si ustedes hacen todo eso, les garantizaré que nadie penetrará en el pueblo para interferir en su labor.

—Pero... —empezó a decir Barbusse.

—Colocando una guardia armada *fuera* de sus puertas —continuó el Almirante—. La guardia impedirá que entre *nadie*.

—¡Ah...! —exclamó el coronel Lorraine.

—Yo no veo la diferencia...

Barbusse se rascó la cabeza.

—La autoridad es la diferencia —explicó el Almirante Dordogne—. Como ocurre con la justicia, ha de ser aplicada públicamente para que tenga valor. El resultado es el mismo en cualquier caso... pero mi sistema es el oficial. Es el Gobierno —y el Gobierno es el pueblo de nuestra amada Francia— quien impide a la gente que entre... No son los aldeanos los que le cierran el paso.

—Muy brillante, *mon admiral* —dijo el coronel Lorraine, sonriendo ampliamente—. Un excelente esquema, que gustará a todo el mundo. Una victoria incruenta para el Ejército... y una victoria moral para el pueblo.

—Lorraine —dijo el Almirante Dordogne, en tono grandilocuente—. Como Francia, como el Gobierno, la gente es también el Ejército. La victoria es sólo para los negociadores.

El presidente de Francia, *Gran Almirante Dordogne*, abandonó triunfalmente el pueblo de St. Pierre-des-Monts. Los aldeanos permanecieron de pie junto a las puertas abiertas y le vitorearon. Como siempre, demostró ser un perfecto hombre de Estado, deteniéndose varias veces en su camino hacia el puente para decir unas palabras amistosas. Barbusse se estremeció de orgullo cuando el Almirante le estrechó la mano y le dio un golpecito en la espalda. Luego, el Almirante ocupó una vez más su posición sobre el puente de metal y fue alzado, lenta y majestuosamente, y transportado otra vez sobre la sima por el tanque instalador de puentes.



—Estoy hambriento —dijo Barbusse, más tarde en el bar, mientras servía vasos de vino a los defensores del pueblo—. Me estuve matando de hambre a propósito pensando en la batalla.

—¿Lo hiciste? —preguntó el alguacil Chaminade.

—Desde luego —contestó Barbusse—. Pensé que, como iba a producirse una batalla, con balas y todo eso, entonces bien podía recibir un tiro en el estómago. Y, en tal caso, sería mejor para mí el tenerlo vacío.

—Deberías haberme dicho eso —dijo, estremeciéndose, el alguacil Chaminade—. Considero que es muy egoísta por tu parte el permitir que los demás recibiéramos balazos con los estómagos llenos.

—¡Phh! —resopló d'Arle—. Es mucho más probable, Chaminade, que recibieras un balazo en la cabeza. Y ésa, puedes estar totalmente seguro, está vacía.

Barbusse fue hasta el escaparate de su bar, sacó un grueso bocadillo de queso y lo tendió al alguacil Chaminade.

—Gracias —gruñó éste—. En realidad es un pobre pago por los insultos de d'Arle. —Empezó a mordisquearlo, pero Barbusse se lo volvió a quitar bruscamente—. Eso, alguacil glotón, es para el prisionero judío. A estas alturas debe de estar ya muriéndose de hambre. Dijo que no pensaba comerse el bocadillo de jamón que le llevé la noche pasada.

—No —reconoció Chaminade—. No se lo comió. Estaba todavía sobre el potro esta mañana.

—Entonces, llévale eso, y un vaso de vino —ordenó Barbusse.

Chaminade gruñó y se volvió hacia la puerta; pero se detuvo a mitad de camino y regresó con los demás.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En el calabozo, por supuesto —contestó secamente Joliot.

—No, no está —informó el alguacil Chaminade—. Le saqué de allí y lo llevé a las almenas para que hiciera ejercicio.

—Es verdad. Le vi allí —gruñó Barbusse—. Se negó a coger una ballesta y ayudar a defendernos. ¿Qué hiciste con él después, Chaminade?

Su tono se volvió siniestro.

—Yo, bueno... —tartamudeó Chaminade—. Pues... fui a recibir al Almirante con todos los demás. ¿No me oísteis vitorearle?

D'Arle soltó un gruñido. Tomó el bocadillo de queso de la mano de Chaminade, y cuando el alguacil empezaba a protestar, se lo metió en la boca.

—Da igual que te lo comas, maldito *imbecile*. Es evidente que tu prisionero se ha escapado.

Barbusse suspiró.

—Quizá sea lo mismo —dijo, gravemente—. Josephine me ha estado explicando las dietas de los judíos. De todas maneras habría sido difícil para nosotros mantenerle

aquí.

Una fuerte racha sopló a lo largo de la avenida. Las hojas de los árboles fueron arrancadas y lanzadas por delante de la ventana del despacho del Gran Almirante.

El Almirante Dordogne se encontraba de pie en el extremo de su mesa de conferencias. Su espalda estaba tan tensa, que casi perdía el equilibrio, y él mismo podía ver claramente su nariz mientras miraba fijamente a los miembros de su Gabinete, allí reunidos. Hizo crujir los nudillos de sus manos detrás de la espalda.

—¡Bien, caballeros! El asunto se ha resuelto sencillamente. No puedo comprender todavía cómo permitieron ustedes que se desarrollara hasta convertirse en una monstruosa crisis. Un ligero tratamiento lleno de tacto en los primeros días habría acabado con todo el problema.

»Mis aldeanos son confiados, leales, cariñosos y faltos de imaginación. La espina dorsal de Francia. Pero son paletos holgazanes. Y deben ser tratados como paletos holgazanes.

»Y ustedes, caballeros, son unos estúpidos. Yo trabajo dieciocho horas al día. No sólo debo dirigir el Mercado Común, gobernar Francia, negociar todos los asuntos importantes para las grandes potencias, asesorar a nuestras nuevas colonias, supervisar la campaña para las elecciones, mantenerme en guardia contra la amenaza del comunismo... y escribir mis propios guiones para el curso televisivo de cocina "Cordon Bleu", sino que esperan ustedes que me haga cargo también de *su* trabajo...

Apuntó con un huesudo dedo a los miembros del Gabinete. Éstos se sonrojaron.

—¿Acaso no es posible para mí delegar siquiera la más simple responsabilidad? Caballeros, voy a darles un consejo claro para el futuro. Nunca más, en ninguna circunstancia, amenacen al pueblo de mi amada Francia... los hijos de mi tierra, mis amigos, con una acción militar... —hizo una pausa—, sólo tres semanas antes de presentarme a una reelección.

—Dame ese maldito teléfono. Quiero tener el placer de despedirle yo mismo —rugió el director de la *Estrella Matutina de David*—. Si no fuera el chico de mi hermana, hace ya tiempo que lo habría hecho.

El pálido rostro del redactor de noticias, que era también el crítico teatral, el columnista de deportes del periódico, tragó saliva y empujó el teléfono para que se deslizara a lo largo de la estrecha mesa, en dirección a su jefe, que ocupaba la posición de honor y autoridad en un extremo.

—¡Morry! —gritó por el aparato—. Me importa un bledo si eres o no un estudiante de Medicina frustrado... ni que seas el hijo de mi hermana favorita. Tampoco me preocupa que tu padre sea un importante accionista de esta compañía. En esta ocasión, estás definitivamente despedido. Nosotros aquí, todo el día, llenos de

trabajo hasta las cejas, mientras el *playboy* Cohen se aprovecha de su situación para tomarse una semana de vacaciones en la Riviera cuando debiera estar escribiendo sobre las Fuerzas Aéreas.

—¿Que no te fuiste a la Riviera? Bien... así me gusta. A fin de cuentas, ya fuiste allí la última vez. ¿Italia, quizá? No, déjame adivinarlo. ¿A Barcelona, quizás? ¿Tampoco...? ¡Te fuiste a St. Pierre-des-Monts! Bueno... todo el mundo debería ir allí al menos una vez en su vida. ¿Con el Presidente? Maravilloso... todo el mundo tiene excusas, pero sólo un Cohen sería capaz de pretender que ha pasado un sucio fin de semana con el Presidente de Francia.

—¿Una historia? Cuéntamela... hazme reír. No me he reído desde que Wienberg me cobró a precio de algodón mi traje de mohair. Saltaste en paracaídas... es una vergüenza que se abriera... al pueblo. ¿Lo hiciste? Y te pusieron en el potro de castigo. Excelente. Eso demuestra que los aldeanos franceses tienen un auténtico sentido de la justicia. ¿Y luego?... No quiero saber nada sobre un bocadillo de jamón. ¿Qué más? Dios mío. ¿Estás seguro? ¿No es una broma de Cohen, hijo mío? —El director levantó su mirada y chasqueó los dedos al periodista novato—. Conecta el magnetófono. Quiero grabar esto... rápido... por la otra extensión. Apresúrate.

El joven reportero corrió a través de la oficina hasta la mesita situada junto a la ventana. Cogió el auricular del teléfono y le pegó el micrófono de la grabadora con una ventosa de goma.

—Vamos, repite la historia —animó el director a su sobrino. —Estuvo escuchando durante diez minutos—. Buen chico —gruñó—. Buen chico. Estoy contento, y tu padre y tu madre también lo estarán. Sí, tendrás una *by-line*, como recompensa<sup>[8]</sup>. Ahora cuelga... la charla de negocios ha terminado. Todo el tiempo extra tendrás que pagarlo tú. —Se oyó un clic cuando la línea quedó silenciosa.

La *Estrella Matutina de David*, por primera vez en su historia, se adelantó a los otros periódicos en la publicación de una noticia, aunque sólo durante una edición.

El director había tomado la precaución de cubrir sus gastos de todas maneras enviando la información a las agencias de noticias de París.

Charles Groufler se dio una palmada en la frente. El ruido de martilleo, procedente de debajo de la cubierta del arca, estaba ahogando las instrucciones que él trataba de transmitir, del silencioso Moreau, a los obreros del pueblo.

—¿Quién está ahí abajo? —preguntó con irritación—. Alguacil, vaya a ver.

Chaminade anduvo por la cubierta arrastrando los pies, dando puntapiés a las pilas de virutas, y desapareció de la vista por la escalera de toldilla. El martilleo cesó.

—Ah —exclamó Groufler, bajando su voz—. Ahora... como iba diciendo...

—Le he cogido... —gritó el alguacil Chaminade, apareciendo su cabeza por encima de la cubierta. Groufler soltó un suspiro, exasperado—. Le he cogido otra vez... Ha vuelto. —Chaminade empujó a Morry Cohen ante él por la escalera de

toldilla—. Se rindió a mi autoridad legal.

—Díganle que me suelte, o le pegaré una patada en la entrepierna —amenazó Morry, sacudiéndose para quedar libre—. No soy un prisionero. Habría podido escaparme fácilmente cuando me dejaron ustedes, pero no lo hice. He decidido quedarme con ustedes.

—Bien —dijo Barbusse—, tiene razón a medias. Se quedará aquí, pero puedo asegurarle que usted es un prisionero. Ahora puede volver al calabozo apaciblemente, o le llevaré yo mismo, y le haré crecer medio metro en el potro. —Se adelantó para coger el brazo de Morry.

—¡No me toques, gordiflón! —exclamó Morry, dando un paso atrás, y cogiendo un pesado trozo de madera—. Los días en que los judíos podían ser empujados y perseguidos por cualquier estúpido cruzado fascista hace tiempo que pasaron. Voy a meterte esto por la nariz si te atreves a acercarte. —Blandió el trozo de madera amenazadoramente.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó la voz del padre Benoir desde detrás de la multitud. Los obreros se apartaron para dejarle pasar. El cura miró a Morry que todavía esgrimía la barra de madera.

—No voy a seguir siendo un prisionero —jadeó Morry—. Me quedaré aquí como un judío libre.

—Baje la maza. No puede seguir hablando mientras agita eso —dijo el padre Benoir, con calma—. No, Barbusse, dale una oportunidad de decir lo que tiene que decir.

Barbusse aflojó sus manos. Morry dejó descansar el palo sobre cubierta.

—Quiero ir en el arca con ustedes —dijo.

—Sobre mi cadáver —dijo Barbusse con los ojos encendidos.

—Si ésa es la condición, me sentiré muy feliz de complacerle —gruñó Morry, balanceando de nuevo la maza sobre su cabeza.

El padre Benoir hizo un gesto con su brazo, y Morry volvió a bajar el arma.

—Bien, en primer lugar, deben ustedes llevar a alguien a bordo con un cierto conocimiento de la historia judía —dijo Morry—. Nunca se sabe, alguno de los niños, cuando crezca, podría desear ser judío. Sería un poco raro, lo admito —dijo apresuradamente—, pero no pueden estar seguros de que eso no ocurra. Y, además, soy un buen reportero. Puedo informar de todo... Puedo hacer la crónica de lo que suceda para ustedes, cura. Y... ejem... luego está ese fragmento de la Biblia —fue uno de los suyos, ¿eh?— diciendo, dejad que todos vengan a mí. Él era judío por esa época, de manera que se refería a los demás judíos, también, y... eh... eh... —Morry agotó las razones.

—No lo ha hecho muy bien —dijo Henri Laplace, poco comprensivamente.

Morry suspiró.

—Y tampoco sé nadar.

Barbusse se rió.

—Y también es un piojoso vendedor.

Morry le sonrió, débilmente.

El padre Benoir se volvió hacia Grouflier.

—¿Qué hay de un alojamiento para él? ¿Podremos meterle en alguna parte?

—Todo está bien... —interrumpió Morry, alegremente—. Eso es lo que he estado haciendo. Yo, em... he movido un poco la pocilga de los cerdos, sólo unas pulgadas. Y he construido un modesto tabernáculo. Y hecho sitio para colocar una hamaca...

El padre Benoir le miró con el ceño fruncido.

—¿Un tabernáculo? ¿Y una hamaca cerca de la pocilga?

Morry sonrió.

—Qué más podía pedir un refugiado judío.

—Supongo que podría usted pedir convertirse en el prestamista del barco —dijo Yves d'Arle, agriamente.

—Eso me recuerda —dijo Morry, mirando otra vez a Barbusse—. Le debo una llamada telefónica. Le habría dejado el dinero en el mostrador, pero se quedaron ustedes con todo cuando llegué. Fueron once minutos; a París.

—Oh —dijo Barbusse. Pensó durante un momento—. Once minutos... llamada diurna... serán ocho francos y... —Se calló y frunció el entrecejo—. ¿Una llamada telefónica? ¿A su madre?

—No, llamé al director de mi periódico para contarle lo del arca.

—Dios todopoderoso —gruñó Barbusse—. El coronel me fusilará.

—A lo hecho, pecho —dijo el padre Benoir—. La culpa es nuestra, no suya. —Indicó a Morry—. Deberíamos haberle mantenido encerrado. Y, ahora que él ha pedido venir con nosotros, no veo razón por la que no pueda hacerlo. Uno más en el arca no tiene importancia.

—Puedo ganarme el sustento —prometió Morry—. Sé mucho de medicina. E hice un curso de obstetricia en mi primer año de universidad... Seré útil con tantas mujeres embarazadas a mí alrededor.

—¿Mujeres embarazadas? ¿Dónde? —preguntó Yves d'Arle.

—Aquí, por supuesto. Hay un montón de ellas —manifestó Morry. Echó un vistazo en dirección al arca y señaló con el dedo—. Esa mujer, por ejemplo... Puedo afirmar por el aspecto de su cara... Desde luego, tendría que hacer los tests para estar seguro, pero estoy convencido de ello.

—¡Oh, buen Dios! Ésa es mi mujer —gimió Henri Laplace.

Yves d'Arle miró horrorizado.

—¿Ha dicho usted otras?

—Montones —respondió Morry, felizmente—. No creo haber visto nunca tantas mujeres radiantemente embarazadas en un pueblo.

Barbusse estalló en una carcajada.

—Josephine... *mi* Josephine —cloqueó.

El granjero Joliot le lanzó una fría mirada.

—¡Tú, bastardo! Eres un bastardo mucho más asqueroso de lo que imaginaba. Mira en qué nos ha metido a todos.

Se oyeron murmullos procedentes de los demás hombres.

—¿Cómo..., él? ¿Un hombre? —empezó a decir Morry.

El padre Benoir tomó a Morry por el brazo y le alejó del grupo de caras tristes alineadas en torno a un Barbusse más bien pálido.

—No, no es exactamente eso. Pero creo que deberíamos dejarles solos unos minutos —dijo—. Ha surgido cierto problema interno del pueblo que preferiría no escuchar en absoluto.

Morry asintió, con gesto comprensivo.

Aquella noche, en el bar, Barbusse pasó su brazo por el hombro de Morry.

—Me gusta usted. Es insolente y demasiado insistente. Pero me recuerda a mí mismo hace veinte años. Sólo que yo era más fuerte y usted tiene una nariz más larga.

El peso del brazo de Barbusse hacía inclinar un poco a Morry.

—Gracias —replicó éste—, pero hay otras diferencias entre nosotros, que usted no ha mencionado.

—¿Las hay? —preguntó Barbusse.

—Sí, es usted un buey estúpido, y yo soy un hombre erudito —declaró Morry—. Usted elige la violencia en vez de usar el poco cerebro con que Dios le dotó... aunque, mirándolo bien, sospecho que el poco seso que tiene usted fue más bien un accidente que un acto deliberado por parte de su creador. Se parece usted al babuino de la plaza mucho más que cualquier ser humano que haya conocido. Es el individuo peor afeitado, más sucio, sudoroso y malsano que he conocido nunca. Estoy igualmente seguro de que sus triunfos bélicos, con los que aburre a todo el mundo, se debieron a que el enemigo murió de terror ante la simple idea de entrar en contacto con su desagradable persona...

Se produjo un estrépito cuando Yves d'Arle, con las prisas de anticiparse a la reacción de Barbusse, dejó caer su vaso al apartarse del camino.

Barbusse rió.

—Eso es lo que quiero decir —farfulló—. Es usted tan confiado, que ni siquiera tiene en cuenta la terrible venganza que podría tomar. Por eso me gusta. De hecho, como me gusta usted, puede quedarse aquí conmigo, en vez de hacerlo en ese frío y viejo calabozo. Y, a cambio, podría usted ayudarme en algún trabajo ocasional.

—Me quedaré en el calabozo, gracias —manifestó Morry.

Barbusse le miró con sorpresa.

—Pero aquí hay un catre de campaña en el cuarto de arriba. Hace calor y tenemos mucha comida.

—Estoy seguro de que es así —replicó Morry, suavemente—. Pero no ha hablado usted del dinero.

Barbusse sonrió amablemente.

—Mi querido y joven amigo, yo no espero ningún dinero por...

—Pues yo sí —interrumpió Morry.

Se oyó una risa procedente de Yves d'Arle. Barbusse le fulminó con la mirada a través del bar. Luego se volvió hacia Morry. ¿Dinero? ¿Dinero por qué? Le estoy ofreciendo albergue... comida...

—Usted cree que porque estoy aquí, y porque soy judío, puede aprovecharse de mí —dijo Morry—. El alojamiento no le cuesta nada. Usted lo ofrece sólo para tranquilizar su conciencia.

—¿Conciencia? ¿Yo?

—Fíjese en sus acciones —dijo Morry, liberando sus hombros del brazo de Barbusse—. Aterrizo aquí, un extraño en su pueblo, que lo único que necesita es ayuda. Primero me amenaza usted con atravesarme con un pincho. Luego me maltrata, me arroja personalmente a un hediondo agujero y considera la posibilidad de someterme a un instrumento medieval de tortura. Luego me arrastra fuera y trata de mezclarme en una batalla. Ahora espera que trabaje como un esclavo para usted, sin cobrar.

—¡Es increíble! —exclamó Barbusse—. ¡Terrible! Me hace usted sentirme como un gusano, y, sin embargo, no he hecho na..., bueno, yo no creo haber hecho nada...

—Le perdono, porque, como le dije antes, es usted sólo un ignorante.

Barbusse miró tristemente hacia el suelo.

—Supongo que lo soy. Usted me lo ha hecho comprender.

—Todos te lo hemos estado diciendo durante años sin conseguir que lo vieras —intervino alegremente Yves d'Arle. Enmudeció de repente cuando Barbusse le dirigió la mirada.

—Me siento vacío por dentro, al descubrir que soy una persona tan desagradable —gimió Barbusse.

—La realización es a menudo dura —sentenció Morry, generosamente—. Ahora, ¿qué salario decente sugeriría usted para mí?

Barbusse suspiró.

—¿Qué puedo decir? No importa lo que sugiera, la Historia lo registrará sin duda como insuficiente. Coja lo que desee de la caja.

—Eso también es estúpido —dijo Morry—. Trabajaré a trece francos por hora...

—¡Trece francos! —saltó Barbusse—. Eso es un robo; tú, ladronzuelo jud... —Levantó las manos en señal de capitulación—. De acuerdo, de acuerdo... lo que usted diga...

Morry cloqueó. Barbusse le sonrió.

—Entonces, trato hecho —dijo Morry.

Se encendió una lucecita en las más inferiores regiones de Barbusse, que le recordó que era de noche y que aún no había visitado a su nueva prometida.

—Sí, amigo mío, trato hecho... pero, con una sola condición. —Trató de dar un

tono indiferente a su voz—. Yo... bueno, debo terminar algunos asuntos vitales..., visitar las almenas, inspeccionar la guardia... esas cosas.

—¿Sí?

—Bien, pues, ¿querría usted empezar el trabajo ahora...? Sólo un pequeño trabajo..., servir a los clientes... La lista de precios está ahí.

—Desde luego, patrón —dijo Morry—. Su negocio será bien atendido por mi dotada mente. Vaya y tenga su jodienda en paz.

—Gracias —dijo Barbusse simplemente.



La luna llena proyectaba sombras a través de los tejados de los edificios alrededor de la plaza, y en cierto modo ensanchaba el elevado casco del arca. Al padre Benoir le parecía que la nave siempre había estado en la plaza. Ya no podía visualizar el área sin ella, con la estatua de su tío dominándolo todo en su lugar. El padre Benoir estaba sentado en la escalinata de la iglesia, sintiendo la fría piedra contra su trasero.

—Es muy grande —dijo la voz de Claire Laplace cerca de él. Él cura pegó un brinco. No la había oído llegar—. Pero me gusta su olor. Como el del almacén de maderas de *Monsieur* Ravelle. Es una especie de desinfectante.

—El desinfectante del buen Dios —sonrió el padre Benoir—. Ésa es la idea global del arca.

—Me alegro de que sea usted su capitán.

El padre Benoir sintió que Claire se movía para acercarse a él en la oscuridad.

—No lo soy. Dios será nuestro capitán.

—Pero ¿y luego? —preguntó Claire—. ¿Qué pasará luego? ¿Qué aspecto tendrá todo? ¿Será la Tierra sólo una masa de barro? ¿Qué haremos nosotros entonces?

—No lo sé —admitió el sacerdote—. Pero no estaremos solos. Dios estará con nosotros. Y por lo que se refiere a la Tierra..., ¿quién sabe dónde estaremos? El arca puede detenerse en cualquier sitio. Pero, allí donde lo haga, será la voluntad de Dios. Dudo de que haya barro.

—Pero ¿qué haremos?

—Trabajaremos —respondió el padre Benoir—. Será comenzar de nuevo. Partiremos casi de cero, y construiremos un nuevo mundo a partir de ahí. El arca es una especie de matriz, y la Humanidad volverá a nacer de ella.

—Me gusta la idea, pero estoy asustada, de todos modos.

—Todos estamos un poco asustados —dijo el padre Benoir—. Pero, realmente, no es para estarlo.

Claire rió tontamente.

—Tengo miedo a menudo. Me da usted miedo cada vez que me confieso. Confesarse con un cura viejo puede ser fácil, pero hacerlo con alguien que tiene casi la misma edad que una es como para asustar.

El padre Benoir soltó un bufido.

—No digas tonterías, hija mía. Deberías recordar que, como sacerdote, no escucho con mis propios oídos, sino con los de la Iglesia.

—A veces, padre, no creo que me esté usted escuchando en absoluto —susurró Claire, con tristeza. Entonces su voz se animó de pronto—. ¡Oh, ahora sé lo que quería decirle! Se trata de mis sueños... ya sabe, ese hombre...

El padre Benoir suspiró.

—Por favor, Claire, guarda tus sueños para el confesonario.

—No —dijo Claire, firmemente—. No es otro sueño; es sólo sobre el hombre que

sale en ellos. Ése con el que hago cosas espantosas...

—Sí —dijo el padre Benoir.

—Bien... —Claire se inclinó, confidencialmente. El padre Benoir podía captar su juvenil perfume, intenso al cálido aire veraniego—. Ese hombre, padre... ¡oh, es tan espantoso...!, el que no lleva ropas. Bien, la noche pasada pude ver su cara con claridad... es *usted*, padre querido.

—Tendremos una granja de varios millones de hectáreas —dijo Alphonse Joliot, satisfecho. Yacía, completamente vestido, en la cama, con los brazos detrás de la cabeza—. Y no habrá competencia. Tampoco habrá, probablemente, fiebre aftosa, y formaré un enorme rebaño. Mayor incluso que los ranchos de la Camargue... un verdadero rancho tipo norteamericano.

Mathilde Joliot estaba sentada frente a un pequeño tocador, arreglándose el pelo.

—Naturalmente —continuó Joliot—, serviré carne a cambio de la construcción de mi granja. He intentado calcular los precios. Creo que venderé mi buey más o menos a una hora de trabajo por kilo. Tres hogazas de pan por un trozo de buey de primera... una botella de buen vino, otro tanto. Será una cuestión de crédito... buena contabilidad. Al cabo de muy poco tiempo llegaríamos a ser millonarios en el nuevo mundo.

—Sólo hay un pensamiento que me consuela —dijo Mathilde, subrayando sus palabras con movimientos del cepillo en su pelo—. Que no soy la única mujer casada con un idiota en nuestra comunidad. —Se apartó del espejo—. Ahora, escúchame, Alphonse. Durante un millar de generaciones, vosotros, los hombres, habéis mandado con una sola cosa: vuestras pollas. Y mira lo que habéis hecho con vuestro poder.

—Dejar a nuestras mujeres preñadas.

—Y decir tonterías... tú y tus ideas de millonario. Un gran rancho... ¡uh...! ¿Y de dónde crees que van a salir las vacas para tu rebaño?

—De las que yo tengo... —empezó a decir Alphonse, con sarcasmo.

Mathilde le interrumpió.

—¡Idiota! Cada uno de los animales que están aquí son propiedad comunal. Cada vaca, cada becerro, cada toro, cada pollo, cada pollito... pato. Incluso los ratones escondidos en el arca. No hay un solo bicho de los que van a ir a bordo de esa nave que tú, o cualquier otro hombre, tenga derecho a llamar suyo.

Joliot estuvo callado durante unos segundos. Luego, su cara se animó.

—Estoy encantado —dijo al final—. Encantado de saber que todo será compartido. Por supuesto, que incluirás mi polla en la propiedad de la comunidad, ¿no?; así que las demás mujeres podrán usarla si lo desean, igual que tú misma, ¿no?

Mathilde lo miró fríamente.

—Naturalmente —dijo—. De hecho, yo misma les informaré de que está disponible como, sin la menor duda, siempre lo ha estado. Les diré también que suele

ser plantada con la misma finura que las estacas de alerce que clavabas para las cercas.

—Entonces, díles también que mis cercas aguantan mucho más que las de cualquier otro...

—¡Cállate! —exclamó secamente Mathilde—. Y recuerda que el futuro nos pertenece por igual a todos nosotros.

—Sois unos comunistas —gruñó Alphonse—. Cada uno de vosotros es un condenado comunista. Incluso el alcalde... y el padre Benoir. Si Dios lo supiera, estoy seguro de que no os dejaría subir al arca.

El padre Benoir pensó que el ruido que le había despertado temprano aquella mañana era el trueno. Le despertó incluso antes de que los pájaros empezaran sus gorjeos de la aurora, y transcurrieron varios segundos antes de que su mente estuviera lo suficientemente despierta como para reconocer el ruido de unas fuertes pisadas de botas que corrían apresuradamente sobre los adoquines de la plaza.

—El arca —pensó el padre Benoir, cuya cabeza empezaba a despejarse—. Debe de haberle ocurrido algo. —Salió a gatas de la cama, se puso las gafas y empujó los postigos de su ventana. El arca, larga y oscura a la sombra de los edificios, seguía allí, intacta. En cambio, los aldeanos parecían correr hacia la puerta como ratones escapando al mar.

Mientras el padre Benoir observaba, el sargento miliciano, colocado por el presidente Dordogne para impedir que los intrusos penetraran en el pueblo, irrumpió en la plaza. Parecía vacilar. El padre Benoir le gritó desde arriba. El hombre levantó la mirada.

—¡Padre! —gritó—. ¿Dónde está el teléfono? ¡Rápido!

—En el bar.

El padre Benoir señaló más allá del arca. El miliciano saludó a medias y luego corrió a través de la plaza. El padre Benoir agarró su sotana y se la puso encima del pijama. Luego bajó apresuradamente a la plaza.

—Padre, padre —jadeó D'Arle cuando el cura llegó a la puerta. Le agarró por el brazo—. Mire, padre. Allá.

Lo arrastró a través de la cuña de aldeanos que bloqueaban la puerta. Los ojos del padre Benoir se abrieron de par en par por el asombro. En el estrecho puente, como el legendario héroe Horacio, se hallaba Barbusse, con la camisa hecha jirones y colgándole de la cintura, sus manos cerradas convertidas en un par de enormes puños ensangrentados, preparándose para repeler otra carga de un grupo de hombres en el otro lado del puente. Detrás, sobre el puente, se hallaba el segundo miliciano, inconsciente. Más allá de los atacantes había otros hombres, incitados, en algunos casos, por semihistéricas mujeres. El padre Benoir dejó vagar su mirada por encima de ellas. Todo el valle estaba lleno —hasta donde pudo ver a la pálida luz— de miles y miles de personas.

—Cuando salió el sol, ya estaban ahí —dijo D’Arle—. Dicen que quieren unirse a nosotros en el arca.

Más tarde le pareció al padre Benoir que había actuado con una absoluta falta de lógica. De repente se encontró al lado de Barbusse y luego delante de él, solo, enfrentándose a la multitud.

—¡Deteneos... deteneos...! —les gritó. Hizo una pausa. El padre Benoir sintió que el puente se agitaba un poco bajo sus pies. Levantó ambas manos—. ¡En el nombre de Dios...! —ordenó.

—Es él. Debe de serlo. ¡El sacerdote que habló con el Señor! —gritó una aguda voz al extremo de la multitud.

Se inició una oleada de movimiento hacia delante. Dos enormes brazos rodearon al padre Benoir desde atrás.

Se encontró a sí mismo levantado y transportado hacia atrás. Lo descargaron, todavía rígido, en la estrecha franja de suelo en el lado del puente que daba al pueblo, cerca de la figura, todavía inconsciente, del miliciano.

—¡Ahora! ¡Es la única solución...! —gritó Barbusse junto a su oído.

El puente delante de él se inclinó, crujió y permaneció suspendido durante un segundo antes de deslizarse, empezando por uno de sus extremos, garganta abajo. Hubo un silencio hasta que alcanzó el fondo, produciendo un lento chapoteo. La multitud, ahora al borde de la sima, rugió irritada.

—Vamos —gritó Barbusse—. Volvamos a la plaza. Cerremos las puertas.

El padre Benoir se vio proyectado de lado a través de la puerta. Apenas conseguía mantenerse en pie. Luego, con un ruido sordo, la puerta fue cerrada, oscureciendo la arcada y amortiguando el ruido procedente de la multitud que atestaba el valle.

A mediodía se había planteado en toda la Francia Central una notable e imprevista situación. Las carreteras que conducían a St. Pierre-des-Monts desde todas las direcciones estaban bloqueadas con todos los medios imaginables de transporte... autocares, coches, camiones, carros, motocicletas y bicicletas. Todos ellos cargados, atestados de gente, con los bultos de sus pertenencias... como un millón de refugiados procedentes de un centenar de guerras. Las carreteras, e incluso las autopistas, dejaron de tener una circulación en ambos sentidos (ambas pistas eran usadas por el tráfico que se dirigía al pueblo).

En torno a Clermont-Ferrand, el lento flujo de vehículos y personas desembocaba en el embudo del valle que estaba ya demasiado atestado para contenerles, de manera que se desparramaron por los campos pisoteando y aplastando cultivos y viñedos. Luchaban por abrirse camino a través de la maleza de los bosques de las laderas, y vadeaban, a veces con el agua hasta el pecho, los ríos que conducían al pueblo. La Policía y las tropas desplegadas para controlar la muchedumbre cada vez mayor se vieron arrastrados inevitablemente hacia los picos montañosos. Un millón de

personas sudaban, andaban dificultosamente, trepaban, peleaban, vencían y rezaban en su camino hacia St. Pierre-des-Monts.

Ya no era verde la parte superior del valle, entre la Teta Izquierda y la Derecha. Los campos que habían alimentado al ganado del pueblo estaban ahora atestados de gente que permanecían hombro contra hombro, pecho contra espalda, en las laderas. Acá y allá, grupos de personas arengados por chiflados religiosos, aplaudían, lloraban y cantaban, sobre los cadáveres de aquéllos que habían muerto en la aglomeración. El valle era ahora un vasto lago de humanidad medio histórica.

Y los aldeanos de St. Pierre-des-Monts se ocupaban de los asuntos del Señor.

El coronel Lorraine acababa de bajar por las escaleras de las almenas. Su cara estaba seria. La muchedumbre de afuera parecía aumentar. La estrecha pista que llegaba de Clermont-Ferrand estaba llena hasta los topes de una oruga continua de gente que, a medida que se acercaba a los muros del pueblo, se diseminaba por el valle, llenándolo como un anfiteatro. El humo de sus fuegos flotaba a la deriva como una niebla de otoño, y sus tiendas parecían la concentración de un ejército sarraceno.

Morry, que aguardaba al pie de las escaleras, en la plaza, perturbó las meditaciones del coronel.

—Perdone... señor alcalde...

—¿Sí?

El coronel vaciló y luego se enderezó.

Morry le tendió un sobre.

—Es una solicitud.

—¿Qué? ¿Una solicitud? —El alcalde cogió el sobre y lo abrió—. ¿Y qué solicita usted?

—El arca —dijo Morry—. Se trata de una especie de oferta. Deseo comprarla.

El coronel le miró, asombrado. Desplegó el papel y lo leyó.

—¿El arca? ¿Comprar el arca? ¡Pero eso es imposible! Pertenece a todos. A toda la comunidad.

—Lo sé —dijo Morry, apresuradamente, mientras el coronel empezaba a devolverle el papel—. No, no, guárdese; es una propuesta oficial. Yo no quiero el arca ahora, sino sólo cuando hayan terminado ustedes con ella... después.

—¿Después? —repitió el coronel.

Morry asintió.

—Sé que *solía* pertenecer a todo el mundo, pero ahora ya no es así. Es una especie de arreglo que he hecho con la gente.

—¿Qué quiere usted decir con *arreglo*?

—Bien —continuó Morry—. Lo que he hecho hasta ahora es comprar una serie de participaciones en ella. Como, por ejemplo, la participación de Barbusse. Me ha estado pagando por trabajar para él, y así, mientras el dinero todavía tiene alguna

utilidad, he empleado un poco en comprar su parte del arca después de que todo haya terminado.

—¿Está usted loco? —gritó el coronel Lorraine, irritado—. Pueden pasar años antes de que el arca no nos sirva.

—Lo sé —dijo Morry, alegremente—. Por eso la estoy comprando tan barata. No me preocupa cuánto tiempo tendré que esperar: diez años, veinte, treinta. Eso no establece diferencia alguna.

—¿Y quién más le ha vendido su supuesta participación? —preguntó el coronel Lorraine, con curiosidad.

—La mayoría —contestó Morry—. Laplace, d'Arle, Joliot, Chaminade... —Contó con los dedos—, Barbusse y Lautrec... ¡oh!, y luego están...

—Es suficiente —interrumpió el coronel Lorraine—. Dígame sólo cuántos *no* han vendido sus partes.

—No muchos... la mayoría de familias quieren el dinero ahora para comprar cosillas. De hecho, sólo unas cuatro familias no la han vendido... sin contar a usted y al padre Benoir.

—Es usted increíble —replicó el coronel Lorraine, mientras el monóculo le resbalaba al abrir los ojos de par en par—. Lleva usted aquí sólo algunos días, y ya se ha introducido en el negocio de la propiedad. Una mente como la suya podría sernos de gran utilidad más tarde.

—Entonces, ¿considera usted la solicitud?

—¿Considerarla? No veo cómo podría ignorarla si ya se las ha arreglado usted para cerrar el noventa por ciento del negocio. No veo ningún mal en dejar que se haga usted con el arca una vez que la obra haya terminado. Pero tendrá usted que esperar mucho, se lo advierto.

—Dispongo de todo el tiempo necesario —sonrió Morry al alcalde.

—Entonces dígame una cosa, confidencialmente —manifestó el coronel Lorraine—. Tengo curiosidad de saber por qué la quiere usted. No puede ser por la madera. Habrá gran cantidad de ella por ahí, estoy seguro. Tampoco será una atracción turística, porque no habrá turistas en ninguna parte. Así que, ¿cuál es la razón?

Morry sonrió, mostrando los dientes.

—Estoy cuidando los intereses de los hijos de mis futuros hijos. Usted es un hombre religioso, con un buen conocimiento de la historia cristiana... Bien, ¿tiene usted la menor idea de cuántos trozos se han vendido de la verdadera Cruz?

El coronel Lorraine paseaba por las almenas, animadamente. El padre Benoir casi tenía que trotar para seguir su paso.

—¡Ah, Barbusse! —dijo el coronel Lorraine, acercándose a la voluminosa figura repantingada contra el muro—. ¿Cómo van las heridas? —Pero no esperó a que Barbusse respondiera—. Excelente trabajo, Barbusse. Excelente. Si fuera usted un

soldado regular, esa notable hazaña le habría hecho merecedor de la Cruz de Guerra. Tal como están las cosas, tiene usted el agradecimiento de todos nosotros.

—Y no se trata de unas pocas magulladuras —añadió el padre Benoir. Miró detenidamente la cara de Barbusse—. Tiene, además, un labio partido.

—No es nada —replicó Barbusse, modestamente.

—Y todavía tendremos un montón de problemas más —advirtió el coronel Lorraine. Se colocó otra vez el monóculo y miró por encima de las almenas—. Mírelos ahí abajo. Regimientos de ellos. Y otros que van llegando. ¿Los ve? —Señaló hacia el valle—. Como una procesión de hormigas subiendo por la pata de una mesa hacia un tarro de miel.

—¿Y qué haremos? —preguntó el padre Benoir.

—Aguardaremos —respondió el coronel—. Esperaba algo parecido en la época de las lluvias. Quizá cuando las aguas empezaran a subir. Pensaba que tendríamos gente así a nuestro alrededor.

—Dios es muy sabio —dijo Barbusse—. Al principio me preguntaba por qué fuimos elegidos. Pero cosas como ésta lo hacen evidente. Cualquiera otra ciudad habría sido ya aplastada. Tal como están las cosas, estamos a salvo. La garganta nos protege.

—De momento —advirtió el coronel Lorraine—. Más pronto o más tarde, tendremos que luchar.

—Que el Señor quiera darnos entonces fortaleza —sentenció el padre Benoir.

—Amén —mascullaron entre dientes el coronel Lorraine y Barbusse, al mismo tiempo.

Charles Dordogne, Gran Almirante y presidente de la República francesa, se había cortado en la nariz al afeitarse. El esparadrapo sobre el corte era visible para él, y parecía tirar de sus ojos hacia dentro, dándole dolor de cabeza. Esto y las noticias de los últimos disturbios en el distrito de Clermont-Ferrand en nada mejoraban su humor. Sus ayudantes vieron revolotear trozos de los periódicos matutinos ante la ventana de su despacho.

—¡Estúpidos, idiotas, cretinos! —Golpeó con un puño contra la superficie, forrada de piel, de su escritorio—. Esta situación debería haberse previsto. Yo la habría previsto, si no hubiera creído que mis ministros podían, por una vez, llevar a cabo su trabajo. ¿Dónde estaría Francia sin mí? Sólo unos pocos días para la elección... ¡y uno de éstos será el Día de la Bastilla!

—Podría usted retrasarlo —sugirió un ministro reciente.

—¿Retrasar? Debe usted de estar loco para sugerir que aplaze una elección.

—Me refiero al Día de la Bastilla, Gran Almirante. Aplácelo este año.

—¡Santo cielo! —gimió el Presidente—. Aplazar el Día de la Bastilla. Eso me costaría un millón de votos. Usted, Roget, ¿qué disposiciones ha tomado para ayudar

a Clermont?

Roget tartamudeó.

—He... enviado a la Cruz Roja. Y el general destacado allí ha instalado las cocinas de campaña de tres de sus regimientos. Estamos tratando de llevar más ayuda médica al área, pero las carreteras están bloqueadas. Hemos estado discutiendo la posibilidad de enviar ayuda en paracaídas.

—Ése no es el único problema, Gran Almirante —intervino el ministro de Transportes—. En estos momentos, todos los servicios públicos de Francia están sobrecargados. El problema se extiende a los puertos y terminales aéreas. En este momento hay doce mil visitantes extranjeros encallados en Orly. Las principales estaciones de ferrocarril están atascadas. Hay colas de barcos esperando salir de Calais, Dieppe y El Havre. Y las fronteras terrestres con Italia, España y el Este apenas pueden dar salida al tráfico. Las Aduanas han amenazado con una huelga, a menos que sean aliviadas.

—Me temo que tengamos que enfrentarnos también con una crisis de alimentos, *mon president*, si no podemos garantizar la libre circulación de suministros. —El ministro de Alimentación estaba nervioso—. Naturalmente, podemos atender una afluencia anual de turistas, ¡pero a esta escala, imposible! Están descendiendo hasta las existencias de alimentos fuera del área afectada, y las ciudades situadas en las rutas de Clermont-Ferrand informan que artículos como el pan, patatas, maíz, carne, huevos, queso, etc., se aproximan a sus niveles de seguridad mínimos. Debemos tener suministros de reserva inmediatamente, si no queremos enfrentarnos con una escasez de alimentos a escala nacional antes de que finalice la semana.

—¿Puedo sugerir algo, Gran Almirante? —preguntó el ministro del Interior.

—Sí.

—La culpa... No le acuso a usted, Gran Almirante... reside por entero en su pueblo natal.

—¡Hombre! ¿No le parece que ya estoy enterado de eso? —gruñó el presidente. Su nariz estaba empezando a darle punzadas—. Reside no sólo en mi pueblo, sino en la mente del sacerdote del pueblo. Mi sobrino, para ser preciso.

—Exactamente, y nuestras dificultades nacionales continuarán hasta que la causa sea eliminada —prosiguió el ministro del Interior—. Si usted me perdona la expresión, el cura de St. Pierre-des-Monts es el virus que infecta a toda la región.

—¿Y qué sugiere usted que haga? ¿Amputar el miembro entero? ¿Acordonar un millón de hectáreas de Francia con una fuerza militar? ¿Martirizar al joven Benoir?

—No —replicó el ministro del Interior—. Gran Almirante, estoy tan interesado en el éxito de su elección como usted mismo. Creo que este problema debería ser tratado por usted personalmente. Por todos los medios, debemos ayudar a la región y *ser vistos* ayudándola. Debemos contribuir de todas las maneras posibles. Enviando alimentos, suministros, todo médico disponible, incluso estudiantes. Transporte... todo. Pero... nosotros mismos —miró, en torno a la mesa del gabinete, a sus colegas



— no debemos hacer nada contra el sacerdote.

El presidente Dordogne levantó los ojos hacia el techo, en una plegaria silenciosa.

—El virus se esparcirá por todo el cuerpo —musitó.

—No, Gran Almirante —indicó el ministro del Interior—. El germen será neutralizado. ¡Por la Iglesia!

Los ojos del Gran Almirante Dordogne descendieron.

—¿La Iglesia? La Iglesia... ¡Roma!

—Exactamente —sonrió el ministro del Interior—. ¿Por qué no traspasarles a ellos el problema? Digámosles que, naturalmente, suponemos que ellos procurarán manejarlo.

El ceño del Gran Almirante Dordogne se relajó.

—¡Maldita sea, hombre, tiene usted razón! Por supuesto que se trata de su problema. Fue provocado por la Iglesia; hagamos que terminen con él inmediatamente. Voy a ordenárselo. En seguida.

—Transmitiré sus propósitos, al instante, al arzobispo de París —asintió el ministro del Interior.

—No. —El Presidente levantó el auricular del teléfono que se hallaba sobre su mesa—. No, empezaré por arriba. Póngame con el Vaticano.

Dios miró fijamente a su monitor, que le transmitía un primer plano del interior de la oficina del Almirante Dordogne en París.

—¿Qué es eso? —preguntó, con excitación, señalando a la pantalla.

San Pedro se inclinó, entornando los ojos.

—Es un reloj digital. Señala el tiempo. Tiempo terrestre.

—¡Oh!, ¿eso es todo? —gruñó Dios—. Los seres humanos... Les doy la noche y el día, y ellos tienen que subdividirlo y subdividirlo hasta que creen que han logrado más de lo que yo les permito.

—Ahora han logrado un reloj atómico —comentó san Pedro—. Les permite medir las cosas en milisegundos.

—Pero todavía siguen con sus setenta años de vida, lo midan como lo midan. Hasta esta semana, quiero decir —declaró Dios, frunciendo el ceño. Se quedó en silencio mientras el Almirante Dordogne aparecía en la pantalla. Otros hombres se unieron al Almirante en su despacho. Dios observó y escuchó en silencio. Cuando los hombres hubieron abandonado, finalmente, el despacho del Almirante, Dios desconectó la pantalla.

—Bien —gruñó Dios—. Este hombre se ha pasado realmente de la raya. Enviar a la Iglesia contra mí. Eso es *realmente* golpear bajo.

—Falta de deportividad —reconoció san Pedro—. Pero ¡qué energía! Parece tener tanta influencia sobre la Tierra como usted mismo.

—Espera hasta que ese tipo intente caminar sobre las aguas —prometió Dios,

sombríamente—. Voy a darle algo en qué pensar. —Se volvió interrogadoramente hacia san Pedro—. ¿Bien?

—Supongo que vamos a sudar lo nuestro, Jefe —dijo san Pedro.

A medio camino a lo largo de los dos costados del arca había una gruesa viga de madera encajada en los adoquines, que ayudaba a sostener el peso de la enorme nave. Las maderas fueron idea de Mortimer Moreau, el cual, tras colocar las quillas gemelas, las había tensado ligeramente hacia arriba para dar una sección transversal ligerísimamente redondeada a la parte inferior del arca. La forma no reflejaba de ninguna manera un sometimiento al diseño normal de construcción de buques en el que Moreau no confiaba. Era, simplemente, porque Mortimer preveía una cierta cantidad de filtración entre las tablas de revestimiento, y, con fines de drenaje, se necesitaba alguna especie de sentina a lo largo del arca, donde el agua pudiera ser recogida y las bombas pudieran operar.

Como eran las once y cuarto, el aguacil Chaminade cruzaba la plaza al comienzo de la regular y rutinaria ronda que llevaba haciendo cada mañana desde hacía veinticinco años. Lo que atrajo su atención fue la risa de un grupo de niños del pueblo en torno a la jaula del babuino.

El babuino estaba metido en una complicada pantomima. Para diversión de los niños del pueblo, estaba imitando al trío de monos chinos: no ver ningún mal, no oír ningún mal, no hablar ningún mal. Estaba sentado en su jaula, con los ojos bien cerrados, la cabeza hundida entre los hombros de manera que éstos le tapaban ambos oídos, y una mano apretando fuertemente cada uno de los dos extremos ruidosos de su cuerpo.

—Déjenlo en paz —ordenó el alguacil Chaminade—. Fuera todos. Deberíais estar en la escuela. —Agitó sus brazos hacia los niños. Éstos rieron tontamente y corrieron a través de las pilas de provisiones amontonadas alrededor del arca. El alguacil Chaminade se inclinó acercándose más a la jaula y miró fijamente al babuino. Le hizo algunos chasquidos con la lengua. El animal no pareció enterarse, permaneciendo en su posición encorvada—. ¡Venga! ¡Venga! —trató de engatusar el aguacil Chaminade. Siguió haciendo ruidos animados. El babuino abrió un ojo, miró al alguacil furtivamente, y luego volvió a inmovilizar su cara.

—Está enfermo —dijo el alguacil Chaminade.

Se inclinó y soltó el pestillo de la puerta de la jaula. El babuino estableció entonces un nuevo récord de aceleración, logrando una velocidad de unas treinta millas por hora en los tres pies que le separaban del alguacil Chaminade. Le golpeó limpiamente entre el pecho y el estómago como si fuera un peludo ariete. El alguacil Chaminade fue catapultado hacia atrás a una velocidad sólo ínfimamente más pequeña que la de la carga del babuino hacia la libertad. El alguacil dio con su hombro contra el soporte de madera de babor del arca, desalojándolo de su ranura

entre los adoquines hacia otro ancladero, donde quedó atascado. El casco, de noventa toneladas, se estremeció, se balanceó durante un segundo sobre su curvada parte inferior, y luego se inclinó hacia el nuevo ángulo fijado por el desplazado soporte. Y la quilla se posó sobre los pies del alguacil Chaminade.

Transcurrieron unos momentos antes de que el alguacil se recuperara. Se apoyó sobre los codos y luego trató de ponerse en pie. Sus pies estaban fuertemente atascados bajo el arca. Agitó las piernas. El arca se negó a soltarle.

Sintió que alguien le sujetaba por el cuello y emitió un suspiro de alivio.

—Tendréis que tirar —dijo, parpadeando en un intento de enfocar sus ojos nuevamente—. Parece que estoy en un pequeño apuro. —Una mano lo sujetó por el pelo y lo desgredió—. Despacio —resolló el alguacil. Una ancha y peluda cara se recostó contra su cuello—. Déjate de tonterías, Barbusse —ordenó Chaminade, malhumoradamente.

Dos brazos aún más peludos le envolvieron cariñosamente. Y unos gruesos y húmedos labios le besaron en sus mejillas. Giró la cara y se encontró con los ojos del afectuoso babuino; y se desmayó.

Al volver en sí vio una cara que le miraba de soslayo. Empezaba a gritar cuando se dio cuenta de que esta vez no era el babuino, sino los ojos bizcos de Joliot. El granjero estaba tratando de levantarlo, mientras permanecía sobre él con una pierna a cada lado de su cuerpo.

El alguacil Chaminade gimió.

—Así no podrás sacarle —dijo la voz de Henri La place—. Le estás rompiendo las piernas por las rodillas.

—¡Sois vosotros, sois vosotros! —gritó el alguacil Chaminade lleno de miedo y agradecimiento. De repente se encontró mucho más despierto.

—Si para sacarlo hay que romperle las piernas, creo que debería hacerlo —dijo Joliot.

—Por favor... —suplicó el alguacil Chaminade.

La voz de Barbusse habló desde algún lugar detrás de él.

—Si no puedes sacarlo de otra manera, ¿por qué no limitarte a cortarle los pies? Yves, ve y coge tu cuchilla grande.

—¡Oh... oooh! —gimió Chaminade.

—Mientras tanto, veamos qué podemos hacer. Incorpórate, zoquete, y trata de ayudarte —ordenó Barbusse. Tiró de los estrechos hombros de Chaminade.

Éste gimió gravemente y procuró erguirse, descansando sobre sus codos.

—Ahora tiraremos *todos* —dijo Joliot. Chaminade se sintió agarrado por una docena de manos—. Uno, dos, tres... arriba.

Las articulaciones del alguacil Chaminade se estiraron.

—¡Alto... alto... alto...! —gritó Chaminade. Los hombres le soltaron.

—Os lo dije —indicó Barbusse, animadamente—. Hemos de usar la cuchilla, Yves. A menos que prefiráis hacerlo con una de las sierras de madera.

El alguacil Chaminade se estremeció.

—La sierra no ¡por el amor de Dios!, tiene que haber alguna otra manera.

—Tienes que resignarte a que sean tus piernas, amigo Chaminade —le dijo Laplace—. No tenemos elección. O eso, o te quedas ahí hasta que las aguas levanten el arca.

—¡Eso es! —exclamó Chaminade—. ¡Exacto! Dejadme aquí hasta que el arca flote. Entonces me libraré y subiré a bordo.

—¡Brillante! —observó Barbusse. Se agachó cerca del alguacil—. Pero has olvidado una cosa, amigo mío. Cuando el arca tenga bastante agua para flotar, tú estarás ya un par de metros bajo la superficie. ¿Calculas que podrás aguantar tanto tiempo la respiración?

—La cuchilla —dijo d'Arle, tristemente, cuando estuvo de vuelta al escenario—. Mira, viejo amigo, yo no deseo cortarte los pies. No me gustaría hacerlo, pero al menos sobrevivirás.

—Y podemos hacer que Moreau te construya un par de pies de madera —sugirió Laplace, servicialmente—. Pies de madera es mejor que una caja de madera. Puede incluso esculpirte una fina serie de dedos...

El alguacil Chaminade volvió a gemir gravemente.

—No es capaz de tomar una decisión clara —dijo Barbusse—. Tenemos que hacerlo nosotros por él. Todos aquellos que estén a favor de cortar los pies del alguacil Chaminade, que digan «sí».

Hubo un coro de voces de acuerdo.

—Queda decidido, entonces. ¡Los pies fuera! —Inclinó la cabeza más cerca de Chaminade—. No te preocupes, mi buen amigo, será rápido. Primero te daré un puñetazo en la mandíbula, como anestésico y entonces d'Arle esgrimirá su cuchilla. ¿Te gustaría morder este trozo de salchichón de ajo? Te ayudará a soportar el dolor.

—¡No, no! —sollozó Chaminade, corriendo grandes lágrimas por sus mejillas.

—Lo siento —se excusó d'Arle—. No puedo hacerlo. No puedo usar mi cuchilla con el viejo Chaminade. Tendrá que hacerlo otro.

—No desertes ahora que eres necesario —le alentó Barbusse—. Es tu cuchilla, y tú eres un experto con ella. Te he visto abrirte paso a través de un buey muerto de un solo golpe.

—¡Oh... oh...! —Chaminade balanceaba la cabeza de un lado a otro.

—No me miréis todos —dijo Laplace—. Soy un panadero, y tengo demasiados escrúpulos. Ni siquiera podría mirar.

—¿Quién se ofrece voluntario? —preguntó Barbusse—. Yo no puedo cortarle los pies, porque se necesita mi fuerza para sujetarlo.

Morry Cohen empujó a Barbusse a un lado, y miró la figura, boca abajo, del alguacil.

—Dadme un cuchillo —dijo—. Eso es todo lo que necesito.

—¡Dios mío, qué frío eres! —dijo Barbusse—. Supongo que eso se debe a que

has sido estudiante de Medicina.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un cuchillo que utilizaba para quitar los precintos de plomo de las botellas. Chaminade se estremeció salvajemente.

—Tendréis que sujetarle bien —dijo Morry. Barbusse asintió y rodeó con sus brazos al alguacil, maniatándole firmemente. Morry abrió la hoja del cuchillo, y pasó su pulgar por el filo. Gruñó, y los hombres quedaron silenciosos. El alguacil Chaminade volvió a gemir.

—¡Ten valor, camarada! —le susurró Barbusse al oído.

Morry se puso en cuclillas sobre las piernas del alguacil. Los hombres que miraban le vieron dar un par de rápidos golpes con la delgada hoja del cuchillo. Chaminade se desmayó.

—De acuerdo —dijo Morry—. Ahora ya podéis sacarle tranquilamente.

Barbusse se mordió el labio y tiró. El alguacil Chaminade fue arrastrado hacia atrás, fuera del arca. Pero sus dos grandes botas quedaron atrapadas bajo ella, con los cordones cortados.

El único mástil del arca se alzaba a mayor altura que la torre de la iglesia. Iba afilándose hacia el cielo como un dedo de pino fregado y reluciente. A veinte metros por encima de la cubierta de la nave había un travesaño como el penol de un velero aparejado con velas cuadradas. En el punto en que el penol estaba amarrado al mástil se hallaba Gauloise Lautrec, sosteniendo un bote de barniz en una mano, y agarrando el mástil con la otra, sintiendo, al mismo tiempo, una hormigueante sensación en la ingle cuando sus pies se balanceaban debajo de él.

Estaba concentrándose en un problema. Se hallaba sentado en un lazo de una cuerda que pasaba por una polea situada en la punta del mástil. Quería otro cigarrillo, pero el paquete estaba en el bolsillo trasero de su mono, atrapado por la cuerda. Alcanzarlo significaba soltar su asidero estabilizador del mástil, y sostener la lata de barniz y el cepillo con una mano, mientras liberaba los aprisionados cigarrillos. Le parecía probable a Gauloise que cualquier repentino movimiento le hiciera balancearse y dar la vuelta en el lado de la cuerda, seguida por una zambullida en la cubierta de abajo. Por otra parte, habían transcurrido ya varios segundos desde que escupiera su anterior colilla húmeda, y ya empezaba a sentir la necesidad de la reconfortante nicotina.

Procuró acercarse un poco más al mástil, de manera que pudiera enroscar una de sus piernas, y entonces soltó lentamente su asidero manual y empezó a trasladar a la otra mano el bote de barniz y el cepillo.

Había mucho ruido abajo, en el arca. Barbusse, arrodillado sobre cubierta, empuñaba un martillo y metía la estopa de calafateo en las juntas de cubierta, con resonantes y rítmicos golpes. Cerca de él, Groufler y Joliot estaban preparando un corral abierto para las cabras y los dos burros, y el discordante sonido de sus sierras mecánicas, accionadas eléctricamente, sobresalía de entre el alboroto que armaban los demás obreros del arca. Como de costumbre, las cavernas situadas bajo el pueblo captaban el ruido, lo amplificaban, lo deformaban y confundían y, finalmente, lo devolvían a la plaza, en forma de un rugido cual un interminable convoy de camiones Diésel.

El viento enmarañó el pelo de Gauloise Lautrec; era una fuerte brisa que parecía llegar de todas partes. Se estremeció. El viento siguió creciendo. A Gauloise Lautrec le pareció captar un movimiento, y volvió la cabeza. A pocos pies de distancia, mirándole fijamente desde su misma altura, había un cardenal, pálido y corpulento; completo, con sus ropas y solideo escarlata. Las ropas revolotearon, dejando ver un par de botas. El cardenal hizo la señal de la cruz. Gauloise Lautrec soltó el bote de barniz, y éste fue a caer en cubierta, veinte metros más abajo, estalló a pocos centímetros de la cara de Barbusse y cubrió a éste completamente de la sustancia pegajosa.

Gauloise Lautrec se agarró al mástil. El viento aumentó su fuerza, y casi le

arrancó de su percha. Torció el cuello. Por encima de él se cernía una espantosa forma suspendida de unas palas giratorias. Cabezas sin rostro portadoras de cascos asomaban por una abertura lateral del helicóptero. Afianzando su apoyo en el mástil, Gauloise volvió a mirar al cardenal. Ahora, éste se hallaba ya casi sobre la cubierta del arca, balanceándose suavemente al extremo de un cable, como el péndulo de un reloj de pared. Grouflier y Joliot, acompañados de otros obreros del arca, y todos ellos rodeados por un remolino de serrín y virutas, corrían de un lado para otro, tratando de agarrarlo.

De haberse concedido un premio para la prueba, éste lo habría ganado Yves d'Arle. Logró coger las piernas del cardenal, fue alzado de la cubierta y, por unos momentos, pensó que ambos, él y el santo hombre, iban a ser precipitados contra las ventanas, siempre abiertas, del cuarto de Josephine. Sin embargo, con una sacudida, el cable que los sostenía fue soltado un par de metros. Se balancearon otra vez hacia el arca y aterrizaron sobre la cubierta con un ruido sordo. El cardenal se tambaleó, algo mareado, y luego soltó un cierre del arnés situado sobre su pecho. El cable quedó libre, y fue recogido desde el helicóptero.

El cardenal gritó algo, pero nadie le oyó debido al ruido de los rotores. Una segunda figura apareció en la puerta del helicóptero, pareció que la empujaban, y la hazaña del cardenal fue repetida. Capturar al segundo hombre fue más fácil. Y éste fue seguido del tercero. El helicóptero se levantó, permaneció quieto durante un segundo, luego se inclinó y desapareció de la vista, más allá de los muros del recinto, perdiéndose su ruido en la lejanía.

El polvo del pueblo empezaba a asentarse. Las astillas de sierra y virutas de cepillo iban formando lentamente pequeños montoncitos. El padre Benoír subió por la pasarela del arca, se detuvo un momento para examinar a sus visitantes, luego se inclinó y besó el anillo de la mano del cardenal.

El cardenal se quedó entonces mirando fijamente algo más allá del joven sacerdote. Abrió la boca para hablar, pero ningún sonido surgió de ella. Retiró su mano de los labios del padre Benoír y apresuradamente se santiguó, para alzar luego su rosario delante de él, con mano temblorosa.

El padre Benoír y los aldeanos se dieron la vuelta. Un monstruo se arrastraba grotescamente hacia ellos por la cubierta. Agitaba unos tentáculos plumosos, y soltaba un reguero de un líquido parecido a la melaza. Parecía estar compuesto de una mezcla de virutas de madera, serrín, paja y recortes de papel. Se detuvo a poca distancia de los aterrorizados obreros, protegidos sólo por el rosario del cardenal.

La voz del cardenal tenía un agudo sonido, debido al fervor.

—Creación de Satán, en nombre del verdadero Dios te mando que regreses a los abismos del infierno...

—¡Urgh... urghhh! —gruñó el monstruo—. ¡Por amor de Dios que alguien me ayude!

—¡Santo cielo...! —suspiró el padre Benoír—. Toto Barbusse.

El cardenal Flamini, representante papal llegado del Vaticano, y sus dos obispos, se hallaban sentados en el frío cuarto del padre Benoir, a la hora del crepúsculo.

Se habían pasado toda la tarde examinando el arco, atisbando, probando, espiando sus más profundos rincones. Habían hablado, preguntado e interrogado a los constructores. Llevaban ahora un cuarto de hora sentados en casa del padre Benoir. No habían hablado una palabra desde que entraron, exceptuando un breve agradecimiento por el café que el joven sacerdote les había preparado. Tampoco el padre Benoir había dicho nada.

—El gran alcance de semejante engaño de un joven clérigo me llena de tristeza —dijo el cardenal, finalmente mirando al padre Benoir. Su francés era fluido, aunque hablaba con un marcado acento italiano.

Los dos obispos asintieron con la cabeza.

—Gran alcance... —repitieron.

—Resulta perdonable que un sacerdote se engañe a sí mismo, porque los sacerdotes son humanos. Pero que un sacerdote, deliberadamente, engañe a sus feligreses, es un pecado imperdonable.

—¿Engaño...? Aquí no hay engaño —explotó el padre Benoir. Devolvió la dura mirada al cardenal—. ¿Cómo iba a ser engañosa la palabra de Dios?

—Vamos, vamos, hombre —dijo el cardenal, secamente—. No está usted hablando con un tonto de pueblo. No soy un paleta para ser embaucado por una simple instrucción y unas pocas citas de la Biblia. ¿Engaño? ¿Fraude? La palabra del Señor, como dice usted, no es engañosa, pero un hombre de clero, que hace falsas promesas a los demás, para lograr su propia notoriedad, y todo ello en nombre del Señor, es realmente la personificación de la palabra fraude, y no siento otra cosa que aborrecimiento por semejante persona.

—En tal caso, no es de mí de quien habla su Eminencia —dijo el padre Benoir, suavemente—. No soy de ninguna manera culpable de semejante crimen.

El cardenal hizo una profunda inspiración antes de contestar.

—Si fuera cierto, padre Benoir... si fuera cierto. —Se inclinó hacia delante en su silla—. ¿Sabe usted lo que está ocurriendo como resultado de toda esta locura?

—Ya he visto a la gente allí abajo —replicó el padre Benoir, a la defensiva.

Uno de los obispos meneó su cabeza.

—El muchacho ya ha visto a la gente ahí abajo —dijo con profundo sarcasmo.

El cardenal le lanzó una fría mirada, y luego dirigió otra vez su mirada hacia el padre Benoir.

—Ahí abajo... sólo a unos pocos centenares de metros de esta habitación, hay un infierno creado por usted. Un infierno que tuvo su origen en la infantil e ilusionada mente de un miembro de nuestra Iglesia. Ahí fuera hay más de tres cuartos de millón de almas de Dios. Están sin abrigo, sin alimentos. Sólo la misericordia de Dios les asiste. Ya se ha presentado la enfermedad. Ha habido muertes. ¿Cuánta más



enfermedad, muerte y tristeza causará su locura, antes de que todo termine?

—¡Espantoso... espantoso! —corearon los dos obispos como si hubieran ensayado su papel.

—Me habla usted como si yo no tuviera sentimientos. —El padre Benoir dejó que sus ojos descendieran poco a poco. Miró la cruz que colgaba del pecho del cardenal—. No siento menos amor por aquellos que están más allá de las puertas que por los que están dentro. Estoy lleno de tristeza y pesadumbre ante su destino. ¿No cree usted que yo habría preferido no haber nacido antes que ser el portador de semejante tristeza?

—¡Silencio! —ordenó secamente el cardenal—. Tamaña hipocresía... todo este asunto hace tiempo que ha superado los límites de la credulidad. Veamos... en primer lugar... el comienzo. Una llamada telefónica de Dios. ¿De *Dios*, padre Benoir?

Los dos obispos mostraron su desaprobación con chasquidos de lengua.

El cardenal continuó.

—¿Hace falta que sigamos hablando de la llamada telefónica? ¡Ah...!, y luego... sí, los milagros... la prueba de que había hablado usted con el Señor. Vio usted un cerdo en la cima de una estatua. ¿Es eso un milagro? ¡Oh, vamos, padre Benoir...! ¡Eso es una pantomima! ¿Y no tuvo usted ninguna otra comunicación con el Señor?

—El coro celestial. *Todos* lo oímos.

El cardenal rió secamente entre dientes, con las comisuras de la boca torcidas hacia abajo.

—Consideremos por un momento que quizá tuvo usted una llamada telefónica de Dios. Imaginemos también que los cerdos sobre las estatuas son realmente milagros. Y que el pueblo entero no fue inducido a creer que oían música celestial. Dígame, padre Benoir, teniendo presentes los pecados de orgullo y vanidad, ¿no se le ocurre cualquier otro hombre que estuviera más calificado que usted como elegido de Dios?

El padre Benoir enrojció.

—Déjeme que yo lo sugiera en su lugar —dijo el cardenal Flamini—. El Papa, padre Benoir. Su Santidad, nuestro guía, elegido representante de Dios sobre la Tierra.

El rubor del padre Benoir aumentó.

—No me ha hecho usted todavía ninguna pregunta que no me haya atormentado ya —dijo—. He buscado las respuestas en las profundidades de mi corazón. Lo único que puedo creer es que Su Amada Santidad es el elegido de la Iglesia... y yo... —no pudo terminar la frase.

—¡Hereje! —silbó uno de los obispos.

El cardenal se relajó en su sillón. Juntó las puntas de sus dedos. Su cara no mostraba la menor expresión.

—Padre Benoir, debo hablarle a usted con toda claridad. O toma usted drogas, o está sufriendo un trastorno mental pasajero. En cualquier caso, recomendaré clemencia por parte de Su Santidad cuando considere su caso. Le diré una cosa: no es

infrecuente que la Iglesia tenga que investigar a aquellos que creen haber hablado con Dios. En algunos casos pretenden haber visto visiones, oído voces atronadoras, o han sido atormentados o asediados por duendes o ángeles. Algunos sufren estigmas. Otros sienten la presencia de espíritus curativos. Nosotros, los de la jerarquía, oímos e investigamos. Leemos y digerimos los informes. Interrogamos a los testigos, los pocos que siempre hay. Raras veces, hay alguna prueba sorprendente de que algo de los cielos nos ha tocado aquí en la Tierra. E incluso entonces, se necesita un centenar de años para que eso sea reconocido por nuestra Iglesia.

»Tenemos luego aquellos casos en que la vida piadosa y célibe ha producido por sí misma fantasías nocturnas erróneamente identificadas como visiones del Señor. — El cardenal Flamini hizo una pausa—. Quizás, incluso a su edad, existan tales presiones.

Los dos obispos chascaron la lengua de nuevo.

—El daño ya está hecho, padre Benoir —dijo el cardenal—. Nuestro pueblo está sufriendo. Yo estoy aquí para tratar de terminar con la miseria causada por su locura. Y, cuando esto acabe, recomendaré enérgicamente...

—Insistiré... —murmuró uno de los obispos.

—Sí, insistiré en que abandone usted los servicios del Señor, o sea trasladado a la paz y soledad de un monasterio, en donde haya personas cualificadas para tratarle.

El padre Benoir sintió frío en el estómago. Estaba lleno de una ira que jamás había conocido. Ya no estaba sonrojado. Al contrario, su cara veíase blanca. Se levantó apresuradamente de la silla. Las gafas se le cayeron de la nariz y se rompieron contra el embaldosado que rodeaba la chimenea. Se estremeció.

—Su Eminencia —dijo con voz temblorosa—. Están ustedes en mi pueblo como huéspedes. Es lógico que permanezcan ustedes en mi casa... la casa de Dios. No puedo, no restringiré o limitaré sus actos... pueden ustedes ir adonde deseen... pero hasta que el día catorce de julio haya pasado... sí, sólo cuarenta y ocho horas... hasta entonces, nada, absolutamente nada me causará duda... ni siquiera arrepentimiento.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, dando un portazo.

—Ese chico está loco —dijo el cardenal—. Absolutamente loco.

—Y es un fumador de hierba, sin duda —añadió uno de los obispos.

El padre Benoir se inclinó contra el parapeto que había alrededor del alto campanario de su iglesia y observó cómo el sol se ponía lentamente tras las montañas, más allá de la ciudad. Estaba exhausto, agotado por las interminables discusiones eclesiásticas con el cardenal y su escolta. Se sentía enfermo. Descansó sus brazos en la pared y apoyó la cabeza entre las manos. Cuando cerraba los ojos, seguía oyendo la monótona voz del cardenal Flamini.

Por supuesto, pensó el padre Benoir, el cardenal tenía bastante razón en algunas cosas. Era cierto, por ejemplo, que realmente no había considerado el efecto que la

construcción del arca podría tener en otras comunidades.

—¿Pero lo había hecho Noé? No, pero las comunidades en tiempos de Noé no eran como ahora. Probablemente, la población más cercana a Noé no se enteró de que el arca estaba ya construida y lista para botar hasta que el día del castigo hubo llegado. Y, por otra parte, en aquellos tiempos había tantos excéntricos construyendo cosas... pirámides, esfinges, grandes estatuas..., ¿qué importancia podía tener entonces un extraño artefacto más para la gente?

Debía haber considerado la actitud de la Iglesia, pensó el padre Benoir. A fin de cuentas, un sacerdote está consagrado a las creencias de su Iglesia... Él lo aceptaba todo. El celibato. La Trinidad. El parto virginal de María. La guerra contra la anticoncepción. No había duda, pensó el padre Benoir, él era un sacerdote, y un sacerdote de la Iglesia Romana. Un sacerdote de Dios.

¿Por qué, entonces, había ignorado a su Iglesia? ¿Por qué no les había informado inmediatamente de las palabras que Dios le había dicho? ¿Era quizá porque conocía, casi subconscientemente, la posible reacción de sus superiores? ¿Era porque temía sus dudas? Pero ¿por qué? ¿Por qué debía temer las dudas?

El padre Benoir abrió los ojos y miró a la plaza, abajo. Casi todo estaba oscuro ahora. La mayoría de los aldeanos estaba en sus casas, cenando. Podía ver sólo una borrosa figura a bordo del arca. Sería Claire, sin duda, sentada en la proa, soñando, como hacía a menudo, con sus pies colgando de la borda. Se quedaría allí hasta que él bajara del campanario. Luego intentaría confesar sus imaginarios pecados del día. El sacerdote se permitió una débil sonrisa.

El padre Benoir miró fijamente al arca. Resultaba extraño cómo la oscuridad alteraba la forma de las cosas. Tan sólo aquella mañana era una orgullosa nave que anunciaba un futuro de aventura y pureza en el nuevo mundo de Dios. Ahora tenía la línea más bien siniestra y desolada de un ataúd. Era extraño; anteriormente jamás la había mirado como un ataúd.

Una lágrima cayó de los ojos del padre Benoir. Él la vio caer, brillando como una estrella fugaz al captar la última luz del sol en su trayecto hacia los adoquines. Luego desapareció. El padre Benoir se dio la vuelta y bajó rápidamente la serpenteante escalera del campanario. La oscuridad reinaba en la iglesia, ahora que se había puesto el sol. Las grandes puertas de roble estaban cerradas. Apartó las cortinas de terciopelo púrpura del confesonario y se dejó caer en el estrecho banco de su interior.

—Padre Santo —empezó—. Soy tu obediente servidor, el padre Benoir, el sacerdote del pueblo de St. Pierre-des-Monts. Ya sabes —añadió, sólo para estar seguro de que Dios sabía quién se le dirigía—. Aquél al que telefoneaste, por el asunto del arca. Tengo terribles problemas de conciencia, amado Señor. Yo no querría molestarte, habría hablado con la dulce María, quizás incluso con tu Hijo Santo, pero como fuiste Tú quien me telefoneó, pensé que podría causar más confusión.

»Me he entrevistado con el cardenal... el cardenal Flamini... —El padre Benoir explicó la reunión con gran detalle—. Y ahí está el problema. ¿Debo poner en tela de

juicio mis enseñanzas y consejos de la Iglesia? ¿Es la Iglesia realmente tú mismo? ¿Es el Papa de verdad tu representante en la Tierra? Si es así, entonces, ¿por qué no comprende? O, ¿por qué no le telefoneaste a él? Quizá podrías hacerlo ahora, sólo para hacerle saber que tengo tu aprobación. Y si no quieres llamarle, quizá podrías decirme a mí que todo sigue estando bien, que no has cambiado de idea... ¿No te parece?

El padre Benoir sacó el rosario y empezó a hacer correr las cuentas entre los dedos, mientras movía los labios silenciosamente. Estuvo rezando durante una hora antes de apretar otra vez las cortinas del confesonario y ponerse de pie en la oscura iglesia. Por primera vez en su vida le asustó el vacío absoluto del lugar. Era como un estadio que de repente se hubiera vaciado. Se abrigó bien, se estremeció y caminó apresuradamente hacia la salida.

Su reloj acababa de marcar las siete cuando el padre Benoir se despertó a la mañana siguiente. Dirigió su mirada al calendario que estaba al otro lado de la habitación. La fecha, y el mismo calendario, estaban borrosos. El padre Benoir palpó a su alrededor en busca de las gafas, recordando entonces que las había roto la tarde anterior, y bajó de la cama. Se quedó de pie, con su nariz a sólo escasos centímetros de la hoja de cartón: 13 de julio. Tan sólo faltaba un día para que Dios tomara venganza del mundo, pensó el padre Benoir. Se sintió como un criminal que estuviera esperando la ejecución. Las siguientes treinta horas serían largas, muy largas.

Caminó hacia la ventana y empujó los postigos para abrirlos. Se iniciaba un día caluroso. Aunque su visión era borrosa, el arca parecía estar construida de oro bruñido. Ya había figuras moviéndose sobre sus cubiertas. El padre Benoir se lavó en la pequeña palangana situada sobre la cómoda, y luego abrió la puerta de la habitación.

—Buenos días —dijo una voz. El padre Benoir pegó un brinco. El rellano estaba oscuro, y el saludo resultaba inesperado. Miró con ojos de miope. Una figura se movía. Era uno de los obispos. Se hallaba sentado en una silla junto a la puerta del cuarto del padre Benoir—. No quise asustarle —se excusó—. Pero he estado sentado aquí toda la noche. Es de lo más incómodo.

—¿Que ha estado sentado aquí toda la noche? —preguntó el padre Benoir, con incredulidad—. ¿Aquí, junto a mi puerta? Arriba había una cama para usted.

—Lo siento —dijo el obispo—. No es así como me gusta pasar las noches a mi edad. Fue deseo del cardenal. Quería que yo... pensó que en su... actual estado, alguien debería estar cerca de usted... para atenderle si era preciso...

—¿Atenderme? ¿Actual estado? ¡Tonterías! —El padre Benoir se quedó de repente horrorizado—. Ésa no es la razón. Usted ha estado aquí para vigilarme. ¿Por qué?

—¿Vigilarle? Extraña palabra, padre Benoir. Déjeme asegurarle que no es usted

un prisionero. Es totalmente libre de ir adonde quiera. —La voz del obispo tenía ahora un tono empalagoso—. Nosotros somos sus amigos, padre Benoir. Sus verdaderos amigos. Sólo queremos ayudarle cuando lo necesite, como pastor hermano. Nos duele que esté usted enfermo.

El padre Benoir soltó un gruñido. Empezó a caminar hacia la escalera. Advirtió que el obispo se levantaba suavemente de la silla y le seguía.

—Voy a mi iglesia —le soltó por encima del Hombro.

—¡Oh! —exclamó el obispo, desde la ventajosa situación de la oscura escalera—. Hay otra cosilla. Su Eminencia, el cardenal, el obispo Orsolo y yo tuvimos una reunión anoche...

El padre Benoir se detuvo en la escalera.

El obispo continuó, con firmeza.

—Decidimos que, en las actuales circunstancias, por el bienestar de... su salud... fuera retirado usted inmediatamente de sus deberes como sacerdote aquí.

El padre Benoir trató de ver la cara del obispo en la penumbra, pero sin sus gafas le resultó imposible.

—¿Lo decidieron? —musitó.

—Sí. Actuando por su propio bien, naturalmente. —El obispo hizo una pausa—. Así que ya ve, padre Benoir, no necesita usted ir a la iglesia. Puede volverse a la cama... descansar todo lo que quiera. Sentarse y disfrutar de un buen desayuno... leer libros... escuchar la radio.

El joven sacerdote estaba tan furioso, que sólo pudo farfullar.

Oyóse una fuerte llamada en la puerta de la casa del padre Benoir. Éste, ya irritado, cerró la cafetera que acababa de levantar del hornillo.

—¡Adelante! —rugió.

El obispo, que le había estado siguiendo a todas partes, a sólo dos pasos de distancia, chascó la lengua con disgusto. El padre Benoir le fulminó con la mirada.

Hubo un movimiento en el pasillo.

—Soy yo, padre —dijo la voz militar del alcalde, coronel Lorraine—. ¿Puedo entrar?

—Desde luego, desde luego... para variar estaré encantado de recibir a un amigo.

El coronel penetró en la habitación nerviosamente.

—Parece que tenemos una pequeña dificultad —dijo.

—¿Tenemos? —reconvino el padre Benoir—. En las últimas veinticuatro horas he sido insultado, escarnecido, desacreditado, declarado loco y, finalmente, despedido.

—¿Declarado loco? ¿Despedido? —repitió el coronel Lorraine—. El cardenal dijo algo de enfermedad, pero...

—Dicen que estoy loco —informó el padre Benoir—. Y, por tanto, por mi propio

bien... —miró en dirección al obispo—... me han echado.

Los modales militares del coronel Lorraine se suavizaron. Se adelantó hacia el sacerdote y le pasó un brazo por los hombros.

—Mi joven amigo —dijo—. Usted no está loco. Yo podría ser acusado de locura, pero no usted.

El obispo habló por primera vez desde que Lorraine entrara.

—Sufre alucinaciones. Es bastante sencillo. Afortunadamente, no es demasiado tarde para ayudarlo. Admite su enfermedad...

—¡Mentira! —rugió el padre Benoir, soltándose del brazo del coronel Lorraine—. Obispo, es usted un mentiroso.

—Ahí lo tiene —dijo el obispo, con aire satisfecho—. ¿Es ése el comportamiento de un sacerdote responsable? Es irracional.

El coronel Lorraine se sintió inquieto.

—Su Ilustrísima —dijo al obispo—. Yo soy un militar... sé de armas... camellos... el desierto... pero no un psiquiatra.

—¡Psiquiatra! Buen Dios —rugió el padre Benoir—. ¡Coronel...!, ¡usted también! ¿Cree usted que estoy loco?

—No, no, padre... no está loco. Soy amigo suyo. Nunca pensaría que está usted loco. —El coronel Lorraine evitó mirar a los ojos del sacerdote—. Yo le defendí con energía contra Su Eminencia, esta misma mañana.

—¿Me defendió usted? —El padre Benoir hizo levantar la cabeza al alcalde para enfrentarse con él—. ¿Por qué ha necesitado defenderme, coronel Lorraine?

—El cardenal nos habló, en la plaza.

—¿Nos? ¿Quiénes son *nos*?

—Todo el mundo —dijo el coronel Lorraine—. No sé qué le diría a usted ayer, pero imagino que se parecía bastante. Hizo que todos nos sintiéramos unos estúpidos. Dijo que Roma no echaba la culpa a un rebaño de ovejas que seguían a un pastor perdido.

—¿De manera que usted piensa, que soy un pastor perdido?

—Un pastor desorientado, más bien... —corrigió el obispo.

El coronel Lorraine se humedeció los labios.

—No, padre. Yo no creo que sea usted un pastor perdido.

—Bien —dijo el padre Benoir. Dio un paso hacia atrás y sonrió al coronel Lorraine—. Tenga fe. Quedan ahora menos de veinticuatro horas para marchar. Mañana, antes del alba, que cada aldeano se halle a bordo del arca, con todas sus pertenencias. Tenemos hasta mediodía.

Se frotó las manos.

—Lo siento, padre Benoir —murmuró el coronel Lorraine—. Pero ellos no irán en el arca.

La cara del padre Benoir se detuvo a mitad de una sonrisa.

—¿No irán...?

—No le conté a usted todo lo que Su Eminencia dijo. —El coronel Lorraine apretó los labios. Levantó la mano y se quitó el monóculo del ojo—. Habló de sacrilegio. Herejía. La obra del diablo. La eterna ira de Roma. Y muchas cosas más...

—¿Tales como...?

—Eso es totalmente innecesario —replicó secamente el obispo—. Lo que Su eminencia dijo al pueblo tenía sentido sólo para los oídos del pueblo.

—¡Yo formo parte del pueblo! —gritó el padre Benoir.

—El cardenal hizo hincapié en el hambre, la enfermedad y la miseria que existen entre las multitudes reunidas fuera de esas paredes, padre. Llamó al arca instrumento de Satán. Prohibió a nadie que entrara en el arca hasta que hubiera exorcizado el espíritu que anida en ella.

—¿Y los aldeanos le creyeron?

La voz del padre Benoir reflejaba incredulidad.

—Es un funcionario del Vaticano. El legado más elevado del Papa —dijo el coronel Lorraine—. Y habló de excomunión.

El padre Benoir se golpeó los muslos con los puños.

—Coronel Lorraine. Tan sólo una pregunta a usted, como soldado. ¿*Siempre* ha creído en las órdenes de sus superiores? ¿*Nunca* se han equivocado?

El coronel Lorraine vaciló antes de responder:

—*No siempre* he creído en ellas. Y a veces *he pensado* que eran incorrectas. Pero...

—Pero ¿qué?

El padre Benoir arqueó las cejas.

—*Siempre* las obedecí, padre —terminó el coronel Lorraine—. Por eso, tampoco yo puedo ir con usted en el arca.

El padre Benoir no dijo nada. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

El coronel Lorraine bajó la mirada hacia sus pies.

—Lo siento, padre. Ya ve, acabo de recibir una llamada telefónica del Almirante Dordogne.

Dios se paseaba irritado por su oficina, con la cara retorcida de rabia. De repente, dio la vuelta en redondo.

—¡Pedro! —rugió—. Tráelos aquí... a todos. ¡Ahora mismo!

—¿A todos? —preguntó san Pedro, nerviosamente.

—¡A *todos*...! —repitió Dios con voz atronadora—. Y ahora mismo... todas las personas que hay en los cielos.

—¿Aquí? —preguntó san Pedro, paseando su mirada por la pequeña oficina.

Dios, con impaciencia, agitó un brazo. La oficina se desvaneció, dejando a san Pedro y a Él mismo de pie en una ancha planicie. Y entonces ésta se llenó en todas direcciones, hasta donde san Pedro podía ver, de millones y millones de huéspedes

celestiales.

Dios abrió otra vez sus brazos, El murmullo de su pueblo cesó, produciéndose un completo silencio.

—¿Quién soy? —dijo con una voz que llegaba hasta los confines de la interminable arena.

—DIOS... —rugió la multitud celestial, instantáneamente.

—¿Quién soy? —repitió Dios.

—DIOS... —fue el segundo grito que llegó hasta ellos dos.

Dios efectuó por tercera vez su pregunta, y recibió la misma respuesta. Volvió a agitar sus brazos. San Pedro y él se encontraron de nuevo en la diminuta oficina.

—Yo soy Dios —informó Dios a san Pedro, quien asintió con la cabeza—. Tan sólo deseaba la confirmación —continuó Dios—. Estaba empezando a dudar de mí mismo.

—Esos tres caballeros de Roma tienen argumentos convincentes —reconoció san Pedro—. Uno se pregunta a quién rendirán culto.

—Se supone que a *Mí* —dijo Dios, tristemente—. Pero cuando hablan de mí, no me reconozco. En sólo dos mil años, todo ha sido tergiversado, cambiado y retorcido. Me hacen parecer un Dios esquizofrénico. ¿He perdido contacto con mi pueblo, o son ellos los que han perdido contacto conmigo?

—Ellos con usted —respondió san Pedro, reconfortantemente.

Dios empezó a pasear de nuevo.

—Podría lanzarles algunos rayos... destruir a la oposición. Hacer que esos tres clérigos explotaran con tremendos estallidos ante los aterrorizados aldeanos. Mandar a algunos demoníacos peludos a desgarrarlos mientras un coro entonara un himno diabólico. O, simplemente, convertirlos en imbéciles farfullantes y hacer que fueran devorados por la manada de cerdos de Gadarene.

San Pedro meneó la cabeza.

—Usted *sabe* muy bien que ésa no es la manera. No le gusta convertir a la gente por la fuerza.

—Coge tu libreta —dijo Dios, con firmeza—. Voy a decir algo importante y que ha de ser registrado para la posteridad.

San Pedro asintió y hurgó entre sus ropas, en busca de su bloc. Humedeció la punta del lápiz.

—Vale —dijo.

—Sébase —empezó Dios, con la voz rica en emoción— en todo el Cosmos que aquellos que serán salvados... que compartirán mi eterna e infinita bondad y felicidad... vendrán ante *Mí* por su propia voluntad.

San Pedro esperó largo rato antes de hablar.

—¿Eso es todo, Señor?

Dios le fulminó con la mirada.

—¿No basta con eso?



El bar de Barbusse era generalmente ruidoso por las noches, vibrando con el tosco humor y la conversación jovial de los hombres que se habían pasado el día trabajando en el arca. Aquella noche, en cambio, reinaba una atmósfera de funeral que casi se podía palpar.

—¿Hay más coñac? —preguntó d'Arle junto a la barra. Su voz sonó artificialmente rotunda.

—Sírrete tú mismo —contestó Barbusse.

Estaba sentado a una mesa con Joliot, Ravelle, Grouffier y Flambert. En otra mesa, a pocos metros de distancia, se encontraban el alguacil Chaminade, Laplace y Moreau.

Barbusse golpeó la mesa con la palma de la mano. El vino derramado que había en ella salpicó a los hombres que estaban a su lado.

—Me siento como un inútil —dijo Barbusse—. Un grandísimo inútil.

Por lo general, el granjero Joliot no se habría resistido a la tentación de usar la afirmación de Barbusse como trampolín para el insulto personal. Pero aquella noche se limitó a suspirar.

—Me parece que todos nos sentimos así —dijo.

—¡Estoy en bancarrota! —gruñó Ravelle—. ¿Os dais cuenta de eso? Todos vosotros habéis perdido poco. Alguno, probablemente, ha salido ganando, incluso. Pero ¿y yo? No me queda un solo tronco de madera en el almacén.

D'Arle se trajo su copa de *brandy* al sitio vacante de la mesa de Barbusse.

—El cardenal habló de cierta compensación económica —dijo, dejándose caer pesadamente en la silla—. Para todos nosotros. Dijo que haría un llamamiento al Gobierno en nuestro favor.

—¡El Gobierno! —gruñó Grouffier, cáusticamente—. En primer lugar, deberían haber intervenido antes. ¿Para eso pagamos impuestos? ¿Para tener a una pandilla de inútiles a centenares de kilómetros...?

—Me parece que tendrían que habernos aconsejado —reconoció Joliot—. Debería haber venido un funcionario del Gobierno y habernos dicho: «Cuidado, pensadlo antes...»

La silla del alguacil Chaminade chirrió cuando el policía se dio la vuelta en la mesa vecina.

—No podéis acusar a la Policía. Ellos trataron de entrar. Les detuvimos. *Tú* les detuvistes, Barbusse.

—Y *tú* echaste también al funcionario del Gobierno garganta bajo —dijo d'Arle—. Yo vi cómo lo hacías. Apuesto a que era la persona que nos enviaban para advertirnos de que no perdiéramos el tiempo.

—Y, luego, *tú* hiciste volar el puente —añadió Grouffier—. Y *tú* ibas a disparar contra el Almirante Dordogne cuando venía en el tanque.

—¿Yo? —rugió Barbusse—. ¿Por qué no? Yo soy sólo un sargento... Quiero

decir un tabernero... Yo no tenía autoridad para actuar en nombre propio. Obedecía órdenes.

—Las órdenes del alcalde —dijo, despectivamente, Chaminade.

—Sí, las órdenes del alcalde —admitió Barbusse—. Él sabía perfectamente que, como exparacaidista, tenía que obedecer sus órdenes. Era una ventaja desleal. Si se me hubiera permitido obrar por mi propia iniciativa, me habría comportado de manera diferente.

—Todos cumplíamos órdenes... bajo presión —admitió Ravelle—. Y ahora podemos ver adónde nos ha conducido eso. Me pregunto si podré salvar mucha madera.

—No creo que podamos acusar al alcalde. —D'Arle se levantó por detrás de él y agarró la botella que estaba cerca del borde del mostrador—. Todos estuvimos en la primera reunión, cuando el padre Benoir nos contó lo de la llamada telefónica.

Barbusse le arrebató la botella y llenó su propio vaso hasta el borde.

—¡Oh, tuvo una llamada telefónica, es verdad! De algún maldito bromista pesado... Si le pongo las manos encima...

—Obramos como niños —prosiguió d'Arle recuperando la botella de *brandy*—. Todos nosotros. Como dijo el cardenal, fuimos como un rebaño de ovejas conducido por un pastor desorientado, un hombre enfermo. Nos hipnotizó a todos... Nos hizo creer que oíamos música celestial. Eso es lo que dijo el cardenal.

—Es muy triste —dijo Joliot—. Me gustaba Benoir. Pero es sólo un muchacho.

Barbusse levantó su vaso y se bebió el *brandy*. Se enjuagó la boca con él algunos segundos, antes de tragárselo.

—Eso es lo malo de nuestra sociedad permisiva —murmuró—. Los jóvenes de hoy tienen demasiada imaginación y muy poca disciplina.

Sus clientes asintieron con la cabeza.

—Eres la única persona que he visto sonriente por aquí, últimamente —dijo Morry Cohen, sentándose cerca de Claire Laplace en los escalones de la estatua del Almirante Dordogne.

Claire se sacudió el pelo de la cara.

—Me siento feliz por algunas cosas, y triste por otras.

Miró hacia el bar de Barbusse.

Morry gruñó:

—¡Oh, ésos! Es bastante típico de la gente. Es algo que aprenderás a medida que te vayas haciendo mayor. Te apoyan, están contigo mientras las cosas marchan bien. Pero un pequeño contratiempo, la más mínima duda, y se vuelven contra uno exactamente de la misma manera a como una manada de tiburones devora a uno de los suyos que ha sido herido.

—Supongo que están atacando al padre Benoir —dijo Claire.

Morry asintió con la cabeza.

—A él y a cualquiera a quien puedan echarle la culpa. A todos: al alcalde, al Gobierno... a la Iglesia. Dentro de un rato, alguien dirá: ¡ajá, todo es culpa de ese judío de ahí fuera!

—¿Crees *tú* que el padre Benoir es el culpable? —preguntó Claire.

—¿Culpable de qué? Hablas como si hubiese cometido un acto criminal. Para ser culpable de algo, uno tiene al menos que haber hecho alguna cosa por la que acusarle. No, no creo que tenga culpa de nada.

—¿Crees que tiene razón?

—Desde luego —respondió Morry—. Personalmente, no me siento influido por los argumentos cristianos, y aún menos, por los argumentos de jefes de la Iglesia como éstos. Ese hombre gordo con la camisa de dormir púrpura, y sus dos horribles sirvientes, pueden gritar tanto como quieran. Me hice ya una idea del padre Benoir hace tiempo. Nada se ha dicho que pueda hacerme cambiar de opinión. Y, aunque un rabino viniera a mí... Probablemente me limitaría a decirle que se ocupara de sus asuntos.

Claire se acurrucó contra Morry.

—Eres simpático. Si no estuviera enamorada del padre Benoir, podría incluso enamorarme de ti.

—Gracias.

—¿Sabes qué hago cada noche? —preguntó Claire, animadamente—. Voy a la iglesia a pedir a Dios que el padre Benoir cuelgue los hábitos... para poder casarme con él.

—Ésa —dijo Morry— parece una forma sumamente sucia de entender la oración.

Al anoecer, las multitudes del valle encendieron fuego donde pudieron encontrar espacio. Se apiñaron silenciosamente alrededor de ellos, recogiendo todo el calor que podían.

El resplandor de las hogueras iba discurriendo por el valle hasta apoderarse en la oscuridad.

Desde el aire, el alto valle parecía la boca de un volcán en erupción, irradiando brazos de ardiente lava que se alejaban un centenar de kilómetros en cada dirección... y que seguía alargándose a cada momento. Y más y más personas continuaban abriéndose camino con sus antorchas hacia St. Pierre-des-Monts.

El cardenal Flamini meneó su cabeza en la oscuridad de las almenas. Los obispos podían ver el movimiento sólo porque sus ojos reflejaban las luces de las fogatas.

—Las almas de la Iglesia —comentó el cardenal, suavemente—. Fuera de estas paredes está nuestro pueblo. Nuestros hijos de la Iglesia, hermanos míos.

—¡Oh, cuánto amamos al pueblo! —suspiró el obispo Orsolo.

—¡Y hay tantos para amar! —coincidió el obispo Vitroletti—. Ésta es una de las maravillas de ser un sacerdote de la Iglesia, el que a uno se le dé semejante capacidad de amar a tantos. Amar a cada uno de los millones de personas que esperan detrás de esas paredes.

—Todos los niños pequeños han sido enviados a nosotros —sonrió el obispo Orsolo.

—Como siempre, les daremos la fortaleza y ayuda de la Iglesia —asintió el cardenal Flamini—. La Iglesia, hermanos míos, es el gran sostén en todas las crisis.

—Amén... —respondieron a coro los obispos.

La plaza del pueblo, en la mañana del 14 de julio, parecía un mercado. Los centenares de cajas de alimentos, acumuladas para utilizar en el arca, habían sido abiertas y permanecían ahora en filas rectas a lo largo del casco. Las verduras que habían estado almacenadas en la cámara frigorífica de Pierre Flambert, aguardando la terminación del arca, se hallaban ahora apiladas en ordenados montones sobre los adoquines. Bajo la pasarela que permitía el acceso a bordo de la nave, al abrigo del sol, se encontraban los barriles de vino que Barbusse había encargado.

El padre Benoir se encontraba de pie ante su casa, acompañado todavía por el obispo, y observando, con su mirada miope, a los aldeanos de la plaza. No es que exactamente le ignoraran, pero los saludos de los lugareños eran silenciosos, casi incómodos.

—Huela ese buen pan —sugirió el obispo, cuando Henri Laplace pasó apresuradamente con una brazada de largas hogazas—. Piense en éstos que se encuentran fuera de los muros y cuyos estómagos van a llenarse por primera vez, padre Benoir. —Luego añadió—: Ahora bien, esto... el alimentar a las multitudes es la *verdadera* obra del Señor. Haría bien en recordar lo que verá hoy aquí.

El padre Benoir le miró con incredulidad.

—¿Van a traer a la multitud aquí?

El obispo Vitroletti señaló hacia la plaza.

—No necesitamos ningún milagro. Hay comida suficiente para todos.

—Comida, quizá, pero... —El padre Benoir hizo una pausa—. La comida debería llevarseles, no traerles a ellos aquí.

—Afortunadamente —dijo el obispo Vitroletti, mirándole con aire de suficiencia— hemos llegado a tiempo de impedir un desastre total. Pese a la debilidad y la enfermedad debidas a su locura, nuestros hijos tienen todavía fuerzas para caminar. Y les daremos consuelo espiritual y corporal dentro del abrigo de los muros del pueblo. Pero eso no le concierne a usted, hermano Benoir. Siga disfrutando de su convalecencia.

El cardenal apareció, con el obispo Orsolo y el alcalde Lorraine, en lo alto de la escalinata de la iglesia. El cardenal Flamini sonreía. Hizo una inclinación al padre Benoir, y éste, simplemente, sacudió su cabeza a guisa de réplica. El cardenal susurró algo al alcalde Lorraine, quien no vestía ya uniforme, sino el bien cortado traje gris que, anteriormente, llevara sólo en las bodas o días festivos, o para ir a la iglesia los domingos. Agitó un brazo hacia Barbusse. El tabernero asintió con la cabeza y corrió apresuradamente hacia la puerta. Fue entonces cuando el padre Benoir se dio cuenta, por primera vez, de que los pocos troncos de madera que habían sobrado en la construcción del arca habían sido unidos para formar un puente portátil. Observó cómo Barbusse y el alguacil Chaminade tiraban de las puertas para abrirlas, y luego cómo varios obreros, a cada lado del puente portátil, lo empujaban para colocarlo,

finalmente, en posición sobre la garganta. Barbusse le devolvió la señal al alcalde.

—Decidles: ¡bien venidos! —gritó el cardenal con una voz llena de benevolencia—. Decidles a mis hijos que vengan a mí. Tenemos ayuda para ellos...  
Barbusse volvió al puente.

Hubo sonrisas benignas y autosatisfechas en las caras del cardenal Flamini y los obispos Orsola y Vitroletti, cuando las primeras personas procedentes de las multitudes exteriores entraron en el pueblo, en actitud vacilante.

El cardenal Flamini bajó las escaleras de la iglesia para recibirles. Permaneció en la adoquinada plaza, con sus ropajes púrpura, ambos brazos abiertos en señal de bienvenida. El alcalde Lorraine se quedó inmóvil en lo alto de las escaleras de la iglesia.

—Vea, padre Benoir —dijo el obispo Vitroletti—. Vea cómo Su Eminencia irradia amor.

El cardenal Flamini recibió al primero de la multitud. Agitó sus brazos como un policía de tráfico.

—¡Allá! —gritó, señalando hacia las filas de cajas de alimentos bajo el arca— hay comida para todos vosotros... comida y vino.

Los aldeanos situados junto a los montones de alimentos sostenían algunas de sus pertenencias. Salchichones, carne, pan, queso y vino fueron arrebatados agradecidamente por los recién llegados, quienes tomaron todo lo que les ofrecían, antes de encaramarse al arca para tomar posesión de los camarotes de los aldeanos. La marea humana fue creciendo a medida que se iba esparciendo la noticia de que las puertas del recinto se habían abierto. Las masas, diseminadas por todo el valle, se alzaron de sus fogatas, agarraron sus petates y escasas pertenencias y convergieron hacia el pueblo.

El nuevo puente era estrecho. A ambos lados de él, los abruptos costados de la sima caían hasta el río, allá abajo. La muchedumbre luchaba por abrirse camino en el cuello de botella. Empujaban y daban codazos para mantenerse lejos del borde de la sima, consiguiendo, finalmente, cruzar el balanceante puente y penetrar por la puerta. Una vez dentro, la gente se desplegaba en el espacio menos restringido de la plaza. Corrían para escapar a la presión de los que venían detrás. El movimiento fue creciendo, hasta que, de repente, hubo demasiada gente para ser servida. Los recién llegados agarraban lo que podían de la comida y el vino, y luchaban entre sí en la pasarela del arca para reclamar las plazas restantes.

El cardenal se hallaba perdido en medio de un mar de figuras que corrían y gritaban. Y aún seguían llegando más a través del estrecho puente y luchando por abrirse camino a través de la puerta.

El padre Benoir vio un confuso relámpago de un birrete cardenalicio, cerca del borde de la multitud cercana al arca.

—¡El cardenal! —gritó al obispo Vitroletti.

El obispo parecía haberse quedado sin habla. El padre Benoir lo agarró por el brazo arrastrándolo hacia el lugar donde había visto el birrete. La gente parecía precipitarse contra el sacerdote. Bajó la cabeza y, arrastrando todavía a medias al obispo detrás de él, se abrió camino como un ariete por entre la multitud que luchaba por los casi exhaustos alimentos. El padre Benoir encontró al cardenal Flamini de rodillas, con la cabeza inclinada y protegida por sus brazos. Soltó al obispo y ayudó al cardenal a ponerse en pie, tirándole del brazo.

—¡Hacia allí! —gritó el padre Benoir—. Llevémosle a la iglesia.

El obispo cogió al cardenal por su otro brazo, y entre los dos consiguieron llegar a la iglesia. El coronel Lorraine se unió a ellos y condujeron al cardenal a puerto seguro.

—¡Vea el resultado de su locura! —gritó el padre Benoir a los obispos—. Míreles.

Señaló hacia la plaza. Las multitudes seguían llegando a través de la puerta. Ya no era posible ver los montones de mercancías o a los aldeanos que habían tratado de distribuirlos. Cada centímetro cuadrado de la plaza del pueblo no ocupado por el arca era una masa sólida de cuerpos. Los que se hallaban detrás luchaban por encontrar un lugar delante, y el ruido era indescriptible. Los gritos, gemidos y gruñidos eran amplificados por las cavernas subterráneas. En algún lugar se oyó un estrépito de cristales, y luego ruido de maderas astilladas.

—¡Oh, Señor! —dijo el obispo Orsolo—. ¡Marchaos, marchaos! —gritó a la gente que seguía tratando de entrar en la plaza, pero nadie le oyó.

Barbusse y Josephine aparecieron en las escaleras de la iglesia. La cabeza de Barbusse estaba sangrando. Josephine estaba casi desnuda de la cintura para arriba. Barbusse agitó el puño contra la multitud.

—Padre Benoir —gritó, ignorando al cardenal y a los obispos—. Están entrando en nuestras casas. Lo cogen todo. Mi bar está completamente destruido.

—¿Dónde están los demás?

El padre Benoir tuvo que acercar su boca al oído de Barbusse para que éste le oyera.

—¡Allá! —Barbusse señaló al otro lado de la plaza—. Todos. En la tienda de d'Arle. D'Arle ha conseguido cerrar la persiana y está impidiendo con su cuchilla que entre la gente.

—¡Oh, santo Dios! —suspiró el padre Benoir—. Ve y tráelos —ordenó a Barbusse—. Tráelos aquí a la iglesia. Estarán a salvo. ¡Corre!

Barbusse vaciló, luego se dio la vuelta y, con sus enormes manos convertidas en puños, luchó por abrirse paso entre la muchedumbre. El padre Benoir le vio marchar y quedar envuelto por la horda. El sacerdote se volvió hacia el alcalde Lorraine.

—La iglesia, coronel Lorraine. Abra las puertas sólo para los aldeanos.

El alcalde asintió. El padre Benoir empujó a Josephine y a los obispos, que sostenían a su maltrecho cardenal, a través de las pesadas puertas de roble. El coronel

Lorraine se quedó vigilando, con sus manos en el enorme tronco de roble que atrancaba la puerta por dentro. La iglesia estaba casi silenciosa comparado con el alboroto de la plaza.

El cardenal se volvió hacia el padre Benoir.

—¿Ve usted? ¿Ve usted adónde nos ha llevado a todos? —preguntó.

Sus dos obispos hicieron gestos afirmativos con la cabeza mientras se cepillaban el polvo de sus ricas vestiduras y se limpiaban la suciedad de las manos.

El padre Benoir estaba asombrado al descubrir que sus sentimientos eran sólo de repugnancia y desprecio. No contestó. Se oyó un martilleo en la puerta de roble.

—Dejadnos entrar... somos nosotros.

El padre Benoir reconoció la voz de Henri Laplace.

—Abra la puerta, coronel.

El alcalde hizo girar la puerta de roble. Ésta se abrió con violencia cuando los aldeanos empujaron para entrar. Estaban despeinados y con los vestidos rotos. La mayoría de hombres y algunas mujeres mostraban los signos de una batalla. Barbusse, que llevaba a *Madame* d'Arle en sus enormes brazos, estaba ahora completamente empapado en sangre.

El cardenal se cubrió la cara. La boca del padre Benoir se abrió. Barbusse meneó su cabeza y luego dejó a *Madame* d'Arle sobre un banco de la iglesia. El tabernero trató entonces de limpiarse parte de la sangre del pecho con movimientos vagos e indecisos de sus manos.

—Yves d'Arle —dijo—. No pude hacer nada. Cuando llegué allí, alguien acababa de matarle con su propia hacha.

Detrás de él, algunas de las mujeres estaban sollozando.

Se inició una pelea entre los aldeanos. La esposa de Edouard Ravelle salió corriendo del grupo. Se precipitó contra el padre Benoir y le golpeó en la cara con el puño cerrado. El cura vaciló. Ella volvió a golpearle. Henri Laplace la apartó del sacerdote.

—¡Usted nos ha arruinado... nos ha matado...! —gritaba la mujer.

—¡Basta! —gritó el alcalde Lorraine—. Ya hay suficiente locura ahí fuera. Ravelle... coja a su mujer y cálmela. Barbusse, ¿están todos aquí?

Barbusse paseó su mirada por los aldeanos.

—No, coronel. No todos, pero sí tantos como pude encontrar.

—¿Y los demás? —preguntó el coronel.

Barbusse se encogió de hombros. Se produjeron nuevos quejidos entre las mujeres.

El granjero Joliot acercó su cara a la del padre Benoir.

—¡Tú bastardo! ¡Loco bastardo! —silbó.

Se percibió un repentino cambio en el ruido procedente de la multitud de fuera.

—Cállense, escuchen —ordenó el alcalde.

Levantó la viga de roble y entreabrió la puerta un poco hasta que pudo ver por la



rendija. Los gritos de la multitud se estaban convirtiendo en chillidos de terror.

—¡Oh, Virgen Santa! —jadeó Lorraine.

Desde su santuario, los aldeanos vieron una aterrorizada masa de humanidad en la adoquinada plaza. Observaban estupefactos. El arca, antaño un casco de madera nueva casi antiséptica, aparecía mancillada por los centenares de personas que ahora la atestaban. Parecía retorcerse bajo el peso de la inadecuada carga de aquellos que habían conseguido subir a bordo. En lo alto de la pasarela había ahora un hombre. Enarbolaba una viga de madera por encima de su cabeza como si fuera una maza y gritaba palabras inaudibles a aquellos que seguían intentando subir a bordo. Pollos y patos, liberados de alguna manera de sus cajones, corrían con gran revuelo de plumas a los lados del arca, los animales, escapados de los corrales, luchaban por sobrevivir junto con la multitud. Mientras los aldeanos contemplaban aquella escena de horror, se produjo una repentina explosión llameante procedente de la parte inferior del arca. Vieron entonces a un histérico grupo de personas, que habían sido rechazadas en su intento de subir a bordo, alimentando la hoguera con maderas y botes de pintura.

Las llamas corrieron a toda velocidad por la seca madera, empapada en resina, aferrándose al reseco pino y las embreadas juntas del arca. Las llamas amarillas trazaron un camino a lo largo de dichas juntas. El humo se hizo espeso.

Se oyeron gritos de aquellos que, sólo unos segundos antes, habían celebrado triunfalmente la consecución de sus ensangrentadas plazas en el arca. Los gritos se convirtieron en chillidos cuando las planchas del casco se retorcieron con el calor y se inflamaron. La muchedumbre de la plaza coreó los gritos mientras luchaba por apartarse del fuego.

Las llamas salvaron las brechas entre los camarotes, agrietando, desgarrando, hiriendo con creciente furia. Figuras carbonizadas se lanzaban desde la cubierta, e iban a caer entre las llamas, que parecían soportar al arca como si fueran un mar de color naranja.

La muchedumbre se alzaba, gemía, chillaba, lloraba y aullaba, hipnotizada por la visión de la nave en llamas.

—¡Asesino... asesino...! —gritó el obispo Vitroletti al padre Benoir.

En la cima de la pasarela, el portador de la maza parecía ignorante de las llamas que tenía a sus pies. Ahora se encontraba inmóvil. Entonces se oyó un espantoso crujido, una nube de chispas y una revitalizada columna de llamas... y el hombre desapareció. La gente gritó aterrorizada cuando el arca pareció hacer explosión. El alto mástil se convirtió en un árbol de flores llameantes, y se balanceó por encima de las ahora petrificadas multitudes. Se movía suavemente, y luego, con hipnótica lentitud, cayó, como una espada dorada, abriendo un sendero terriblemente quemado allí donde golpeó a través de la densa masa de cuerpos.

Los gritos de la multitud se hicieron aún mayores. Repentinamente se oscureció el humo azul grisáceo que flotaba sobre el pueblo como un sudario. El sol de mediodía quedó también oscurecido. El padre Benoir miró hacia arriba, atónito. Por encima del

humo flotaban nubes de lluvia tan negras que, comparado con ellas, el humo parecía rápido. Las nubes siguieron espesándose rápidamente y extinguieron la luz de la plaza hasta que sólo las llamas del arca iluminaron la escena.

Se oyó un tremendo crujido, y otro, y otro. Los rayos rasgaron el humo y cayeron sobre las almenas del pueblo. Empezó a llover.

Al principio, sólo fueron gotitas. Luego, a los pocos segundos, un aguacero. El padre Benoir se apartó de la puerta de la iglesia hasta que pudo sentir cómo la lluvia caía por su cara. Volvió a dirigir su mirada al cielo. La lluvia aumentó su furia. Se convirtió en un torrente, y luego en una catarata; grandes cortinas de gotas, cada una de éstas lo bastante grande como para llenar un vaso de vino.

La multitud se quedó en silencio, acobardada. Las llamas del arca chisporrotearon y silbaron, y el humo se convirtió en vapor. Y la lluvia siguió descargando, hasta que la gente de la plaza se cubrió la cabeza y se encogió para resguardarse de la violencia del agua. El arca se desplomó en un montón de ceniza fangosa y negra, sus carbonizadas costillas convertidas ahora en una línea de grises estacas. El trueno retumbó sobre el oscurecido pueblo. El rayo traspasaba las nubes en las cimas de las montañas, hasta que St. Pierre-des-Monts pareció quedar aprisionado en una jaula de furia. Entonces la tierra empezó a temblar.

El padre Benoir permanecía al aire libre. La lluvia golpeaba contra su sotana dándole un aspecto de brillante piel. Pero él seguía mirando hacia arriba, sus ojos abiertos de par en par, mientras las gotas de lluvia se estrellaban y corrían por sus mejillas. Los resplandores de los relámpagos le iluminaban. Los aldeanos, resguardándose bajo el arco de la puerta de la iglesia, vieron que el cura alzaba la cruz hasta sus labios, y luego la apretaba contra su pecho. Se produjo un ligero movimiento entre la multitud. Morry Cohen y Claire se adelantaron, hasta encontrarse al lado del padre Benoir.

El cardenal y sus obispos, acurrucados juntos temerosamente, miraban, maravillados, al padre Benoir. La serena cara del joven sacerdote estaba ahora otra vez vuelta hacia el diluvio celeste. Y sonreía.

San Pedro observó la escena, y meneó su cabeza.

—Tres... ¿Sólo tres personas de un total de cuatro mil millones?

Dios sonrió.

—Bueno, son dos más de las que tenía al comienzo —dijo.



DAVID FORREST es el seudónimo de los escritores ingleses David Eliades, adjunto del redactor jefe para asuntos exteriores en el *Daily Express* y Robert Forrest-Web, editor ejecutivo afincado en Londres. Autores esencialmente humoristas, ya algunos de los títulos de sus obras hablan a las claras del contenido de las mismas.

Juntos escribieron cuatro libros:

*And To My Nephew Albert I Leave The Island What I Won Off Fatty Hagan In a Poker Game* (1969) (Y a mi sobrino Albert le dejo la isla que gané al gordo Hagan en una partida de póquer).

*One of our dinosaurs is missing* (1970) (El robo del gran dinosaurio), llevada al cine por Disney bajo el título de *Se nos ha perdido un dinosaurio* (1975).

*After me, The Deluge* (1972) (Después de mí, el diluvio).

*The Undertaker's Dozen* (1974), no publicada en español.

Estos libros se caracterizan por tramas cerradas y humor desenfadado e irreverente, tocando al mismo tiempo, algunos temas serios: *Y a mi sobrino Albert* y *El gran robo del dinosaurio* con la Guerra Fría, *Después de mí, el diluvio* con la religión.

Todos sus títulos están actualmente descatalogados.

# Notas

[1] La palabra inglesa *screw* (atornillar), tiene también un sentido vulgar, grosero: joder. (N. del T.) <<

[2] Imposible traducir esto de otro modo que no sea literalmente. Se trata del más puro argot *cockneg*, que necesitaría una larga explicación para ser entendido. (N. del T.)

<<

[3] Aquí se juega con el doble sentido de *spirit*, que, además de significar espíritu o alma, significa también *alcohol*. (N. del T.) <<

[4] Transposición de la frase «Sobre un barril de pólvora». (N. del T.) <<



[5] Copos de maíz o gachas de avena. (N. del T.) <<

[6] En realidad, se trata de la arenga que lanza Enrique V a sus soldados, en la obra de Shakespeare. (N. del T.) <<

[7] Partido de *rugby* entre ambas selecciones, de la máxima rivalidad. (N. del T.) <<

[8] *By-line*: línea, al comienzo de un artículo periodístico, donde se cita el nombre de su autor. (N. del T.) <<